

México Precio
Pacto $ 2,250
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75

Anton levantó la vista y sus facciones se transformaron en una sonrisa cautivadora.

—¿Cree que podamos ser amigos, Sarah?

Su nombre se escuchaba diferente en boca de él, tan dulce y sensual. Una curiosa sensación invadió su cuerpo y la debilitó. ¿Podían ser amigos? ¡Nunca! No necesitaba ser clarividente para saber que Anton de Ville no era el hombre que se conformaría con una simple relación platónica, y eso era lo único que ella podía ofrecerle a un hombre.

Novelas con corazón

14
0 37657 13069
MEXICO

SOMBRAS EN LA LUNA

Yvonne Whittal

Sombras en la luna

Yvonne Whittal

Sombras en la luna (1991)
Título Original: Shadow across the moon (1990)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 514
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Anton de Ville y Sarah Courtney

Argumento:
Anton levantó la vista y sus facciones se transformaron en una sonrisa cautivadora. ¿Cree que podamos ser amigos, Sarah?
Su nombre se escuchaba diferente en boca de él, tan dulce y sensual. Una curiosa sensación invadió su cuerpo y la debilitó. ¿Podían ser amigos? ¡Nunca! No necesitaba ser clarividente para saber que Anton de Ville no era el hombre que se conformaría con una simple relación platónica, y eso era lo único que ella podía ofrecerle a un hombre.

Capítulo 1

El avión descendía a través del banco de nubes al aeropuerto Jan Smuts de Johannesburgo cuando Sarah Courtney se reclinó en su asiento. El hombre de pelo gris que estaba sentado junto a la ventana la observó mientras ella se abrochaba el cinturón de seguridad con manos temblorosas.

Ivor Shaw contempló con intensidad a su ahijada; sus ojos oscuros se posaron en la elegancia del traje de lino *beige* y la blusa de seda verde que dejaba entrever un sencillo collar de perlas. Sarah proyectaba una imagen de mujer fría y sofisticada, con su abundante cabello castaño recogido hacia atrás, en un moño, y su atavío formal que, en vez de reducir su femineidad, la ensalzaba; sin embargo, Ivor no pensaba en eso mientras estudiaba su atractivo perfil.

—Te veo muy pálida, Sarah —señaló, frunciendo el ceño con preocupación—. ¿No te sientes bien?

Los ojos de la chica se encontraron con los de él y, por un momento, revelaron su incomodidad, antes que sus labios recién pintados dibujaran una sonrisa severa.

—Creo que comí algo que me hizo daño.

Ivor aceptó su explicación, aunque Sarah no le había dicho la verdad. Hacía semanas que no se sentía bien, pero nunca había experimentado algo similar antes. Esa mañana, ansiosa y con el pulso extrañamente acelerado, casi se desmayó al subir al podio para dar a conocer la dirección de la nueva sucursal de Courtney, en Bloemfontein. Fue una experiencia aterradora que esperaba no se repitiera; no obstante, el malestar se volvió a presentar cuando, en el cuarto de baño, se lavaba las manos y se retocaba el lápiz labial, antes que aterrizaran en Jan Smuts.

Si bien, en esta ocasión le quedó un persistente dolor de cabeza y una extraña sensación de fatiga.

Era octubre, a mediados de la primavera en el hemisferio austral, y las nubes que se amontonaban en el cielo presagiaban lluvia, cuando el Boing aterrizó, unos minutos más tarde. La brisa que soplaba en la pista devolvió el color a Sarah, mientras caminaban con energía hacia el edificio del aeropuerto. No hacía

frío, pero por alguna extraña razón, ella temblaba, y sujetó con fuerza el asa de su portafolios.

Se sentía tensa en tanto esperaban su equipaje en la atestada sala de llegadas; no fue sino hasta que se encontraban instalados en el cómodo interior del Mercedes, que Sarah comenzó a relajarse.

Tomó el auricular del teléfono del automóvil y marcó un número mientras su padrino la observaba con expresión reprobatoria; sin embargo, ella prefirió ignorarlo, cuando Lois Beecham contestó.

—Vamos en camino a la tienda, Lois —informó Sarah a su secretaria en tono autoritario—. Avisa a Steve de Vos que vaya a mi oficina en cuanto yo llegue, y también deseo que tú estés presente, Lois. Quiero ponerme al tanto de lo que ha sucedido en mi ausencia.

Sarah terminó la conversación con tanta brusquedad como la empezó; después, se reclinó en su asiento y con una leve sonrisa dibujada en su rostro miró al hombre junto a ella.

—¿Por qué será que últimamente presiento que desapruebas mi proceder? —demandó con su candor usual, y él la observó inquieta.

—Esta reunión con Steve y Lois pudo esperar hasta mañana, Sarah, y no me agrada la forma severa en que te has comportado en estos días.

Sarah arqueó las bien delineadas cejas que coronaban sus ojos brillantes y de expresión burlona.

—Soy lo que hiciste de mí, y padrino querido, sabes tan bien como yo que el trabajo que antecede a la apertura de una nueva sucursal de Courtney es una nimiedad comparado con la labor que hay que realizar para asegurar el éxito.

—Comprendo cuánto trabajo implica un proyecto así, pero también estoy preocupado por ti —suspiró, irritado, y envolvió las manos frías de Sarah entre las suyas—. Insistes en llegar al límite y no es necesario, ya que tienes a tu servicio a un joven asistente bien capacitado como lo es Steve de Vos; está preparado para liberarte de algo de responsabilidad si tan sólo le das la oportunidad.

Sarah no podía negarlo. Steve de Vos era un hombre casi de su misma edad y se unió a Courtney desde que egresó de la universidad. Era emprendedor, ambicioso y estaba capacitado para compartir la carga de trabajo de ella; no obstante, Sarah

resguardaba su posición con celo, temerosa de que si cedía sus labores, se encontraría a la deriva, sin la estabilidad del único soporte al que se aferraba.

—Estar a cargo de Courtney se ha convertido en mi vida y me encanta lo que hago —se defendió.

—Tienes veintisiete años, cariño, y durante los seis años pasados te has dedicado por completo a convertir en realidad el sueño que tu padre tenía para Courtney —le recordó Ivor con tristeza—. Lo que has hecho es meritorio y nadie lo sabe mejor que yo. Eres Sarah Courtney, la que ha ganado fama nacional como el brillante cerebro de la cadena de tiendas Courtney. Tu nombre está en labios de todos; en la industria textil es sinónimo de moda vanguardista y estilo, y rara vez leo un periódico o una revista que no contenga tu fotografía en alguna de sus páginas. Pero, ¿qué hay de Sara Courtney, la mujer?

La pregunta de Ivor penetraba al fondo de su ser y se volvió a la ventana para observar el tránsito de la ciudad.

—Encuentro mi trabajo gratificante.

—No hablo de tu vida como mujer de negocios, sino de tu vida personal, y lo sabes, Sarah —la reprendió, ignorando esa nota fría en la voz ronca de ella.

—Mi vida profesional y mi vida privada son una sola.

—¡Eso es a lo que me refiero! —explotó Ivor, consciente de que el chofer, por lealtad hacia Sarah, se abstendría de repetir esa conversación—. Necesitas un hombre en tu vida; si el matrimonio no entra en tus planes, entonces sugiero que sostengas una apasionada aventura de vez en cuando.

Sarah sonrió divertida, más la risa que escapó de sus labios color coral adquirió una nota de amargura cuando se volvió hacia el hombre que no sólo era su padrino, sino también su contador y consejero.

—Nunca volveré a casarme —declaró con firmeza—, y no tengo tiempo ni deseos de vivir una aventura, ¡sea apasionada o no!

Ivor suspiró exasperado, pero sabía bien que era mejor dejar el tema. Durante lo que restaba del camino a la tienda Courtney en el centro de la ciudad, ninguno de los dos intentó romper el silencio que los envolvió.

La oficina de Sarah, ubicada en el décimo piso, era una habitación espaciosa, con paredes de madera y enormes ventanas que daban hacia la Suprema Corte. El aire acondicionado enviaba ráfagas constantes de aire cálido a la oficina, pero Sarah se estaba helando cuando se sentó a su escritorio de caoba; siguió con la mirada a Ivor cuando éste se levantó y se sirvió una bebida del bien provisto bar.

Su padrino tuvo razón al decir que esa reunión podía esperar hasta el día siguiente. Durante una hora escuchó atenta, escribió notas e hizo comentarios sobre lo que Lois Beecham y Steve de Vos le decían, mas de nuevo y de manera repentina experimentó aquella oleada de ansiedad que, aunada al pulso acelerado, casi la hizo desmayarse dos veces antes durante ese día.

—Llegó un télex de la fábrica de Ciudad del Cabo —decía Lois Beecham, ignorante de la silenciosa y desesperada batalla que Sarah sostenía contra aquello que amenazaba con ahogarla—. Parece que habrá una demora de dos meses en nuestro pedido de seda, y la diseñadora está un poco preocupada porque no sabe si tendrá listas las prendas para la colección de otoño del próximo año.

Lois miró a Steve de Vos, quien movió la cabeza para confirmar lo dicho por ella, mientras pasaba a Sarah una carpeta.

—Me las arreglé para comprar una considerable cantidad de seda aquí. Encontrarás todo en la carpeta y estoy seguro de que reconocerás que esto nos sacará del apuro mientras llega el pedido.

—Buen trabajo, Steve —lo halagó Sarah, humedeciéndose los resecos labios, en tanto observaba con impaciencia el pequeño reloj de oro que rodeaba su muñeca.

Eran más de las cinco. Escuchaba el ruido del tránsito vespertino, y, al tiempo que miraba a su secretaria, le dijo:

—Ya puedes irte, Lois. Siento haberte retenido hasta tan tarde.

Lois Beecham, a sus cuarenta años de edad y después de cinco como secretaria de Sarah, estaba acostumbrada a trabajar horas extra. Las disculpas de Sarah siempre eran sinceras y Lois las aceptaba con una sonrisa, pero en esta ocasión al ponerse de pie su expresión era grave.

Dio las buenas noches a Ivor y Steve y, cuando pasó detrás del sillón de Sarah, murmuró:

—Discúlpeme, señorita Courtney, pero no se le ve muy bien. Tal vez le haría bien acostarse temprano.

Lois Beecham no esperaba una respuesta a su sugerencia, y Sarah tampoco se la dio; se limitó a reclinarse en el sillón y a observar cómo salía su secretaria de la oficina.

¿Acostarse temprano? Sarah casi se carcajea de la sugerencia. Daría todo por dormir como un lirón, pero el sueño era un lujo que la había abandonado desde hacía varias semanas.

Ahora llovía con fuerza. Observó las gotas que se deslizaban por las largas ventanas, antes de dirigir su atención a Ivor y Steve. Notó que estaban enfrascados en una conversación, mas durante un momento no pudo escuchar lo que decían, y se preguntó desesperada por qué su concentración había empeorado últimamente.

La niebla que le nublaba la mente por fin se aclaró, y oyó a su padrino preguntar a Steve:

—¿Qué tan pronto podremos tener la sucursal Bloemfontein enlazada a la computadora?

—Se presentó cierta demora, pero me aseguraron que estaría lista al final de la semana.

Sarah empezaba a sentirse cada vez peor y sólo captaba algunos fragmentos de la conversación. Las voces parecían apagarse, mas no fue sino hasta que los rostros masculinos comenzaron a distorsionarse ante su mirada, que se puso de pie con brusquedad.

Necesito un trago, pensó, y eso fue lo último que recordó antes de encontrarse recostada en el sillón de piel de la oficina, con el rostro ansioso de Steve de Vos sobre ella.

—¿Qué ocurrió? —gruñó, consciente de la voz ronca de su padrino que hablaba por teléfono; después, bajó los pies al suelo y se sentó, pero fue un error—. ¡Oh, Dios, me siento muy mal! —gimió, oprimiéndose el estómago con una mano y con la otra, la adolorida cabeza.

—Desfalleciste —explicó Steve con voz baja e inquieta—. El señor Shaw está haciendo una cita para que veas al doctor en el centro médico.

Sarah dejó caer las manos en su regazo, sus ojos aparecían sombríos en su rostro pálido.

—¡No necesito un doctor!

—Eso es lo que crees, pero aun así lo vas a ver —anunció Ivor, autoritario; colocó el auricular en su sitio y se acercó a ella con la gabardina en mano—. Anton espera, de modo que salgamos ya.

—Ningún doctor sensato vería a un paciente a esta hora —discutió, hundiendo los dedos en el sofá cuando, con cuidado, se levantó; después suspiró aliviada al ver que sus piernas podían sostenerla—. ¿Y quién es ese… Anton? —exigió saber.

—Su nombre es Anton de Ville, es un excelente médico, y su padre fue amigo mío —la mirada de Ivor se concentró en el rostro pálido de Sarah—. ¿Vas a venir por tu propia voluntad o voy a tener que arrastrarte hasta el centro médico?

Steve de Vos echó un vistazo a las dos personas que libraban una batalla silenciosa y, al tiempo que se aclaraba la garganta, dijo:

—Bueno, yo todavía tengo asuntos pendientes que atender en mi oficina, de manera que me despido.

Sarah asintió; tenía la garganta demasiado seca para hablar; en cambio, Ivor se volvió al joven asistente y sonrió.

—Gracias por tu ayuda, Steve.

Steve de Vos asintió, lanzando una mirada llena de preocupación a la joven, antes de salir de la oficina.

Sarah no quería ver a un doctor… todavía no. No estaba lista para ello, y era injusto que Ivor la obligara.

—Ya me siento bien y no…

—Hazlo por mí, Sarah —interrumpió Ivor su protesta—. Estoy preocupado por ti desde hace tiempo y de verdad que no descansaré hasta que te vea un doctor.

—Te preocupas demasiado —gruñó, pero se rindió cuando vio la expresión de inquietud de su padrino, y deslizó los brazos en la chaqueta que él sostenía.

Aunque el centro médico se localizaba a poca distancia de Courtney, Ivor insistió en llevarla en el Mercedes verde oscuro de ella.

—No voy a arriesgarme a que te desmayes sobre el volante —explicó—, y puedo tomar un taxi de tu apartamento al mío.

Sarah no discutió esta vez. Le dolía la cabeza y empezaba a sentirse cansada.

No había muchas luces encendidas en el centro médico cuando llegaron unos minutos después, y Sarah aceptó agradecida el brazo

de su padrino, quien la sujetó por el codo una vez que entraron en el edificio.

El doctor Anton de Ville se encontraba en el quinto piso; el inevitable olor a antiséptico invadió la nariz de Sarah apenas ella e Ivor penetraron en la enorme sala de espera amueblada con mesas de cristal y cómodos sillones. Una mujer de cabello oscuro se levantó del escritorio y su uniforme blanco brilló a la luz al acercarse a Sarah.

—El doctor de Ville me dijo que la pasara en cuanto llegara, señorita Courtney —anunció con una sonrisa.

Sarah lanzó una mirada a Ivor, quien la conocía bien para reconocer el pánico momentáneo que sus ojos revelaron.

—No te preocupes —le sonrió cuando pronunció esas palabras casi olvidadas de aliento y después le oprimió el brazo para reconfortarla—. Te esperaré en el coche.

Sarah asintió y permitió que la condujeran al bien iluminado consultorio donde un hombre de cabello oscuro y bata blanca estaba de pie tras el ordenado escritorio, contemplando las luces de la ciudad.

Anton de Ville se volvió antes de que la enfermera anunciara la presencia de Sarah, y su rostro bronceado adoptó la máscara profesional con la que los médicos acostumbraban enfrentar a un paciente.

—Eso es todo, Claire —su voz era profunda y sensual. Resultaba suave y reconfortante, pero también poseía una inconfundible nota de autoritarismo; la enfermera se retiró y cerró la puerta en silencio. Por un momento, el galeno sometió a Sarah a un frío escrutinio clínico y después, con un ademán señaló la silla ubicada frente a su escritorio.

—Por favor, siéntese, señorita Courtney.

Esperó hasta que ella tomó asiento antes de sentarse también. De amplios hombros y caderas estrechas, el hombre poseía la constitución de un atleta, pensó Sarah, y sus nervios se disiparon un poco en tanto lo observaba abrir una carpeta y tomar su pluma.

—¿Cuántos años tiene, señorita Courtney?

No estaba preparada para esa primera pregunta.

—Veintisiete —espetó indignada—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo treinta y ocho, señorita Courtney, pero mi edad no

importa ahora.

Sus bien delineados labios se curvaron en una sonrisa, y Sarah bajó la mirada a sus manos, cerradas en un puño sobre su regazo.

—Lo siento —murmuró arrepentida—. Hace tiempo que estoy de mal humor y no puedo controlarlo.

—¿Se había desmayado antes? —preguntó él, ignorando su disculpa.

—No, nunca —respondió con sinceridad.

—¿Ha estado a punto de desmayarse? —levantó la vista de las notas que escribía al ver que ella no respondía—. ¿Y bien?

—Dos veces —confesó Sarah de mala gana—. Una, esta mañana, en la inauguración oficial de Courtney, en Bloemfontein, y otra, esta tarde, en el vuelo de regreso a Johannesburgo.

Anton de Ville no era el hombre más apuesto que hubiera conocido, pero había algo en ese rostro de nariz recta y mandíbula cuadrada que la atraía; el cabello oscuro y bien cortado tendía a rizarse sobre la amplia frente, lo que le daba al médico cierto aire infantil. También era el tipo más exasperante.

La bombardeó de preguntas, y ella estaba a punto de perder los estribos, otra vez, cuando él se levantó y señaló un cubículo encortinado, en un ángulo de la habitación.

—Desvístase y póngase la bata que está en el gancho —ordenó mientras se dirigía a la puerta—. Le enviaré a la Hermana Jarvis para que la auxilie.

Sarah entró en el cubículo apenas la puerta se cerró, y la Hermana Jarvis apareció unos segundos después para ayudarla a desvestirse. No le tomó mucho tiempo quedar sólo en sus breves bragas de encaje y, a pesar de la calefacción, se le erizó la piel al deslizar los brazos en la bata blanca y volverse para que la Hermana Jarvis se ocupara de atarle las cintas a su espalda.

—Le diré al doctor de Ville que está lista —la Hermana Jarvis le sonrió en tanto la ayudaba a subir a la mesa de auscultación y le cubría las piernas con una manta ligera—. Trate de relajarse —la instruyó antes de desaparecer tras la cortina.

¿Qué diablos hago aquí?, se preguntó Sarah una vez que quedó sola; estaba a punto de sucumbir al pánico en el momento en que Anton de Ville entró en el cubículo junto con la Hermana Jarvis.

Sarah no recordaba cuándo se sometió a una revisión completa,

pero sí que no resultó tan perturbadora como el examen de Anton de Ville; en ningún momento esa máscara de profesionalismo le dio indicio alguno del diagnóstico.

—¿Ha tenido dificultades para dormir? —le preguntó Anton media hora después, cuando se encontraba vestida y sentada frente a él.

Se vio forzada a recordar todas esas noches en vela y asintió:

—Sí, así es.

La pluma del médico se deslizó con rapidez sobre la receta; después él desprendió la hoja y se la dio.

—Esto le ayudará a dormir, y me gustaría que regresara mañana a las ocho para someterla a una serie de exámenes.

Por primera vez el miedo se apoderó de ella; dobló la hoja y la metió en su bolso.

—¿Qué es lo que tengo? —preguntó con frialdad, sosteniendo la mirada del galeno; la severa boca mostró una débil sonrisa.

—Por el momento manifiesta todos los síntomas de la tensión, pero no puedo decirle más hasta que vea los resultados de los exámenes.

—¿Cuánto tiempo me va a tener aquí mañana?

Pensaba en todas las importantes reuniones que tenía programadas para el día siguiente, y, cuando Anton de Ville se demoró en responder, ella añadió impaciente:

—Tengo un ocupado itinerario para mañana y no puedo estar lejos de la oficina por tiempo indefinido.

Él asintió, comprensivo.

—Podrá regresar a la oficina antes del almuerzo, y haré lo posible para que los resultados estén aquí mañana mismo a las cinco y media de la tarde.

—Gracias —se levantó con rigidez y caminó hacia la puerta, pero Anton de Ville llegó ahí antes que ella.

—Haré que la Hermana Jarvis le acompañe abajo —dijo, al tiempo que abría la puerta y la invitaba a salir.

—No será necesario —levantó la vista y sostuvo su mirada por un segundo. Él tenía bonitos ojos. Eran de un azul profundo e increíble, enmarcados en unas pestañas largas y envidiables. Sus cejas, rectas y espesas, se arquearon de manera inquisitiva y, por primera vez en muchos años, Sarah sintió que sus mejillas se

sonrojaban a causa de la vergüenza.

—Buenas noches, doctor de Ville —murmuró, furiosa consigo misma cuando se volvió y cruzó la vacía sala de espera.

—Buenas noches, señorita Courtney.

Aunque él respondió con amabilidad, Sarah podía jurar que detectó algo de mofa en su voz; aún sentía las mejillas calientes al entrar al ascensor y presionar el botón.

El color desapareció gradualmente de su rostro, dejándola pálida una vez más; así, salió a la lluvia y caminó por el estacionamiento bien iluminado, donde su padrino la esperaba.

—¿Cuál es el veredicto? —inquirió Ivor con ansiedad al tiempo que ella se subía al coche y cerraba la puerta de golpe.

—Me recetó algo que me ayudará a dormir. También tengo que venir mañana por la mañana para hacerme unas pruebas, y sabré los resultados por la tarde.

Se enjugó una gota de agua de su pequeña nariz recta y miró al frente, cruzando los brazos en un gesto de autoprotección. Estaba enojada; además se sentía insegura y eso no lo había experimentado desde aquellos días cuando era una novata en el manejo de una compañía como Courtney.

Ivor descansó un brazo en el volante y se inclinó hacia ella.

—¿Qué te pareció Anton?

Por instinto, Sarah se puso a la defensiva. Conocía a su padrino y sabía bien la intención de esa inocente pregunta.

—Es muy cuidadoso y nada deja al azar —respondió con frialdad.

—¿Hablas de él como hombre o como médico?

—Como médico, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Ivor, severo, mientras se enderezaba y ponía en marcha el motor—. Me detendré en una farmacia para comprar lo que te prescribió, antes de llevarte a casa.

Su casa era un apartamento lujoso cercano al centro cívico. Sarah suspiró con fuerza media hora después, cuando dejó la gabardina en el pasillo y entró en el espacioso vestíbulo, donde arrojó las zapatillas. El suelo alfombrado se sentía bien bajo sus pies descalzos y volvió a suspirar. Agradecía estar en casa después de un largo y exhaustivo día. Siempre tuvo la habilidad de manejar todo, pero últimamente se sentía fatigada y no se atrevía a preguntarse

cuál era la razón.

Encendió la chimenea eléctrica del vestíbulo. Las noches de octubre todavía podían considerarse frescas y la invadía un frío interno que temía que no desapareciera.

Ivor dejó el equipaje en el pasillo y siguió a su ahijada al vestíbulo; entrecerró los ojos, de veras preocupado, al notar cuan pálida estaba.

—No irás a desmayarte otra vez.

—No —se presionó las sienes, e hizo una mueca—. Estoy muy cansada y no aminora este molesto dolor de cabeza —Ivor aceptó su respuesta y después se dirigió al teléfono colocado sobre la mesa de mármol—. ¿Qué vas a hacer? —inquirió ella.

—Voy a llamar un taxi —la miró—. No te importa que use tu teléfono, ¿verdad?

—No, claro que no; sólo pensé que te gustaría tomar un café —explicó, esperanzada y temerosa de quedarse sola.

—Los dos estamos cansados, querida, así que será mejor que demos por terminado este día —su sonrisa la reconfortó y disipó su ridículo miedo—. Me encargaré de que Lois posponga tus citas de la mañana y agradeceré que me avises cuando llegues a la oficina —pidió un taxi, colgó y Sarah asintió en el momento en que lo acompañó a la puerta y la abrió.

—Buenas noches, Ivor —le devolvió el beso fraternal y susurró —: Gracias.

—No tienes por qué agradecerme nada, Sarah —replicó con suavidad y después la miró con expresión traviesa—. Siempre quise que tú y Anton se conocieran, pero la oportunidad se presentó hasta ahora.

—¡Dios, eres inaguantable! —bromeó mas no pudo reprimir una risita nerviosa, mientras lo impelía gentilmente en dirección del ascensor.

Ivor levantó la mano a manera de despedida, y Sarah se quedó en la puerta hasta que lo vio desaparecer; luego, se volvió, suspiró y entró.

Era agradable estar en casa, pensó de nuevo, en tanto contemplaba la habitación cómoda, amueblada en tonos verde, crema y dorado. Sin duda la cocinera le dejó algo de comida preparada en el refrigerador; podría calentarla en unos minutos,

pero estaba demasiado cansada para comer y un baño con agua caliente antes de irse a la cama la atraía más.

Tomó su equipaje del pasillo y recogió las sandalias. Su bolso estaba en una silla, pero no así su portafolio; lo había dejado en la oficina el salir con tanta prisa a ver al doctor de Ville. El portafolio contenía importantes documentos que deseaba estudiar esa noche y se sintió molesta. No obstante nada podía hacer al respecto, así que se dirigió a su habitación, donde liberó su blonda cabellera dorada de los broches, haciendo que le cayera sobre los hombros.

Una hora más tarde, Sarah se hallaba acostada bajo las mantas de seda de la enorme cama. Escuchaba el ruido del tránsito y veía el brillo de las luces de la ciudad, el cual se reflejaba en la pared de su dormitorio oscuro. Se había tomado una de las pastillas que el doctor de Ville le indicó y como tenía el horrible presentimiento de que el día siguiente se presentaría lleno de problemas, supo que debía recobrar el control pleno de sus facultades.

"Por el momento, manifiesta todos los síntomas de la tensión" las palabras de Anton de Ville se filtraron en su mente.

¡Tensión! Sarah se burló. Había vivido los últimos seis años bajo presión. ¿Por qué debía afectarla ahora? O más bien, ¿qué revelarían los exámenes?

—¡Oh, rayos! —murmuró furiosa, volviéndose al otro lado—. ¡Esa pastilla no va a funcionar!

Ese fue su último pensamiento antes que el sueño se apoderara de ella y, por primera vez en varias semanas la despertó el sonido del reloj despertador, a la mañana siguiente.

Capítulo 2

Sarah no se hallaba de muy buen humor cuando llegó al consultorio del doctor Antón de Ville, un poco antes de las cinco y media de la tarde.

Fue un día húmedo y sombrío, y había pasado casi cuatro interminables y tediosas horas en el Centro Médico esa mañana, sometiéndose a diversos tipos de exámenes. Regresó a la tienda poco antes del almuerzo y encontró un montón de correspondencia importante que necesitó de su atención inmediata; en la tarde estuvo ocupada con varias citas y apenas pudo cruzar palabra con su padrino.

Anton de Ville se encontraba de pie junto al escritorio cuando la Hermana Jarvis la invitó a pasar al consultorio. Él tenía una mano en el bolsillo y con la otra hojeaba unos papeles; Sarah adivinó que se trataba de su expediente médico. El médico se volvió para encontrarse con la mirada gélida de Sarah antes de que estudiara su alta y esbelta figura cubierta con un elegante traje sastre; su máscara profesional desapareció por un momento para dar paso a una mirada de apreciación.

—Empezaba a creer que no se presentaría —dijo con la formalidad que lo caracterizaba y la indicó la silla.

—Me detuvo el tránsito —explicó ella con tono frío y voz ronca.

—Todas las pruebas resultaron negativas —comentó él, al ver que Sarah miraba de reojo la carpeta abierta sobre el escritorio.

—¿Entonces doy por sentado que estoy bien?

—No dije eso —la desanimó y ella lo miró confundida e incrédula.

—Pero si todas las pruebas resultaron negativos es porque…

—¿Cuándo fue la última vez que tomó unas vacaciones adecuadas? —la interrumpió con inesperada dureza mientras se sentaba en la orilla del escritorio con los brazos cruzados sobre su ancho pecho—. ¿Hace dos años? ¿Tres, quizá? —insistió cuando Sarah se quedó callada.

—¿Qué tiene eso que ver con el malestar que ha sentido últimamente? —inquirió a la defensiva.

—Todo —su mirada escrutadora subió de las manos apretadas

contra el regazo hasta el rostro, y Sarah se acordó de pronto que había líneas de tensión alrededor de su boca y ojos, lo que no pudo ocultar con el maquillaje—. Es un imperativo que se aleje por completo del trabajo durante un periodo no menor a seis semanas —continuó él—, y le sugeriría que no perdiera tiempo en hacer los arreglos necesarios.

—¡Lo que propone es inaceptable! No puedo dejar todo así como así y tomar unas vacaciones largas. Tengo un período de intenso trabajo frente a mí y…

—Creo que no me entendió bien, señorita Courtney —interrumpió sus protestas con un dejo de urgencia, autoritario, se levantó y metió las manos en los bolsillos de su pantalón gris—. Elija usted —explicó, frunciendo el ceño—. Puede tomar esas vacaciones de seis semanas ahora, o continuar presionándose más allá del límite y terminar en un sanatorio por un lapso de dos o tres meses.

—Me está diciendo que yo… que yo —Sarah se detuvo y contuvo la respiración, pues un temblor involuntario la estremeció.

—Digamos que se ha presionado mucho y por años, señorita Courtney, y está a punto del colapso total.

Habló como si supiera hechos que Sarah nunca le mencionó y de inmediato ésta se puso a la defensiva. ¿Qué información había dado su padrino a ese hombre, que por cierto era el hijo de un antiguo amigo? Sarah sintió el estómago revuelto como cuando se enfrentaba a una crisis en Courtney, pero se recuperó al instante. ¡Esto era ridículo! No iba a permitir que la asustara y la hiciera dejar sus responsabilidades. Las vacaciones podían esperar, decidió con una ira creciente.

Se levantó sin hablar, resuelta a dar por terminada esa consulta y a que Anton de Ville no intentara detenerla. Éste la escoltó a la puerta y ella se detuvo un momento para mirar la expresión severa del rostro masculino.

—Gracias por su tiempo, doctor de Ville —dijo con forzada cortesía.

—No tome mi consejo a la ligera, señorita Courtney —le advirtió él con un dejo de burla en su mirada, si bien su voz conservaba aquella gravedad—. Necesita unas vacaciones largas, y pronto.

Sarah se fue sin responder. Ella misma decidiría si ameritaba o

no esas vacaciones, aunque por ahora era en lo último en que podía pensar.

La ira de Sarah se desvaneció apenas llegó a su apartamento, esa noche; no obstante cayó en un profundo estado de reflexión. Se bañó y se puso una bata antes de sentarse a cenar, si bien apenas probó la comida y pronto llevó el plato a la cocina. Regresó al vestíbulo con una taza de café; estudió los documentos que llevó de la oficina y, una vez que se acomodó en el sillón colocado frente a la chimenea, su concentración andaba por los suelos.

"¿Cuándo fue la última vez que tomó vacaciones adecuadas?"

Las palabras de Anton de Ville se apoderaron de su mente y esta vez abrieron la puerta del pasado. Sarah no deseaba recordar, mas no podía evitar el flujo de pensamientos que la ahogaban.

Tenía catorce años cuando su padre, Edmond Courtney, abrió la primera tienda en una estrecha calle de Ciudad del Cabo. Con la cooperación de gente valiosa, que trabajaba más por amor que por dinero, Courtney empezó a escalar la cumbre del éxito. El objetivo principal de Edmond Courtney fue vender diseños exclusivos a precios que una perdona de ingresos medios pudiera pagar; y, en segundo término, lograr que se estableciera una tienda Courtney en todas las ciudades importantes de Sudáfrica. Cinco años más tarde, al anunciarse la apertura de Courtney en Johannesburgo, el sueño de Edmond Courtney comenzaba a ser una realidad.

Sarah creció sola e insegura. Su madre murió cuando ella tenía ocho años y a los diecinueve, todavía intentaba acercarse a su autocrático padre para, por una vez, ganar su aprobación. Quizá fue por este motivo que ella no se opuso a la decisión de él de que no estudiara comercio.

"El lugar de una mujer es el hogar", insistió él y Sarah aceptó resignada su destino. Para ella era importante complacer a su padre y hacerse cargo de la casa y entretener a los invitados de él constituyó una tarea de gigantes; sin embargo, hasta en eso su padre la hizo sentirse inadecuada.

Fue también en esa época que Sarah conoció a Nigel Kemp, un graduado de la universidad que acababa de entrar a formar parte de Courtney en Ciudad del Cabo.

¡Nigel!

Sara exhaló y los papeles se dispersaron cuando, con manos

temblorosas, se llevó la taza a la boca. No quería recordar más, resultaba doloroso, pero su mente ya obraba por cuenta propia.

Nigel Kemp, apuesto y arrogante a los veintinueve años de edad, diez más que Sarah, era ambicioso, cualidad que Edmond Courtney admiraba, y pronto se hizo del conocimiento público que Nigel ocuparía un puesto clave en Courtney, si bien su ambición iba más allá. Él planeaba ser el sucesor de Edmond Courtney, y Sarah conformaba la carnada.

En ese entonces ella era inocente y confiada, y necesitaba tanto amor y atención, que no adivinó el motivo ulterior del repentino interés que Nigel Kemp mostraba en su persona. Siempre se había considerado insulsa y fea, mas los halagos y la atención de Nigel la hicieron sentirse una mujer deseable, no ya la niña desmañada que se consideraba. Aunque Edmond Courtney tenía al muchacho en un alto concepto y miraba con agrado el que la cortejara, Sarah no podía culparlo por lo que sucedió más tarde. Nigel la hizo perder la cabeza y, por primera vez en su vida creyó estar enamorada.

Se casaron menos de dos meses después de conocerse, y Sarah creyó ser la mujer más feliz del mundo, pero su matrimonio significó un desastre casi desde el principio.

La humillación que sufrió estaba en su mente, como si acabara de ser víctima de uno de los arranques de desprecio de Nigel. Se levantó con brusquedad y se dirigió a la ventana, donde se aferró al antepecho hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sentía el cuerpo húmedo y frío, y empezó a tomar aire como si acabara de despertar de una pesadilla, mas su mente seguía trabajando.

Dos años después, a la edad de veintiuno, se vio envuelta en otra tragedia. Edmond y Nigel perdieron la vida en un yate, al sorprenderlos una tormenta en la traicionera costa del Cabo.

A las cinco semanas de esto, Ivor Shaw la visitó en la residencia Courtney. La encontró vagando por los espaciosos jardines que rodeaban la vieja mansión que compartió con su padre y su esposo, y ese encuentro con su padrino cambió el rumbo de su vida.

Podía elegir entre vender o ejercitar el derecho como hija de Edmond Courtney y hacerse cargo de la compañía.

Sarah no deseaba vender lo que su padre logró, pero tampoco se consideraba capacitada para ocupar el puesto de aquél; no obstante, su padrino fue muy persuasivo. "Es hora de que muestres tu

inteligencia y te encargues de Courtney. No te pasará nada", le había dicho reconfortándola. Él la ayudaría en todo si ella estaba dispuesta a trabajar y aprender, y eso fue lo que hizo.

Todo lo vivido, hasta antes de eso, podía considerarse como unas vacaciones. Eso sucedió hacía seis años, y desde entonces nunca tomó unos días libres.

Sarah suspiró y regresó a sentarse. Nunca olvidaría cómo Ivor la sacó de su ostracismo, así como tampoco olvidaría esos primeros meses difíciles en Courtney.

Empezó su educación en la fábrica, hablando con todos, desde las cortadoras, costureras y diseñadores, hasta con los gerentes. Ni siquiera el personal de limpieza se salvó de ella. Sarah exploró los archivos e hizo tantas preguntas, hasta que el personal huía al verla llegar. Hizo lo mismo en la tienda, abordó a los de los puestos inferiores y siguió con los departamentos administrativos.

Trabajaba casi día y noche, estudiaba métodos comerciales con un profesor privado y asistía a las reuniones que su padrino presidía de manera temporal. En el proceso de aprendizaje descubrió algo: había heredado la audacia de su padre para los negocios y daba gracias a Dios por ello.

Sarah tomó su primera decisión importante ocho meses después. Vendió la casa en Constancia para cerrar las puertas del pasado, y dejó Ciudad del Cabo para establecerse en Johannesburgo, si bien no hizo esta transición sola. Desde el principio su padrino trabajó para Courtney como contador en jefe y, como Sarah, no tenía familia. Cuando ella le ofreció un puesto permanente como su consejero de finanzas y personal, él aceptó y ninguno de los dos se arrepentía.

El reloj de mármol colocado sobre la repisa de la chimenea dio la hora y Sarah salió de su meditación; eran las diez. Cruzó la habitación y recogió los documentos. De pronto la sala pareció girar y ella se sentó con rapidez; su pulso acelerado empezó a calmarse hasta convertirse en un ruido sordo y doloroso sobre su pecho. Exhausta y con los ojos cerrados, se reclinó en el sillón.

Se vio forzada a aceptar la verdad. Tal vez se había presionado un poco durante aquellos años, pero su trabajo fue su salvación y por propia voluntad se enfrascó en él, cerrando los ojos a lo demás. Se condujo sin piedad alguna, decidida a hacer del sueño de

Edmond Courtney una realidad, y en seis años había triunfado. Existía una tienda Courtney en casi todas las ciudades principales del país y ella todavía conservaba esa fuerza interior que la impulsaba a continuar la búsqueda de nuevas y mayores conquistas.

"No tome mi consejo a la ligera", le advirtió Anton de Ville. "Necesita unas vacaciones, y pronto".

Sarah hizo una mueca y colocó los documentos en el portafolio. No era el momento para tomar unas vacaciones, decidió cuando apagó las luces y se dirigió a su habitación.

"Puede tomar esas vacaciones de seis semanas ahora o continuar presionándose más allá del límite y terminar en un sanatorio por un período de dos o tres meses".

Un temblor recorrió la espalda femenina al recordar Sarah esa advertencia. Tal vez sería inteligente considerar con seriedad ese asunto. Un retiro de seis semanas en un lugar tranquilo parecía más atractivo que una estancia obligada de dos a tres meses en un sanatorio.

Sarah estaba estudiando los reportes de fin de mes cuando el teléfono sonó y de inmediato miró su reloj. Eran cuatro para las cinco, casi hora de ir a casa, pensó cuando descolgó el auricular.

—El señor Shaw está aquí, señorita Courtney —Lois Beecham anunció el regreso de Ivor Shaw de Bloemfontein.

—Pásalo, Lois.

Sarah se levantó lentamente. Aunque se sentía débil, ya se estaba acostumbrando a esa sensación de mareo y debilidad que la embargaba luego de pasar mucho tiempo sentada. Su padrino entró y cerró la puerta.

—Hola, Ivor —sonrió ella, besándole la mejilla y tomando la chaqueta que él llevaba, antes de dirigirse al bar—. ¿Quieres algo de tomar?

Ivor sonrió y asintió.

—Un *whisky* me caería bien, gracias.

—¿Qué hay de la sucursal de Bloemfontein? —preguntó, mientras preparaba el *whisky* y se servía licor.

—El negocio va muy bien; Steve de Vos te entregará un informe completo mañana por la mañana.

Sarah le pasó la copa y él frunció el ceño cuando estudió su rostro pálido y desencajado.

—Te veo en estado precario —comentó, al tiempo que tomaba un gran sorbo de *whisky*.

—Tuve un día muy pesado —rió, tratando de cambiar el tema, y se sentó en el cómodo sillón de piel.

—Ya hace dos semanas que fuiste a ver a Anton, Sarah —le recordó con seriedad—. ¿Cuándo vas a ser sensata y tomar las vacaciones que él sugirió?

—¡Simplemente no puedo dejar todo e irme de vacaciones! —protestó airada, aunque reconocía que estaba a punto de derrumbarse por la presión.

—En estos seis años ya probaste que eres más capaz que tu padre, y ya es hora de que des a Steve la oportunidad de mostrar lo que vale, si no quieres que se vaya a otra compañía.

Era cierto, pensó Sarah al observar a su padrino. No había sido justa con Steve desde que se unió a la agrupación y podría perderlo si no le daba más responsabilidades.

—¡Maldita sea, Sarah! —explotó Ivor enojado, interpretando mal su silencio—. ¿Por qué contrataste los servicios de un asistente calificado si no le permites que te ayude con la carga de trabajo?

—Hablaré con Steve por la mañana —prometió Sarah y casi ríe al ver la expresión de incredulidad de su padrino—. Supongo que no puedes recomendar un lugar en el que pueda yo tener un poco de tranquilidad durante seis semanas —preguntó, divertida, mientras cruzaba una pierna y sorbía su licor.

—Resulta que acabo de enterarme de un sitio llamado Rosslee, en la costa sur de Natal —Ivor se animó y se inclinó hacia ella con una sonrisa burlona en los labios—. Me dijeron que es un refugio para los desvalidos —añadió, bajando la voz a manera de conspiración—. Y garantizan la restauración total de tu alma, o te devuelven el dinero.

—Parece el paraíso —respondió, con algo de escepticismo.

—Anton me asegura que lo es.

Por ninguna razón aparente, Sarah se sintió nerviosa.

—¿Discutiste esto con el doctor de Ville y él te recomendó Rosslee?

—Saliste a colación el otro día, cuando por casualidad nos

encontramos en el club y él mencionó que Rosslee era el lugar ideal para alguien que necesita recabar su energía y vitalidad —explicó Ivor, ignorante de la extraña tensión que surgía en Sarah—. Parece que Anton ha estado ahí una o dos veces.

—Ya entiendo —tomó un sorbo de licor y se obligó a relajarse —. Bueno, si se supone que es tan maravilloso, entonces tal vez vaya ahí.

—Me alegra que muestres un poco de sensatez por fin, querida; mañana empezaré a hacer los preparativos necesarios para que salgas tan pronto como sea posible —Ivor apuró su bebida y se levantó—. Habla con Steven mañana para que se ocupe de todo mientras no estás, y lo único que te restará hacer es el equipaje.

—¿No estás apresurando las cosas? —protestó ella mientras se levantaba y veía a su padrino ponerse la chaqueta.

—No tiene objeto que retrasemos las cosas y prefiero pensar que estás en Rosslee a que seas un paciente en un horrible sanatorio — la besó en la mejilla con expresión severa—. ¡Te has ganado estas vacaciones, querida Sarah, y te puedo garantizar que nada le pasará a Courtney durante tu ausencia!

Rosslee era un refugio pequeño junto al mar, situado a pocos kilómetros al sur de Scottburg. Además del hotel, contaba con un taller, una oficina postal y una tienda que vendía de todo. Abajo del hotel, a lo largo de la costa rocosa, había media docena de cabañas privadas, y tuvo que reconocer que, con sus árboles y su vegetación subtropical, Rosslee constituía un verdadero paraíso para alguien que buscara reposo.

El hotel Rosslee, de dos pisos y con terrazas naturales, era de dos estrellas, pero a sus visitantes se les ofrecía alimentación completa; la habitación de Sarah se encontraba en el segundo piso y era espaciosa y ventilada, con una magnífica vista del Océano Indico.

El hotel pertenecía a Walter y Angela Morgan, una encantadora pareja que también se encargaba de las cabañas. Recibieron a Sarah con cordialidad, y de inmediato ella se sintió como en su casa, si bien tenía sus reservas.

—Este debe ser un descanso total sin ninguna forma de comunicación que pueda distraerte. Irás a Rosslee y te olvidarás de

que Courtney existe —le había instruido su padrino cuando la llevó al aeropuerto.

—Esperas lo imposible, Ivor.

—Prométeme que lo intentarás.

Sarah se lo prometió, pero eso sucedió antes de que llegara a Rosslee. No era temporada alta y casi no había clientes; la transición de su vida activa a esta existencia relajada resultó tan drástica que Sarah se preguntó qué haría durante esas semanas.

Los primeros días fueron los peores. Se sentó, a contemplar el teléfono, en tanto pensaba que se volvería loca si no llamaba para averiguar qué sucedía en Courtney, y por las noches permanecía despierta hasta que la desesperación la llevaba a tomar una de aquellas pastillas que el doctor de Ville le prescribió.

Era noviembre y pronto sería verano en el sur de África. El clima en la costa sur era templado durante los meses de invierno, pero durante el verano el calor y la humedad podían ser una molestia para alguien que no estuviera acostumbrado.

Sarah también descubrió que todos en el hotel mostraban cierta inclinación a la vida al aire libre y, siempre que el clima lo permitía, el té matutino y vespertino se servía en el amplio patio que daba a la piscina, donde las coloridas sombrillas sombreaban las mesas, y las sillas y meridianas ocupaban el suave césped.

Una tarde, mientras tomaba el té en el patio al final de su primera semana en Rosslee, se dio cuenta de que era sometida a un intenso y curioso escrutinio por parte de una mujer mayor de pelo blanco. Sarah estaba acostumbrada a que la miraran, mas en esta ocasión se sintió perturbada. Levantó la vista y por alguna razón se vio obligada a corresponder a su observadora con una sonrisa y una inclinación de la cabeza.

La mujer se levantó de inmediato, como si la sonrisa de Sarah le hubiera infundido valor; llevó su taza de té a la mesa de aquélla y se presentó:

—Mi nombre es Rose Poole —anunció y, sin esperar invitación, se sentó—. Y por supuesto que sé quién es usted —añadió antes que la joven respondiera—. Usted es Sarah Courtney y el año pasado ganó el premio "La Ejecutiva del Año".

Sarah se sorprendió de que Rose Poole mencionara un logro del que ella nunca se sintió digna.

—Ya veo que está usted bien informada —señaló con una sonrisa irónica.

—Leo mucho desde que mi esposo murió —informó en tono casual—. Recibo todos los diarios y estoy suscrita a muchas revistas que de vez en cuando publican artículos sobre usted.

Sarah recordaba bien cuando la necesidad la obligó a conceder esas entrevistas, y se sintió tensa al acordarse de las cámaras y luces, así como el bombardeo de preguntas de los periodistas. Sin embargo, nunca perdió su seguridad ni las barreras que resguardaban su intimidad.

—¿Está aquí de vacaciones? —preguntó Sarah para desviar la conversación.

—¡Oh, Dios, no! —sorbió su té y sonrió—. Soy residente —explicó—. No tengo familia ni hijos, por eso decidí vender la casa de Scottburg y mudarme aquí cuando mi esposo murió.

Sarah sintió compasión. Rose Poole estaba sola y ella conocía la soledad.

—Discúlpeme, señorita Courtney, pero la he estado observando estos días e intuyo que algo le molesta —Rose Poole se inclinó hacia Sarah, quien no pudo escapar de su escrutinio—. ¿Está enferma?

—En cierta forma —Sarah evadió la pregunta.

—Tal vez ha estado trabajando demasiado.

"Trabajando demasiado". Esa frase empezaba a parecer una acusación, y Sarah asintió con una sonrisa cínica.

—Es lo que dice mi médico.

—Rosslee es el mejor lugar para el reposo, señorita Courtney —aseguró la mujer, haciendo un ademán que abarcaba los pintorescos alrededores—. Le tomará algún tiempo acostumbrarse a esta vida, mas pronto le fascinará.

—Espero que tenga razón, señora Poole —replicó Sarah con marcado escepticismo.

—Llámeme Rose.

Sarah dudó por un momento y después sonrió.

—Sólo si usted me llama Sarah.

—Tienes unas manos hermosas, Sarah —señaló Rose inesperadamente, luego le tomó una mano y se la volvió palma arriba—. ¿Puedo leerte la mano?

Sarah creyó que era una broma y se ajustó a ella.

—Supongo que me dirás que ves a un hombre en mi futuro y que es alto, moreno y apuesto.

—Puedes reírte, pero sí veo a un hombre —replicó Rosé con una gravedad que borró la sonrisa burlona del rostro de Sarah—. No me atrevo a asegurar que es alto y moreno como dices. Su rostro se muestra borroso para mí, pero tengo la enorme sospecha de que sus facciones son las de un sujeto más excepcional que apuesto.

—¿Voy a enamorarme de él y vivir por siempre feliz? —peguntó Sarah, también seria, aunque su tono denotó ironía.

—Sólo si olvidas el pasado —Sarah palideció, mas Rose estaba demasiado concentrada para notarlo—. Puedo ver que has sido infeliz y todavía hay muchas sombras —continuó Rose—. Te has sobrepuesto a algunas, pero hay otras muy arraigadas.

Sarah estaba sonrojada y con el pulso acelerado cuando Rose Poole le soltó la mano. ¿Era esa mujer una adivina o sólo acertó al decir algo que se acercaba mucho a la verdad?

—Debo subir a mi habitación a bañarme y ponerme ropa decente para la cena —se disculpó Sarah, señalando sus pantalones cortos y la blusa de algodón, al tiempo que se levantaba de prisa.

—Espero que no te haya ofendido con mis observaciones.

Un gesto de preocupación ensombreció el rostro de Rose, y Sarah se tranquilizó.

—En absoluto —sonrió Sarah, reconfortándola—. ¿Te gustaría cenar conmigo esta noche?

El rostro de Rose se iluminó de placer.

—Gracias, me encantará.

Sarán dejó a la mujer en el patio y entró. Era mejor olvidar los comentarios de Rose. Desde pequeña le enseñaron a no creer en predicciones a menos que estuvieran basadas en hechos reales.

—¿Señorita Courtney? —Sarah se detuvo al pie de la escalera y se volvió hacia Angela Morgan—. Me di cuenta de que Rose Poole tomó el té con usted —dijo sin rodeos—. Me gustaría explicarle que, aunque a veces Rose resulta un poco fastidiosa, es amable e indefensa.

—Estoy segura de que así es —replicó Sarah comprensiva.

—Hace mucho que la llamamos "Madame Rosa" por su costumbre de practicar la lectura de manos en algunos de nuestros huéspedes —explicó Angela—. Diviértase con ella, señorita

Courtney, pero no tome sus divagaciones muy en serio.

—Yo no diría eso —intervino una voz masculina y Angela Morgan se volvió hacia su esposo, que apareció como de la nada.

—¡Walter! —exclamó su esposa con un gesto de advertencia, más él la ignoró.

—Sabes tan bien como yo, Angela, que la señora ha sido certera en varias ocasiones.

Angela se preparó para pelear con su marido, y Sarah se alejó. Subió por la escalera casi corriendo, y cuando llegó a su dormitorio, respiraba con dificultad.

Walter Morgan reavivó la preocupación de Sarah. Si Rose Poole era certera en sus predicciones, entonces Sarah podía rezar para que en esta ocasión no fuera así. Era mejor no hurgar en el pasado, y lo último que deseaba en ese momento, o en el futuro, era un hombre en su vida.

Capítulo 3

El día había estado caluroso y húmedo, pero ahora soplaba un aire refrescante, y Sarah levantó el rostro al cielo estrellado, cuando salió al patio tenuemente iluminado. Aspiró la brisa marina, tratando de inundar su alma de la tranquilidad que la rodeaba, si bien después de dos semanas de estancia en Rosslee todavía se le dificultaba no pensar en el trabajo.

Su amistad con Rose Poole la ayudaba bastante. Compartían la mesa de la cena desde que se conocieron; tomaban el té juntas en el patio y a veces jugaban ajedrez por las noches, antes de acostarse.

Sarah no podía negar que extrañaba a Rose esa noche. La mujer tuvo que ir a Scottburg y no regresó a tiempo para la cena. Era una amiga cálida y generosa con la que Sarah nunca se aburría, pese a que a veces decía las cosas más fantásticas.

La joven dejó escapar un suspiro y volvió levemente su atención hacia unas voces que provenían de la entrada del hotel. Un hombre alto, de cabello oscuro, con pantalón café y camisa blanca, hablaba con Walter Morgan. La luz del vestíbulo proyectaba sus sombras al patio techado. Había algo un poco familiar en el hombre que daba la espalda a Sarah; trataba de reconocerlo cuando de pronto él se volvió y su rostro quedó iluminado por la luz.

Sarah contuvo el aliento al reconocer al doctor Anton de Ville. Un sinfín de pensamientos invadieron su mente y la acometió el inmenso deseo de escapar. Retrocedió un paso, en un esfuerzo por esconderse en las sombras, mas en ese momento las miradas de los dos se encontraron y Sarah se puso rígida pues vio que él se le acercaba.

—¿Señorita Courtney? —musitó con voz profunda y sensual, y Sarah apenas pudo controlarse lo suficiente para sonreír—. ¡Qué sorpresa! —exclamó él a sólo un paso de ella—. Es la última persona a la que esperaba encontrar en Rosslee; me alegra que haya seguido mi consejo.

—Más bien parecía un ultimátum —respondió de forma acusadora, deseando ver el rostro y no sólo el contorno del bien cortado cabello; sin embargo, él daba la espalda a la luz del comedor, lo que dejaba a Sarah en desventaja.

—Me imagino que tiene razón —concedió—, pero estará de acuerdo con que la gravedad de las circunstancias lo ameritaba.

—Eso es algo que todavía debo descubrir por mí misma —replicó con frialdad, enojada por el tono de burla que detectó en la voz masculina.

—Estoy seguro de que así será, señorita Courtney —declaró con calma—. Buenas noches.

¿Qué hacía Anton de Ville allí? El corazón acelerado de Sarah comenzó a calmarse cuando lo vio alejarse.

—Te dije que había un hombre en tu futuro, y Anton de Ville se ajusta a mi descripción.

La voz de Rose interrumpió los inquietos pensamientos de Sarah, y ésta giró en redondo para encontrarse con la mujer que emergía de entre las sombras de las buganvillas del patio.

—¿Conoces al doctor de Ville?

—Todo el mundo en Rosslee lo conoce —informó Rose—. Es dueño de la cabaña más lejana y viene aquí cada vez que puede alejarse de su ocupada vida en Johannesburgo.

—Ya entiendo —una horrible sospecha invadió la mente de Sarah; se preguntó si su padrino sabría ese hecho cuando le sugirió que fuera a Rosslee.

—Supongo que Anton de Ville fue el doctor que te ordenó tomar unas vacaciones —apuntó Rose, y Sarah se obligó a controlarse.

—Así es.

Rose subió su delgado y sedoso chal a sus hombros.

—Lo verás otra vez —declaró en secreto.

—Haré lo posible para evitarlo.

—Una palabra de advertencia —continuó Rose, ignorando su respuesta—: Anton de Ville no es un hombre que sucumba con facilidad al matrimonio.

Sarah tembló bajo la fresca brisa que le agitaba el cabello que escapaba de su moño, mas el frío aire nocturno nada tenía que ver con la gélida sensación que dominaba su ser.

—¡No estoy buscando esposo! —declaró con dureza, pero Rose le sonrió tolerante como quien está seguro de un hecho.

—Si no buscas marido, no hay razón por la que debas privarte de su compañía.

—Estás adelantándote mucho, Rose.

—Tengo presentimientos sobre ciertas cosas —tomó el brazo de Sarah cuando se dirigieron al interior—. ¿Jugamos ajedrez?

Sarah aceptó, aunque no estaba segura de que pudiera prestar toda su atención al juego. La presencia de Anton de Ville resultó un impacto, y la declaración presuntuosa de Rose le infundió un pánico irracional.

Nada tenía que temer, se aseguró. Hacía tiempo que se percató de que era inmune a los hombres, tanto física como emocionalmente. Nunca más la conmoverían… nunca volverían a herirla.

"¡No vales nada como mujer, Sarah! ¡No me sirves de nada a mí ni a cualquier otro hombre! ¡Tenerte como esposa tiene sus compensaciones financieras, mas ningún tipo sensato desearía un iceberg en su cama!"

La acusación humillante y cruel de Nigel surgió de las cenizas del pasado. La había herido lo suficiente para que deseara repetir la pesadilla que vivió durante dos años. Hacerse cargo de Courtney fue el antídoto ideal y ahora era inmune. Sus relaciones con los hombres eran estrictamente de negocios y así quería que continuaran.

Sarah se estiró en la silla de playa colocada junto a la piscina vacía. Su cuerpo esbelto, apenas cubierto con un bikini, brillaba bajo la loción protectora que se aplicó antes de exponerse a los cálidos rayos del sol vespertino.

Aunque planeaba comenzar a leer la novela de misterio que pidió prestada en la biblioteca del hotel, perdió el interés pasada la tercera página y puso el libro a un lado.

El calor del sol le había infundido una extraña pero placentera pereza, y cerró los ojos para escuchar los cantos de las aves y el constante golpecito de las olas en la playa.

Una sombra le tapó el sol en ese instante y ella pensó que se trataba de la camarera que iba a recoger el vaso de jugo de frutas que ordenó, mas en seguida escuchó el tono perturbador e intenso de la voz de Anton de Ville.

—Buenas tardes, señorita Courtney.

Sarah murmuró algo en respuesta; sus pestañas se levantaron

para revelar disgusto en sus ojos; sin embargo, no fue el enojo lo que hizo que su corazón diera un vuelco cuando miró el rostro sonriente del hombre que estaba de pie a sólo un paso de ella; las fuertes y largas manos masculinas descansaban en un gesto arrogante sobre las caderas del sujeto.

La noche anterior, cuando se vieron en el patio, Sarah lo asoció de inmediato con el médico sobrio que la examinó en Johannesburgo, pero ahora no lo consideraba así.

Su playera azul se ajustaba a su pecho amplio y musculoso, y los pantaloncillos blancos que abrigaban sus caderas, llevaron a Sarah a observar las piernas largas y bronceadas, los muslos fuertes y las pantorrillas; después, ella levantó la mirada, confundida. Era un hombre que practicaba actividades al aire libre; podía adivinarlo por sus músculos vigorosos y bronceados, si bien ignoraba que la luz del sol pudiera encender su cabello, que insistía en caerle sobre la frente.

Sarah no recordaba haber conocido a un hombre que tuviera el poder de interesarla tanto y que la hiciera sentirse vulnerable.

—Rose me dijo que la encontraría aquí —informó él, estudiándola desde la cabeza hasta los pies, mientras sonreía—. Qué bonito bronceado.

—¿Me buscaba por algo en especial? —preguntó Sarah con frialdad, y se puso los lentes oscuros; al ver cómo se ampliaba la sonrisa de él, se enfureció, pues sabía que notaba su perturbación.

—Pasé el día recuperándome del largo viaje en coche, pero no podía dejar de averiguar cómo progresa mi paciente —dijo en tanto sacaba una silla y se sentaba cerca del sillón de playa.

—Su paciente progresa bien, gracias —replicó Sarah con voz demasiado formal.

—Sí, ya veo —su risa fue ronca y por segunda vez Sarah se sonrojó.

No se hubiera puesto el bikini de haber sabido que eso pasaría; de pronto era consciente de que sólo usaba dos inútiles tiras de tela. El bikini era el más moderno de la división de ropa de playa de Courtney, y estaba diseñado para cubrir las partes esenciales de la mujer, mas Anton de Ville casi la desnudó con la mirada cuando volvió a estudiar su cuerpo tendido en la tumbona.

Sus músculos se tensaron al posar la vista, más del tiempo

necesario, en los pequeños y firmes senos de la joven, pero no pudo explicarse esa sensación de anhelo que invadió su cuerpo apenas contempló el abdomen tenso y plano, y las piernas largas y bien torneadas.

La mirada de Anton era sensual, no clínica e impersonal, y la ola de calor que invadió a Sarah, nada tenía que ver con el que el sol brindaba; ella se levantó de un salto y se puso su bata de playa.

Anton la observó en silencio. Sarah sospechó que se percataba de su ira y confusión, y sus labios apretados y sensuales lo confirmaron.

—¿Por qué decidió venir a un lugar como Rosslee? —preguntó él de pronto.

—Creo que usted se lo recomendó a Ivor, y él a mí —respondió con voz tan cortante como la de él, mientras ataba el cinturón de la bata a su breve cintura.

—Ah, sí, ya recuerdo —su máscara clínica emergía de nuevo. No iba a tono con su atuendo casual, pero ayudó a Sarah a aclarar la situación entre ellos.

Había algo que tenía que saber. La mantuvo despierta la mitad de la noche y la molestó la mayor parte del día.

—Sucede que Rose fue testigo de nuestro encuentro, anoche en el patio —dijo y observó a Anton de Ville tras la protección de sus lentes oscuros; aun nerviosa continuó—: Me dijo que posee usted una cabaña en la playa, y yo me preguntaba… —su voz ronca se entrecortó, mas ella recuperó el control de inmediato—. ¿Sabía esto mi padrino? ¿Supo que usted planeaba venir a Rosslee en esta época?

—Nunca le he mencionado a Ivor que tengo una cabaña aquí, y cuando nos encontramos, yo no tenía ni idea de cuándo podría tomar unas vacaciones —habló con seguridad, sin apartar la vista de ella, y Sarah sintió que la tensión abandonaba su cuerpo toda vez que vio que él hacía una mueca de comprensión—. ¿Debo pensar que es una costumbre de su padrino el buscarle pareja?

Sarah asintió y miró a lo lejos; su cabello cayó al frente para ocultar el sonrojo, y los lentes la protegieron de revelar esas ridículas lágrimas provocadas por el alivio.

—Hace poco que lo sospeché —confesó—. Y me hace sentir terrible.

—Sé lo que quiere decir.

"Sí, estoy segura que sí", pensó la joven en respuesta a su grave comentario.

Ese hombre ya no era un jovencito. Cuando se conocieron, ella notó algunos mechones grises en sus sienes y estaba convencida de que su familia o algunos amigos bien intencionados le buscaban citas con mujeres, con la esperanza de que se casara.

—¿Cuánto tiempo lleva en Rosslee? —preguntó él, adoptando el tono profesional que hizo que Sarah se sintiera en el consultorio.

Anton de Ville poseía una poderosa masculinidad. Tal vez Sarah no se percató de ello antes, pero ahora la atraía como un imán. Le provocaba mucha curiosidad, aunque también percibía peligro.

—Llegué hace dos semanas —respondió y fijó su atención en una abeja que husmeaba un vaso vacío—. Me encontraron en el Aeropuerto Louis Botha de Durban y me trajeron hasta aquí porque mi padrino no confiaba en que rentara yo un coche. Dijo que tal vez me vería tentada a regresar al trabajo.

Él esbozó una débil sonrisa como si tampoco hubiera confiado en ella.

—¿Cómo se siente?

—No estoy segura —encogió los hombros en completo control de sí misma y se sentó frente a él—. Encuentro muy difícil deshacerme de algo que con los años se ha convertido en parte esencial de mi existencia, y ahora resulta que no puedo dormir a menos que me tome una de las pastillas que me recetó.

—Es muy importante que duerma lo suficiente; es la mejor terapia para usted y le aconsejo que ingiera una tableta cada noche hasta que esté segura de que ya no la necesita.

Hablaba como si estuvieran en el consultorio y no junto a la piscina de un hotel, y el humor de Sarah afloró, haciendo que sonriera de manera burlona.

—Este es un extraño lugar para recibir una consulta, ¿no cree?

—Usted no me consultó, yo lo hice, pero en verdad preferiría que considerara que estoy aquí como amigo y no como médico —levantó la vista de sus zapatos de lona y le ofreció una sonrisa cautivadora—. ¿Cree que podamos ser amigos, Sarah?

Su nombre se escuchaba diferente en labios de él, tan dulce y sensual. Una curiosa sensación invadió su cuerpo y se le debilitaron

las piernas. ¿Podían ser amigos? ¡No, nunca! No necesitaba ser clarividente para saber que Anton de Ville no era la clase de hombre que se conformaba con una simple relación platónica, y eso era lo único que ella podía ofrecer a un hombre.

—He escuchado que no es muy inteligente hacerse amigo del médico familiar —evadió la pregunta.

—¿Por qué será? —inquirió, al tiempo que posaba la mirada en, el cuello femenino.

—Tal vez se deba a que los pacientes se sienten inclinados a revelar demasiados secretos a sus médicos, y después debe ser horrible llevar una relación normal.

—Si de eso se trata, entonces nada tiene que temer.

—¿Quiere decir que nuestra relación médico-paciente ha sido demasiado breve para que yo pudiera revelarle mis secretos más profundos?

Su réplica burlona, provocó una sonrisa reprobatoria.

—Si tiene secretos, Sarah Courtney, entonces no es el tipo de mujer que los divulgue a menos que quiera.

La confundió el que él la hubiera descrito con tanta perfección. Pero, ¿por qué sintió, luego que él se fue, como si la hubieran censurado?

No obtuvo respuesta y todavía se encontraba inquieta cuando fue al interior, media hora después, para bañarse y cambiarse para la cena.

—Te dije que volverías a verlo —señaló Rose de pronto, mientras cenaban esa noche, y la mente confundida de Sarah no captó al momento que se refería a Anton de Ville.

—¿Rose? —comenzó con cautela; bajó sus cubiertos y enfrentó la mirada de la mujer—. No más predicciones… no para mí… por favor.

—No me digas que temes a lo que pueda decir Madame Rosa.

—¿Lo sabías? ¿Que te llaman Madame Rosa? —preguntó Sarah sorprendida, y unas cuantas miradas curiosas se dirigieron a su mesa cuando Rose echó la cabeza atrás y soltó una fuerte carcajada.

—Soy consciente de que Walter y Angela Morgan me llaman Madame Rosa a mis espaldas, pero no me molesta —aseguró—. Y prometo no hacer más predicciones, no acerca de ti, Sarah.

El nombre de Anton de Ville no volvió a pronunciarse durante lo

que restó de la cena, mas por alguna razón desconocida, Sarah no pudo sacarlo de su mente. Aunque Rose sugirió que jugaran ajedrez, ella se negó, explicando que deseaba acostarse temprano, y la mujer mayor no insistió.

Sin embargo, su pretexto fue sólo una salida; no era dormir lo que buscaba esa noche… a esas horas. Un incidente mínimo adquiría en su mente las proporciones de una catástrofe y sabía que debía manejarlo con fuerza y decisión.

Anton de Ville hizo una oferta tentativa para que fueran amigos y, de una forma indirecta, ella se negó. En el pasado había encarado ofertas similares y las rechazó con más dureza y sin sentirse culpable. ¿Por qué, entonces, su desdén a la amistad de Anton de Ville la dejó tan perturbada?

Sarah arrojó sus zapatillas junto a la cama y cruzó la alfombra. Corrió las cortinas de la ventana y llenó sus pulmones con el fresco aire de la noche qua se filtraba a su dormitorio.

Los árboles obstruían la vista de la playa con su piscina natural entre las rocas, donde las familias se reunían a nadar sin temor a los tiburones; el Océano Indico, iluminado por la luna, se extendía frente a ella y podía escuchar las olas que rompían en la playa. Una nube espesa tapó la luna, cubriendo la tierra de sombras. "Todavía hay muchas sombras", había dicho Rose. "Te has sobrepuesto a algunas, pero hay otras muy arraigadas".

Una vez su vida estuvo cubierta de sombras. Como Rose dijo, se había deshecho de la mayoría, mas había una en particular que oscurecía su vida. No podía compartirla con nadie, y eso justificaba su rechazo a la amistad de Anton de Ville. Él no se sentiría satisfecho con verdades a medias, y ella preferiría morir antes que sufrir otra vez la humillación a la que la sometió Nigel.

Sarah se despertó antes del amanecer. Ni su estancia en Rosslee le había quitado esa costumbre, y casi desde un principio se habituó a caminar por la playa y observar el alba. Se puso un pantalón color caqui y una blusa en tono ámbar, con tal prisa que la hizo verse desaliñada. Estaba ansiosa por escapar de las paredes de su habitación, pero un rápido vistazo al espejo la obligó a cepillarse el cabello; después bajó en silencio y salió por la puerta lateral.

El aire era claro y puro, y podía escuchar los trinos de las aves en los árboles cuando caminaba por el estrecho sendero que conducía a la playa. Esta era la mejor hora del día, decidió al hacer una pausa al final del camino a fin de quitarse las sandalias; sonrió para sí apenas pisó la arena suelta.

Los cangrejos se escabullían cuando ella se aproximaba, y el sabor familiar de la sal se impregnó en sus labios. Sentía la arena fría y húmeda en sus pies descalzos y la brisa alborotaba su cabello, aunque apenas se percataba de ello una vez que se detuvo a contemplar la agitada extensión de agua. Siempre le fascinó el mar, si bien las circunstancias la hicieron temerle cuando se dio cuenta de que puede ofrecer sus tesoros con la misma facilidad con la que puede despojar a uno de lo que más quiere.

Unas nubes cubrían el horizonte esa mañana, opacando el nacimiento del nuevo día, y empezaron a dispersarse cuando el sol comenzó su lenta y majestuosa elevación al cielo. Sarah contuvo la respiración ante la belleza del paisaje.

Aún sonreía en el instante en que se volvió para continuar su paseo, mas su sonrisa se congeló y ella se paró en seco apenas vio a Anton de Ville, quien caminaba descalzo hacia ella.

Su paso fuerte y enérgico sugería un poder y un vigor que debían ser necesarios en su profesión, así como en la de ella; sin embargo, estas dos cualidades parecieron abandonarla en el momento en que él llegó junto a ella, con esa sonrisa cautivadora en su duro rostro.

—Buenos días, Sarah.

—Buenos días, doctor de Ville —contestó con un hilillo de voz impropio de ella; pronto recuperó la compostura, a pesar de que percibió un dejo de burla en los ojos masculinos.

—Estamos muy lejos de mi consultorio, Sarah —señaló con una ira poco común en su mirada—. Llámame Anton.

—Como quieras… Anton —respondió de mala gana, con tono frío y controlado.

La brisa marina dio un color natural a sus mejillas y sus ojos brillaban de forma misteriosa, como joyas a la luz matutina, pero no fue consciente de ello cuando se vio sometida a la apreciación del hombre.

—No esperaba encontrarte en la playa tan temprano —comentó

él y estudió con interés su hermosa figura; Sarah se sintió más confundida que complacida, pues no se consideraba atractiva con esa apariencia desaliñada.

—Después de seis años en Johannesburgo, casi me olvido de lo hermoso que es contemplar el amanecer en un cielo limpio y puro —explicó, y Anton asintió, mirando el océano.

—Es lo que más extraño cuando tengo que regresar a la ciudad.

Sarah contempló aquel duro perfil, la amplia frente, la nariz aguileña que mostraba señales de una fractura, los sensuales labios y la mandíbula cuadrada y firme. Recordó que en su primer encuentro ella pensó que no era el hombre más apuesto, pero su rostro reflejaba fuerza y confiabilidad, y eso era lo que ella consideraba atractivo.

"¡Cuidado, Sarah Courtney!", se advirtió con dureza. "Sólo porque encuentras atractivo a este hombre, no significa que ya no seas la mujer sexualmente inadecuada que una vez se casó con Nigel Kemp"!

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —preguntó, antes de desviar la mirada.

—Tres semanas —respondió; la observó mientras se metía las manos en los bolsillos—. Por lo general prefiero salir durante los meses de invierno para escapar del frío de la ciudad, pero no siempre es posible.

—¿Qué sucede con tus pacientes cuando sales de vacaciones?

—Tengo un convenio con un colega del centro médico: yo cuido a sus pacientes cuando él sale, y viceversa.

—¿No se enojan tus pacientes? —inquirió con curiosidad; pensaba que a ella no le gustaría ver a un médico que no fuera el suyo.

—Creo que mis pacientes confían bastante en mí para saber que no los dejaría con alguien incompetente.

Sarah no podía discutir eso. Los enfermos debían tener fe en sus doctores; era tal vez la parte más importante en el proceso de recuperación. De alguna forma y por instinto, supo que se podía confiar en Anton de Ville, como médico y como hombre.

Una extraña sensación invadió su pecho, mas no le prestó atención, sino que siguió la mirada de él hacia donde el sol se asomaba. Como la cegó, desvió la vista a la interminable masa de

agua. Siempre le gustó el mar, aunque recuerdos indeseables poblaban su memoria al observarlo.

—El océano es temperamental —expresó sus pensamientos sin querer—. Puede ser tranquilo en un minuto, y salvaje y tempestuoso al otro.

Anton se volvió a ella con una chispa de inesperada comprensión en los ojos como si adivinara la tragedia.

—¿Tienes tiempo para tomar un café antes que regreses al hotel? —preguntó, cuando la vio mirar su reloj de oro.

La reacción instintiva de Sarah fue rehusarse, pero dudó. Había rechazado su oferta el día anterior y su conciencia todavía lo lamentaba. No existía peligro alguno en aceptar esa invitación amigable, ¿o sí?

—Bueno, un café me caería bien, gracias —aceptó antes que esa molesta vocecita interior pudiera hacerla negarse otra vez.

Capítulo 4

La cabaña de Anton de Ville le recordaba un poco las de los sitios para esquiar en los Alpes Suizos. Tal vez se debía a los barandales de madera tallada que rodeaban el balcón del piso superior, aunque ahí terminaba la similitud. Las paredes exteriores estaban construidas con ladrillos decorativos y las ventanas eran de aluminio, material que no se corroe ni se dilata con el clima costero.

El techo del amplio vestíbulo era de pino y también la barandilla de la escalera que daba al piso superior. La alfombra estaba salpicada de motas color café, los sillones tenían tonalidades *beige* y las cortinas eran de un tono ocre.

Sarah miró alrededor, buscando alguna huella de la personalidad de Anton, mas sólo había dos paisajes de un pintor que ella no conocía. La cabaña era un lugar de veraneo y nada más.

La mirada divertida de Anton se encontró con la suya y él hizo un ademán.

—¿Qué te parece?

—Un lugar para relajarse —contestó sincera y echó otro vistazo —. ¿Tú escogiste la decoración?

—Ya estaba incluida —señaló las puertas corredizas—. El patio está allá.

Sarah lo siguió al patio que estaba protegido por árboles, y sus sandalias hicieron ruido en los mosaicos italianos color marrón cuando se dirigió al barandal que rodeaba el sitio.

—Tienes una vista clara del océano —señaló. Podía sentir la mirada intensa de Anton y eso la ponía nerviosa.

—Ponte cómoda mientras traigo el café, Sarah —sugirió—. ¿Tomas leche y azúcar?

—Sólo leche, gracias —respondió, se volvió, y sus miradas se encontraron por un momento antes que él se marchara.

"¿Por qué estoy nerviosa?", se preguntó Sarah cuando se acomodó en una de las sillas blancas de hierro del comedor circular. Anton de Ville era igual a todos los hombres que conoció antes; entonces, ¿por qué empezaba a sentirse inquieta en su compañía?

Sarah conocía la respuesta. Sus encuentros con otros hombres se

realizaron en lugares públicos, y esta era la primera vez en años que se hallaba sola con un hombre, en su casa y por razones ajenas al trabajo.

¿Tenía miedo de que él descubriera su terrible secreto? No. Anton no le daba esa impresión. Además, razonó Sarah, él era su médico y su interés en ella se centraba en el aspecto profesional.

Una voz interior le dijo que lo último no era verdad, pero prefirió ignorarla por el momento y cuando levantó la mirada vio a Anton llegar con sendas tazas humeantes en las manos.

Era un buen conversador, pensó Sarah mientras bebían el café, y empezó a relajarse. Estar sola con él no resultó tan perturbador como imaginó.

—¿Qué te hizo retomar tu nombre de soltera cuando tu padre y tu esposo murieron en ese accidente? —había estado hablando de la belleza de Rosslee, y esa pregunta la tomó por sorpresa.

¿De dónde sacó él esa información?

—Eres una exitosa mujer de negocios y centro de atención de la prensa —explicó él como si le adivinara el pensamiento—. Y resulta que no leo nada más revistas médicas —añadió.

—Retomé legalmente el apellido Courtney para evitar confusiones innecesarias toda vez que me hice cargo del negocio de mi padre —esa no era la única razón, pero él no necesitaba saber que cambió su nombre en un intento deliberado por olvidar su tormentoso pasado.

—Debió ser una experiencia traumatizante para ti haber perdido a tu padre y tu esposo al mismo tiempo.

Contrariada, Sarán miró a otro lado.

—Sí, lo fue —dijo cuando recuperó la voz.

—No quieres hablar de eso, ¿verdad?

Su percepción era peligrosa. Parecía conocer sus pensamientos y sentimientos como si estuviera conectado a la misma frecuencia que ella, lo cual resultaba atemorizante.

—No, no quiero —admitió; colocó su taza vacía en la mesa y se obligó a sonreír—. Mejor háblame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que se te ocurra.

—Bueno, vamos a ver… —entrecerró los ojos y miró el océano brillante: después sonrió con ironía y se reclinó en la silla—. Nací

en Ciudad del Cabo hace treinta y ocho años. Tenía siete cuando mi padre se divorció de mi madre y se fue a vivir a Johannesburgo; pasé mi infancia de un lado a otro hasta que tuve la edad suficiente para decidir dónde quería vivir y qué deseaba hacer. Mi padre murió hace un par de años, pero mamá todavía vive, no muy feliz creo, con su tercer esposo en Ciudad del Cabo —su mirada burlona se posó en ella—. ¿Algo más que te gustaría saber?

Tenía bonitos ojos, pensó Sarah; eran de un azul increíble y parecían sonreír, aunque también notó dolor en ellos. Oh, sí, el dolor. Ella tuvo que luchar contra él en el pasado, y algo en su interior pareció identificarse de una forma única con aquel hombre.

—Creo que entiendo por qué no eres de los que se casan —comentó, y al ver la expresión de Anton, sonrió—. Rose me lo dijo —explicó, y él soltó una risotada.

—Yo no diría eso. Dios sabe que he estado a punto de casarme algunas veces, pero algo me detiene —confesó sin rencor—. Considero que es importante que haga la elección correcta, y si alguna vez me uno a una mujer, es porque estaré del todo seguro de que quiero pasar el resto de mi vida con ella —Anton se inclinó hacia Sarah—. ¿No fue lo que tú pensaste al casarte con Nigel Kemp?

Sarah sintió que algo le oprimía el pecho. La conversación volvía a girar en torno a ella, y no estaba preparada.

—Apenas tenía diecinueve cuando me casé con Nigel —explicó con frialdad, se levantó y caminó hacia la barandilla—. Era desmañada, insegura e insulsa, y me halagó que un hombre tan apuesto como Nigel se fijara en mí. La aprobación de mi padre trazó mi destino y creí que amaba a Nigel lo suficiente para casarme con él.

—Me imagino que pronto descubriste tu error.

—Sí.

¡Oh, sí! Descubrió su error muy rápido, pensó con cinismo mientras asía la barandilla. Podía haber amado a Nigel, ser feliz con él, pero el destino hizo de su cuerpo algo inútil para los hombres; cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia Nigel, desaparecieron pasados los primeros cuatro meses de su matrimonio.

—No magino a la famosa Sarah Courtney como una chica

desmañada e insegura, y ciertamente tú no eres insulsa —echó la silla hacia atrás, se levantó y se reunió con ella.

—No me conociste cuando tenía diecinueve años —sus ojos leonados se nublaron y una sonrisa, se dibujó en sus labios al recordar a la chica tonta y vulnerable que era. Sabía muy poco de la vida cuando se casó con Nigel, y mucho menos de modas cuando se atrevió a tomar el lugar de su padre—. Hacerme cargo de Courtney me hizo madurar y desenvolverme como persona; nunca renunciaría a lo que ahora tengo.

—Tu vida como ejecutiva se encuentra en las noticias, pero, ¿cuál es la otra parte de Sarah Courtney? —Anton se inclinó hacia la joven y posó la mano junto a la de ella—. ¿Hay algún hombre por ahí que no se mencione, Sarah?

Su cercanía la llenaba de confusión, la hacía consciente de cada centímetro del musculoso cuerpo; recurrió a la ira como medida de defensa.

—No tengo tiempo para relaciones personales —replicó con frialdad—. Mi vida profesional y mi vida privada son una.

—No me parece una situación envidiable —se burló, y la cólera de Sarah se desató.

—Tal vez no te guste, pero a mí sí. Aunque trabajo mucho, encuentro mi labor estimulante y llena de emociones.

—Y exige mucho tiempo.

—Es cierto —aceptó irritada.

—Supongo que no siempre estás sola —su rostro mostró una máscara inexpresiva, pero con la voz pareció reprenderla—. Me has pintado tal imagen de autosuficiencia, Sarah Courtney, que no creo que alguna vez experimentes el deseo de contar con alguien que esté a tu lado.

Su mano se posó en la de ella; los dedos acariciaron con delicadeza la fina red de venas de su muñeca y enviaron una fuerte corriente de electricidad que le subió por el brazo y le llegó a la espalda.

—Algunas veces… estoy sola —confesó, tratando desesperadamente de controlar el extraño temblor interno que la consumía.

—¿Y cómo lo solucionas?

"Mucho mejor que ahora", pensó con debilidad y miró el vello

oscuro de la mano bronceada.

—Busco algo que me mantenga ocupada —dijo, más molesta consigo misma que con Anton; liberó su mano y se volvió hacia las puertas corredizas que daban al interior—. Tengo que irme.

—¡Sarah! —la sujetó del brazo antes que alcanzara la puerta—. Hay una vida más allá de Courtney —sentenció con voz ronca, presionándole la suave piel—. No lo niegues.

Aunque Sarah se consideraba alta, tuyo que levantar la cabeza para someter a Anton a su mirada.

—¡Como yo escoja vivir no es asunto tuyo, y no me des consejos a menos que te los pida! —liberó de un tirón su brazo y se separó de él—. ¡Gracias por el café, y no te molestes en acompañarme!

Sarah lo dejó parado ahí y salió de prisa; poco más tarde, exhausta y avergonzada de sí misma, llegó a la seguridad de su habitación. Anton se había preocupado por ella, ahora podía verlo, y fue grosera con él.

No comprendía qué la hizo comportarse así. Si bien sus preguntas la enfurecieron, pero ya antes otras personas la habían sometido a ellas y nunca perdió el control.

Miedo. Su conducta fue motivada por el miedo. Se dio cuenta de ello cuando se desvistió y se metió bajo el chorro del agua de la regadera.

"Eso es ridículo", se rió de sí misma, pero ya su mente buscaba una explicación.

Había algo en Anton de Ville que lo hacía diferente a cualquier otro hombre conocido. Su extraordinaria capacidad para adivinarle los pensamientos y las emociones constituyó la primera señal de alarma, y cuando la tocó, se sintió amenazada por algo que no comprendía o conocía. ¿Qué era?

Sarah creyó que, debido a su conducta, Anton no volvería a buscarla; sin embargo, dos días más tarde, mientras tomaba el té con Rose, le entregaron una orquídea. Sarah reconoció la letra firme y clara en el sobre; la había visto por primera vez en la receta que Anton le dio, y sus manos temblaron cuando abrió el sobre para extraer la tarjeta.

Sarah, conozco un restaurante pequeño y tranquilo en Scottburg, que se especializa en mariscos. Si no me llamas, daré por sentado que aceptas cenar conmigo esta noche, y te

llamaré a las siete.

Anton

La joven acarició los pétalos de la magnífica orquídea. Anton le enviaba un símbolo de paz y la hizo sentirse culpable, pues fue ella la que se portó grosera. Y todavía la invitaba a cenar.

—Esa mueca me indica que fue Anton quien te envió la orquídea —señaló Rose con astucia y Sarah le pasó la tarjeta sin decir nada —. ¿Cuál es el problema? —inquirió Rose.

—No sé si deba aceptar su invitación.

—¡Cielos! ¿Por qué no? —explotó Rose—. ¡No te va a ocurrir nada si cenas con él, Sarah! ¡Sal de tu concha y diviértete!

Parecía tan natural… tan fácil. "Sal y diviértete"; ¡oh, si tan sólo pudiera! Si tan sólo…

No merecía la pena llorar por algo que no podía tener; lo había aprendido con los años y suspiró resignada cuando se levantó.

—Tendré que pensarlo.

—Ah, por cierto —Rose la detuvo—. Walter Morgan te dará el teléfono de Anton, por si decides no ir.

Había un reto en ese comentario y sonrió con dureza por la expresión inocente de la mujer.

—Gracias por la información —dijo, y se dirigió a su dormitorio.

Inquieta e indecisa, Sarah se paseaba sin descanso por la habitación. Si aceptaba cenar con Anton, él podría considerar el hecho como una invitación a algo que ella quería evitar a toda costa, pero si lo rechazaba, se diría que era una cobarde.

—¡No soy una cobarde! ¡Maldita sea, no soy una cobarde! —murmuró, pero se abrazó en un gesto autoprotector al considerar esa alternativa.

"Mis placeres son muchos, mis problemas son dos.
Pero, oh, mis dos problemas me privan del descanso:
el cerebro en mi mente y el corazón en mi pecho".

El fragmento de un poema se filtró en su mente, y resultó tan adecuado que quiso reír. Su mente le sugería alejarse, mas su corazón decía lo contrario; además, tenía que reconocer que se sentía tentada.

Si Anton tuvo éxito en hacerla enojar con sus preguntas, también logró despertar su curiosidad e interés. No podía engañarse. Quería verlo otra vez, hablar con él y descubrir, si podía, qué tenía este hombre que la hacía sentirse amenazada.

Su mente seguía enviándole advertencias, pero ya no las escuchaba. Iba a aceptar la invitación de Anton.

Se vistió con cuidado esa noche. Ni formal, ni casual. Escogió un atuendo de satén y chifón negro. Siempre le sentaba ese color; la falda plisada y la blusa con tirantes delgados le quedaban bien, decidió al mirarse en el espejo. Ahora tenía un leve bronceado que combinaba a la perfección con las prendas.

Lo que Sarah no notó fue que el conjunto resaltaba su femineidad; acentuaba el arco gracioso de su cuello y hombros, la firmeza de sus senos y las sensuales caderas. La imagen completa que adquirió fue la de una mujer segura, elegante y atractiva. Había un toque de sensualidad en sus labios y en sus movimientos, mas ella no lo habría notado aunque se lo dijeran.

Aunque Sarah había tomado un baño con esencias antes de vestirse y estaba ya relajada, ahora comenzaba a invadirla una excitación extraña. Se sentó ante el tocador para retocar su maquillaje. Se sentía como una adolescente en su primera cita, lo cual era ridículo, decidió con firmeza al guardar su lápiz labial color coral.

Cepilló con vigor su cabello hasta darle brillo, antes de enrollarlo en el moño usual. Tomó las peinetas, pero por alguna oscura razón, se arrepintió y liberó la masa sedosa y dorada sobre sus hombros. Recogió el cabello de sus sienes y frente con un broche brillante.

Rose lo aprobaría, pensó, sonriendo para sí mientras abrochaba el collar de perlas a su cuello. La joya fue un regalo de su padrino en su cumpleaños veintiuno. También fue el único obsequio que recibió ese día.

"Estoy lista", se dijo, al tiempo que calzaba las zapatillas doradas y revisaba el contenido de su bolso de noche; no obstante, no sabía para qué estaba lista.

El teléfono sonó unos minutos después y Sarah miró su reloj en tanto caminaba hacia él. ¡Eran siete y cinco! ¿Se habría arrepentido Anton?

—¿Señorita Courtney? —preguntó la recepcionista.

—¿Sí?

—El doctor de Ville la espera en el vestíbulo —informó la chica.

—Bajaré en un minuto.

Sarah se encontraba ya en el descanso de la escalera cuando vio a Anton apoyado en el mostrador de recepción; el corazón empezó a latirle con fuerza. Él se había peinado el cabello hacia atrás y usaba una chaqueta color azul y un pantalón gris, prendas que hacían resaltar su musculoso cuerpo. Cruzó el vestíbulo con paso seguro y se detuvo al pie de la escalera para esperarla.

Observó su descenso; su mirada le recorría el cuerpo, la estudiaba, de modo que ella sintió como si la tocara; un calorcillo perturbador le recorrió el cuerpo, hasta que sintió que la piel se le erizaba. Sarah nunca había experimentado algo semejante antes y sintió las piernas débiles cuando Anton la tomó de la mano y la llevó a su brazo.

Su mirada apremiante capturó la suya, y ella imploró para que sus ojos no revelaran la confusión que la ahogaba.

—Llegué un poco tarde —comentó él.

—Ya me di cuenta.

—¡Pareces reloj! —la acusó a manera de broma, y Sarah no pudo evitar una risita nerviosa.

—Las viejas costumbres no mueren —explicó ella cuando se dirigían a la salida.

—Cada segundo cuenta, ¿verdad?

—A veces el tiempo es de suma importancia —lo miró y algo en los ojos de él la hizo añadir—: En los negocios, desde luego.

—Gracias por la aclaración —se rió él y poco después salían al aire fresco de la noche, hacia donde Anton había estacionado el coche.

El flamante Jaguar azul combinaba a la perfección con Anton. Peligroso y poderoso fueron los dos adjetivos que llegaron a la mente de Sarah para describir al auto y a su dueño. Aunque era ridículo, pero ella se sintió como una mosca a punto de entrar en un panal, cuando él le abrió la puerta. Al sostenerla del codo, sus dedos resultaron fuego sobre su piel, y el pulso se le aceleró apenas la soltó y cerró la puerta.

Trató de fijar su atención en el cómodo interior durante el

camino a Scottburg, mas ese encierro en el Jaguar sugería una intimidad con Anton que hacía que sus nervios se crisparan por el peligro.

Sarah era consciente de la mano fuerte que casi rozaba su rodilla cuando Anton cambiaba de velocidad, y ya no pudo ignorar el aire de masculinidad que emanaba de él. La mujer en ella lo reconoció y, por primera vez en su vida, respondió.

Sintió pánico al descubrir que se había adentrado en terreno desconocido, y rompió el silencio en un intento desesperado por esconder su desconcierto. Habló del clima y del tránsito. Habló de todo lo que se le pudo ocurrir para disminuir el inexplicable poder del hombre sentado junto a ella en el oscuro interior del coche. Anton contribuyó a la conversación de una manera fácil y relajada, pero Sarah tuvo el horrible presentimiento de que él conocía el motivo de sus repentinos deseos de hablar.

El restaurante de mariscos, ubicado en un extremo de la ciudad, estaba al final de un callejón, entre dos edificios; era pequeño y tranquilo, y casi no había gente.

—La temporada alta comienza en diciembre y entonces este lugar está atestado —explicó Anton mientras les asignaban una mesa en un balcón con vista al Océano Indico.

Sorbieron el vino blanco que Anton ordenó y comieron el coctel de frutas en tanto esperaban los langostinos; esta vez fue Anton quien inició la conversación, mas pronto reinó el peligroso silencio otra vez.

Sarah miró por la ventana a la distancia, donde podía vislumbrar las luces tenues de un barco. Había otros más cerca de la costa, aguardando su turno para entrar en el puerto de Durban. Necesitaba decir algo y no valía la pena retardar el momento, decidió Sarah cuando se encontró con los ojos entrecerrados de Anton, iluminados por la luz de las velas.

—Anton, yo…

—Sarah, debo…

Se detuvieron con brusquedad y cayeron en un silencio embarazoso, antes de que estallaran en risas.

—Tú primero —concedió Anton divertido; sin embargo, la expresión de Sarah se formalizó.

—Quería disculparme por mi conducta grosera del otro día —

dijo, y él dejó de sonreír para adoptar una expresión seria.

—Yo me iba a disculpar contigo, Sarah —confesó con una mueca de resentimiento—. Yo me excedí y me merecía todo lo que me dijiste.

Sus miradas se encontraron y algo entre ellos surgió, algo que dejó a Sarah con la sensación de que un lazo invisible los unió. Aunque la acobardaba, también aceleraba su presión sanguínea.

—No te he dado las gracias por la orquídea —musitó con voz entrecortada.

—No te he dicho lo hermosa que estás —su mano cubrió la de ella y la leve caricia resultó infinitamente perturbadora—. Lo sabes, ¿verdad? —agregó cuando vio que se sonrojaba—. Eres una mujer muy atractiva.

La joven sonrió con sarcasmo, y casi tira de su mano para liberarla y tomar su copa con dedos temblorosos.

—Agradezco tu cumplido, pero ya no soy la desaliñada chica de diecinueve años que se consideraba insulsa.

Anton levantó una ceja, mas no comentó nada. Momentos después llegó el camarero con la orden.

El resto de la noche no fue la experiencia desastrosa que Sarah imaginó. Anton no le hizo preguntas embarazosas, ni la urgió a hablar de ella. Mantuvo la conversación en un tono ligero y entretenido, y Sarah se hallaba relajada cuando por fin regresaron al hotel.

Esa cena con Anton constituyó sólo el principio, y la joven lo vio casi todos los días de las dos semanas siguientes. No podía esconderse de él en un lugar tan pequeño como Rosslee; habría sido una tontería intentarlo y, además, no lo deseaba. El médico cautivó su interés al punto de querer saber más de él.

Los paseos en el cómodo auto a menudo incluían una parada para almorzar en algún lugar de la costa, o se detenían a comprar artesanías en los puestos del camino. En las noches cenaban juntos, a veces en el restaurante de mariscos y, otras, en el chalet de Anton donde asaban carne en una parrilla, en el jardín.

También la llevaba a dar largas caminatas, algo que Sarah nunca se atrevió a hacer sola; la introdujo por los primitivos pero pintorescos senderos que seguían la costa, y cuando se sentían demasiado perezosos, nadaban en la piscina o simplemente

tomaban el sol en la playa.

Sarah descubrió que resultaba fascinante conversar con Anton. Si bien a menudo diferían en algunos aspectos, pronto se percató de que él poseía un gran intelecto, estaba dedicado a su profesión y tenía un pícaro sentido del humor. Podía hacerla reír con la misma facilidad con la que la hacía enojar, mas charlar con él siempre era excitante.

La inteligencia de Anton no era lo único que la atraía. Existía una atracción física entre ellos, a veces tan intensa, que temía mirarlo a los ojos por miedo a que descubriera las extrañas emociones que la invadían; en ocasiones creía estar segura de que él sentía lo mismo.

—Has estado pasando mucho tiempo con Anton de Ville en estas dos semanas —señaló Rose una tarde calurosa en que tomaban el té en el patio, donde podían disfrutar de la brisa fresca de la playa.

—Sí, lo he visto mucho —admitió Sarah y una sonrisa de triunfo se dibujó en el rostro de Rose.

—Dije que disfrutarías de su compañía, ¿te acuerdas?

—Es más que eso, es… oh, no lo sé —Sarah se pasó los dedos con impaciencia por su cabello suelto, y por alguna razón, sus sentimientos escaparon por su boca—: Estar con Anton es como reunir las piezas de la persona que era yo, y tratar de unirlos a la persona que ahora soy. ¿Te parece una locura?

—En absoluto —aseguró Rose con seriedad—. A veces tendemos a escondernos en nosotros mismos como una medida de seguridad.

—Eso es una cobardía.

—Lo es si no lo reconocemos.

Sarah meditó esto en silencio mientras bebía el té. Supuso que era muy posible que ella se estuviera escondiendo en sí misma como una medida de seguridad. Había sufrido penas y humillaciones en el pasado que podían repetirse, después de todo.

—¿Tendrás tiempo para jugar ajedrez esta noche? —Rose interrumpió sus especulaciones y Sarah negó con la cabeza.

—Temo que no, Rose —se disculpó—. Anton me invitó a cenar.

Capítulo 5

Esa noche, el restaurante de Scottburg estaba lleno, pero Anton había reservado su mesa favorita en el balcón. Ordenaron lenguados a la parrilla y bebieron vino mientras esperaban; Sarah no pudo ocultar su inquietud a pesar de la atmósfera relajada y jovial que reinaba en el lugar. Percibió una tensión poco común en Anton cuando la recogió en el hotel, y ahora la detectaba otra vez en la expresión meditabunda de él.

—¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre? —preguntó de modo inesperado y Sarah se puso rígida.

—¿Va a ser esto un interrogatorio? —inquirió ella, con su acostumbrada reticencia a abrir las puertas de su pasado.

—Hemos hablado de todo excepto de ti en estas dos semanas, porque así lo querías, pero ahora me gustaría saber más de tu persona —levantó la botella de vino del cuenco con hielo y llenó las copas—. Si las preguntas se vuelven demasiado personales, podrás decirme que no indague en lo que no me importa y yo trataré de no ofenderme.

Se burlaba de ella, podía verlo en su mirada, mas fue serio al sugerir que podía detenerlo y Sarah se enterneció por la fuerza de esa declaración.

—Aparentemente mi madre nunca fue muy fuerte y murió cuando yo tenía ocho años —explicó, sorbiendo su bebida.

—Tu padre nunca se casó otra vez, ¿verdad?

—No —volvió a beber y se relajó—. Mi padre tenía muy poco tiempo y paciencia para las mujeres. A menudo me pregunto si su matrimonio con mi madre fue feliz.

Anton la contempló, escudriñó cada expresión que mostraba su rostro.

—Debió ser difícil para tu padre criar él solo a una niña.

Sarah reprimió de prisa el inesperado deseo de reírse y dijo con brusquedad:

—Me recluyó en un internado y dejó mi crianza en manos de las monjas.

—Eso duele.

Anton resumió todo con increíble habilidad, pues podía leer bajo

esa conducta de indiferencia que ella adoptó con los años, y sabía que sería fatal negarlo.

—Supongo que en cierta forma así fue, pero más que nada me sentía confundida y perdida.

"¿Qué le estoy diciendo a este hombre? ¿Qué tiene que ver él en esto?", se preguntó Sarah nerviosa.

—Estoy seguro de que tu padre hizo lo que creyó conveniente para ti en ese momento —señaló Anton, reconfortándola, y tomó su mano entre la suya.

—No lo dudo —concedió ella.

Bajó la mirada a esa mano fuerte y bronceada que cubría la suya. Quizá la intención de Anton era consolarla, mas la tensión emocional entre ellos hizo que su pulso se acelerara bajo ese pulgar que le acariciaba la muñeca. Estuvo a punto de retirar su mano, pero algo que vio en la mirada de Anton la detuvo.

¡Él la deseaba! No era la primera vez que veía sus ojos oscurecidos por el deseo, aunque nunca fue tan obvio antes.

La mirada del médico se posó por un momento en su cuello, antes de descender a sus senos cubiertos por la seda de su vestido color rojo; después, se fijó en los ojos de ella y ahí permaneció de manera inflexible. La mueca burlona del hombre indicó a Sarah que él había encontrado una evidencia del efecto que tenía en ella, y casi lo odió por ser tan observador.

—Suelta mi mano —rogó con voz ronca, pero pareció que le hubiera pedido lo opuesto. Le asió con más fuerza la mano y se la llevó a sus labios, dando inicio a una caricia tan erótica, que un deseo urgente invadió el vientre de Sarah y la hizo jadear.

¿Deseo? ¿Era eso el principio del deseo? Sarah se sentía confundida. Sin embargo, una cosa era cierta: Durante las dos semanas anteriores hubo momentos en que no se reconoció como la mujer fría y controlada que era, y en ese preciso instante sus emociones eran un torbellino. Sabía que tenía que hacer algo al respecto, y nada en el pasado la preparó para algo semejante.

Por el rabillo del ojo pudo ver que el camarero se acercaba a la mesa con su orden y exhaló un suspiro de alivio cuando Anton se vio forzado a liberar su mano. Él se reclinó en la silla mientras colocaban los platos, y había un brillo de triunfo en sus ojos al levantar la mirada hacia las mejillas sonrojadas y el pulso errático

en el cuello de Sarah.

El momento pasó y dio a la joven bastante tiempo para recuperar la compostura mientras comían; fue Anton quien llevó la conversación. La entretuvo con anécdotas divertidas de experiencias personales en la medicina y la hizo reír; después, mientras tomaban el café, Sarah se encontraba tan relajada y complacida que no le importó que Anton retomara la conversación del principio.

—¿Tuviste una buena relación con tu padre? —preguntó, y ella se puso seria de inmediato.

—No en realidad —contestó y miró la taza mientras buscaba las palabras correctas para describir a Edmond Courtney—. Mi padre era un hombre autocrático y dominante —explicó con llaneza—. Siempre fue difícil de conocer y de complacer.

—Te hizo sentir inadecuada.

Sarah levantó la cabeza, y se encontró con la mirada de Anton, más allá de la llama de la vela.

—¡Nunca dije eso!

Su tranquila declaración la privó de sus defensas. Anton no era tonto; ya había percibido mucho y no tenía caso tratar de negar la verdad.

—Sí, mi padre me hizo sentir inadecuada —confesó; con la mirada lo desafió a que se burlara de ella, pero sólo vio comprensión en la de él.

—Creo que… —Anton entrecerró los ojos, estudió intensamente el rostro femenino y se inclinó sobre la mesa—, soy la primera persona a quien se lo has dicho.

—Así es —admitió con un nudo en la garganta.

Aunque era extraño, al parecer la confesión a Anton la liberó de un gran peso. No obstante, también la hizo sentirse expuesta y vulnerable; bajó de prisa la vista y se encontró mirando el cuello fuerte y bronceado de él.

Su camisa blanca dejaba entrever el vello oscuro. Se le veía suave, y Sarah se preguntó qué se sentiría deslizar los dedos por él, tocar la cálida piel y…

"¡Dios mío, en qué estoy pensando!"

Sarah desvió la vista; su corazón latía con mucha fuerza mientras ella trataba de pensar en otra cosa; no obstante, no pudo suprimir la ola de calor que invadió sus mejillas y sólo pudo rezar

para que Anton lo atribuyera al bochorno causado por su confesión.

—Mi padre también tenía la habilidad de ejercer cierto encanto en la gente para ponerla de su parte —en su exterior Sarah estaba en control de sí, pero en el interior era un manojo de emociones conflictivas—. Tal vez esa fue la clave de su éxito —explicó—, pero creo que lo que yo siempre le admiré fue su mente brillante y su capacidad innovadora.

—Es obvio que heredaste esas dos cualidades —observó Anton con tranquilidad.

—Debo tomarlo como un cumplido.

Anton estudió la sonrisa inocente y provocativa que Sarah esbozó, pero su expresión cambió cuando sintió la reticencia de ella a abrirse.

—¿Tu padre te alentó a seguir con el negocio?

—¡Oh, no! ¡Nunca! —movió la cabeza y, por primera vez, rió al recordar—. Era una ignorante cuando mi querido padrino me convenció de que me hiciera cargo, después que mi padre murió.

—Debió ser difícil.

—Lo fue —admitió, colocó los codos en la mesa y miró por la ventana.

Los botes permanecían anclados en el mar; sus luces se reflejaban en el agua, pero más allá no se veía nada, excepto la luna que bañaba el océano con su brillo plateado. La escena pacífica, contrastaba con los recuerdos que cruzaban la mente de Sarah en ese momento.

—Trabajé casi día y noche durante ocho meses —explicó y se volvió hacia Anton, quien la miraba con fijeza—. Empecé desde abajo y escalé hasta la cumbre, y al final mereció la pena.

—Yo diría que has probado ser una digna sucesora de tu padre, y estoy seguro de que él estaría orgulloso de ti.

—Tal vez.

Nunca pudo complacer a Edmond Courtney. ¿Estaría orgulloso de ella ahora? ¿O hubiera sopesado sus logros y los consideraría deficientes? Nunca lo sabría. Anton observaba el brillante collar de perlas y Sarah subió la mano por instinto, como si necesitara asegurarse de que todavía estaba ahí.

Los ojos azules se entrecerraron.

—Has usado esas perlas varias veces. ¿Es un regalo de un

admirador?
—Sí —su sonrisa era una burla a la curiosidad de Anton—. De mi padrino.
Esa chispa de celos en su mirada desapareció de inmediato.
—Estás muy encariñada con él.
—Lo quiero mucho —admitió, suavizando su expresión.
—Sé que él siente lo mismo por ti.
Sarah no necesitaba que se lo dijeran; nunca dudó de su cariño y apoyo. Hacía mucho tiempo que él se había convertido en un sostén para ella, y por ello siempre tendría su amor, respeto y gratitud infinita.
—¿Más café?
Salió de su meditación y negó con la cabeza.
—Ya tuve suficiente, gracias.
—Es hora de que te lleve al hotel —Anton echó atrás su silla y se levantó; su expresión era seria cuando le ofreció la mano—. Ya te tuve aquí más tiempo del que planeaba, y todavía necesitas mucho descanso.
Sarah no se opuso. En una sola noche había revelado a Anton más que a nadie en toda su vida y fue este inquietante descubrimiento lo que la hizo permanecer callada en el camino de regreso a Rosslee.
Eran las once y media, cuando llegaron al hotel. Sarah recogió su llave en la recepción y se volvió a Anton. No quería que la acompañara a su habitación; deseaba despedirse ahí, pero al parecer él adivinó sus pensamientos.
—Te acompañaré a tu habitación —se anticipó, y una chispa de burla apareció en su mirada; la protesta de Sarah murió en su garganta apenas sintió el calor de una mano fuerte bajo su codo—. ¿Juegas a tenis? —preguntó él mientras subían por la escalera.
—Ocasionalmente, cuando tengo tiempo —respondió con engañosa calma—. ¿Por qué?
—El hotel cuenta con una buena cancha de tenis y pensé que si no tienes nada que hacer mañana por la tarde, tal vez te gustaría jugar unos partidos amistosos.
¡Tenis! El nerviosismo de Sarah disminuyó un poco. Le encantaría; hacía años que no se daba el gusto de hacer deporte, pero llegó a Rosslee sin ropa adecuada para las instalaciones

deportivas que el hotel ofrecía.

—No traje el equipo necesario —informó con una mueca cuando llegaron al piso superior y empezaron a andar por el pasillo apenas iluminado que daba a su habitación.

—Encontrarás zapatos para tenis en la tienda, y casualmente tengo una raqueta extra en la cabaña.

—Bien, entonces será mañana —sonrió cuando se detuvieron en su dormitorio—. ¿A qué hora?

—A las tres y media —respondió, tomando la llave—. Te veré en la cancha —agregó al abrir la puerta.

Sarah asintió. No pudo hablar; Anton la incomodaba con su cercanía.

Su loción asaltaba sus sentidos y algo en su expresión de él aceleró su pulso, si bien se controló.

—Buenas noches, Anton —dijo con cortesía—. Gracias por la maravillosa velada.

Se alejó de él con el vivo deseo de escapar a la seguridad de su habitación antes que pudiera traicionarse a sí misma, mas Anton le obstruyó el camino con un brazo, y ella retrocedió. La mirada del hombre fue hacia los labios femeninos.

—No temas, Sarah —expresó con ternura y la tomó por la cintura al tiempo que la guiaba con suavidad a la oscuridad del dormitorio y cerraba la puerta.

¿Temor? No era eso lo que describiría los sentimientos de Sarah en el momento en que Anton tomó su bolso y lo arrojó a una silla. La iba a besar. Había temido eso durante dos semanas, pero en ese momento lo deseaba tanto que casi tuvo miedo de respirar cuando él alzó una mano y la deslizó por su mejilla antes de tomarle la barbilla y levantarle la cabeza; de pronto el corazón de Sarah empezó a latirle con tal fuerza que temió desfallecer.

—No tengas miedo —murmuró Anton de nuevo, y deslizó la mano de su cintura a un punto más sensible, atrayéndola hacia él; entonces inclinó la cabeza.

Por una fracción de segundo, todo se paralizó en Sarah. Sabía por experiencia qué esperar, pero no podía evitar desear que sólo por esa vez…

Los labios cálidos de Anton se posaron sensualmente en los de ella; los saborearon y provocaron hasta que temblaron en respuesta.

Sarah se hundió en una confusión total. Siempre se creyó sexualmente fría, pero de alguna forma Anton despertaba sensaciones que ella nunca creyó poseer, y resultaron tan dulces que deseaba que no terminaran.

Perdió el control. Se rindió a la caricia de Anton; deslizó las manos por el amplio pecho hasta tocarle el cabello de la nuca, mientras gozaba del erótico tormento. Empezaba a sentirse dominada por un deseo desconocido, cuando Anton liberó su boca y trazó un camino de fuego por su cuello y por su hombro.

Las manos masculinas exploraron su cuerpo por encima de la delgada seda de su vestido y se posaron en sus senos para acariciar las puntas endurecidas; un calor dulce y salvaje surgió en las entrañas de la joven.

—Te deseo, Sarah —gimió Anton cuando volvió a apresar su boca; sin embargo, esas tres palabras fueron suficientes para que ella recobrara la cordura y se pusiera rígida.

"¿Qué me está pasando?", se preguntó. "¿Qué diablos estoy haciendo?"

Anton percibió su repentino rechazo, y Sarah retrocedió como un conejo asustado cuando él la soltó. Estaba pálida y con seguridad él podía ver la confusión y el miedo en sus ojos dilatados.

—¿Qué pasa, Sarah? —inquirió con una calma que ella envidió.

—¡Nada! ¡No es nada! —siseó—. ¡Por favor, vete! ¡Por favor!

Por un terrible momento pensó que Anton ignoraría su ruego, sin embargo, Anton se volvió y abrió la puerta.

—Te veré mañana —dijo inexpresivo y cerró la puerta.

Sarah se apresuró a poner el pestillo; apoyada en la puerta, trató de tranquilizarse. Temblaba como si tuviera fiebre y su corazón latía desacompasado.

Los momentos pasados en los brazos de Anton fueron una revelación excitante. Sarah no estaba segura de cómo calificar su reacción y estaba renuente a creer que había perdido la frigidez que Nigel creó con sus desprecios. No se atrevía a averiguar las posibilidades en este caso. Anton no era un hombre que se prestara a esa clase de juegos y comprometerse con él emocionalmente podía resultar doloroso.

Sus labios todavía palpitaban por los besos, y las caricias de sus manos permanecían en su cuerpo como un recuerdo imborrable.

Fue un hermoso despertar de emociones, y desconocía su verdadera fuerza; deseaba…

¡No! ¡No debía volver a suceder! Sarah encendió la luz en tanto luchaba por suprimir las emociones que todavía invadían su cuerpo. Debía tener más cuidado en el futuro. ¡No podía permitirle que se acercara tanto! Si él supiera… si descubriera… ¡Dios, la despreciaría!

Media hora después se metió en la cama. Había tomado una de las pastillas que Anton le prescribió y ya sentía los párpados pesados; apagó la luz y se quedó dormida.

Rose Poole agitó con vigor su café y observó a Sarah con intensidad.

—Llegaste tarde anoche.

Sarah levantó la mirada de su desayuno a base de huevo y queso para sonreír.

—¿No me digas que esperaste hasta que llegara a salvo, Rose?

—Hacía tanto calor anoche que no podía dormir; salí a tomar aire fresco cuando tú llegaste —hizo un gesto de impaciencia como si no pudiera resistir la curiosidad—. Te ves un poco demacrada. ¿La anoche no resultó como esperabas?

—Fue una velada placentera y esclarecedora —respondió Sarah con cautela—. Vamos a jugar tenis esta tarde.

—¡Ah! —una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro—. Ya veo que Anton rompió tu coraza, así que sal y diviértete, mi niña.

Sarah perdió el apetito, y cuando Rose salió del comedor, sólo se tomó el café.

"¿Rompió mi coraza?"

El recuerdo de la noche anterior permanecía vivo, y Sarah se pasó una mano temblorosa por el cabello, atado con una cinta de colores.

Sí, Anton logró romper su coraza y, en el proceso, le dio a probar algo que todavía temía aceptar; además, aún tenía muchas dudas para salir y divertirse como Rose sugirió. Alguien podía resultar lastimado. Cualquiera de los dos.

Después del desayuno caminó a la tienda para comprar los tenis y algunos artículos necesarios, incluyendo un sombrero de palma

para protegerse del sol.

Se estudió en el espejo de la abarrotada tienda y rió ante su apariencia. Con su blusa sin mangas, pantalón de pescador y alpargatas de cuero, estaba lejos de parecerse a la elegante Sarah Courtney que la gente conocía.

"¡Si pudieran verme ahora!", pensó alegre cuando salió de la tienda. La humedad la envolvió, y ya se apresuraba a regresar al hotel cuando escuchó su nombre. Angela Morgan caminó hacia ella con rapidez y Sarah esperó impaciente a que la delgada y bien vestida mujer la alcanzara.

—Espero que esté disfrutando su estancia en Rosslee —apuntó Angela con la respiración entrecortada mientras andaban juntas.

—He estado muy a gusto estas cuatro semanas, gracias. Hay mucha tranquilidad y paz en Rosslee y eso es lo que necesito.

—Nos referimos a esta época del año como "la calma antes de la tormenta" —rió Angela—. Todo adquiere una velocidad vertiginosa desde mediados de diciembre y sigue así hasta terminar enero.

—Para entonces ya no estaré aquí —comentó Sarah.

—Así es —Angela le lanzó una mirada especulativa—. Me he dado cuenta de que Anton de Ville ha sido su acompañante desde que llegó a Rosslee.

—Es cierto —contestó Sarah, poniéndose alerta.

—Es un hombre maravilloso y siempre dispuesto a ayudar los demás, pero no confiaría en él si se tratara de mi hija —anunció Angela inesperadamente, cuando se acercaban a la entrada del hotel —. Es demasiado sensual.

Sarah estaba perpleja. "Sensual" era una palabra muy usada en el mundo de la moda. La había escuchado siempre como descripción de algunos atuendos, mas no siempre ignoró su significado ulterior, y eso hizo ahora.

—¿Tiene una hija, señora Morgan? —preguntó.

—No —confesó Angela—. Tengo dos hijos, pero si Anton de Ville puede hacer que el corazón me dé un vuelco, ¿qué no haría con mi hija, si la tuviera?

La lógica de Angela Morgan resultaba divertida, y perturbadora.

¿Estaba, a su modo, tratando de advertir a Sarah?

La joven meditó esto más tarde cuando emergía de la piscina después de gozar de un refrescante baño. "No confiaría en él si se

tratara de mi hija", había dicho Angela; con toda honestidad, ella tampoco confiaba en sí y su relación con Anton.

Era un descubrimiento tan alarmante como cierto, y no volvería a confiar en sí misma después de la forma en que se comportó con él la noche anterior.

Esa tarde se puso un pantalón blanco y una blusa color durazno, y bajó a encontrarse con Anton; su corazón latió más cuando lo vio sentado a una mesa, bajo uno de los árboles australianos que rodeaban la cancha. Él se puso de pie al verla; su cuerpo poderoso estaba cubierto por una playera, pantaloncillo y tenis, y de pronto Sarah se sintió nerviosa.

—¿Llegué tarde? —preguntó con voz ronca, en aparente calma.

—Yo llegué temprano —los ojos azules la estudiaban, y él sonrió de manera leve—. El tiempo es importante, ¿recuerdas? —mencionó las palabras que ella pronunció la primera noche que la llevó a cenar.

—Así es —repuso con rigidez y se sentó en la silla de bambú que él le ofreció.

—Te perdiste el amanecer esta mañana.

"¿Ahora te complace espiarme?". Aunque la indignante pregunta cruzó su mente mientras lo veía sentarse junto a ella, se contuvo y dijo:

—Me desperté tarde.

—El no verte en la playa temí que no acudieras a nuestra cita.

Anton era sutil, pero la indirecta bajo sus palabras resultó clara. Llevaba la conversación al tema que era inevitable. Sarah no podía comportarse como lo hizo la noche anterior y esperar que él no exigiera una explicación.

Bajó la mirada a los musculosos muslos y fuertes pantorrillas, observando el vello oscuro de su piel bronceada. Estaba muy cerca de ella y podría tocarlo con un leve cambio de posición; el deseo de hacerlo fue tan intenso que tuvo que apretar las manos en su regazo. Enfocó su atención en los mainatos que saltaban en el césped en busca de insectos.

—Anton… lo de anoche… —empezó, incómoda.

—Sí, Sarah, lo de anoche —la interrumpió cuando ella titubeó —. Eres una mujer atractiva, y no voy a negar que te deseo.

—¡No digas eso!

—Sabía de tu existencia antes que nos conociéramos. Con frecuencia vi fotos tuyas, pero verte en persona es algo diferente. Creo que te he deseado desde el momento en que entraste en mi consultorio —la impactante sinceridad de Anton la dejó muda y él continuó—: Aunque sé que parece poco ético, es verdad, y no podía creer en mi buena suerte cuando descubrí que estabas aquí, en Rosslee. No intenté apresurarte anoche, y admito que la situación fue incontrolable, pero en un momento respondías maravillosamente y al otro te congelaste —el silencio subsecuente resultó incómodo y después él preguntó—: ¿Qué pasó, Sarah?

"Tenía miedo de esa atracción física entre nosotros, de las sensaciones que despertaban en mí y temía que descubrieras que soy una mujer fría".

Sarah podía haber dicho todo eso y mucho más, mas sólo balbuceó:

—No quería… no quiero… comprometerme.

—¿Conmigo en particular?

Negó con la cabeza; su cabello brillaba al sol.

—Con ningún hombre —apuntó con voz ronca.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones —respondió con frialdad; por fin se hallaba bajo control cuando lo observó y sus miradas se encontraron como dos espadas en medio de una lucha.

—¡Pues escúchame bien, Sarah! —la dureza en su voz la hizo retroceder; Anton se levantó y apoyó las manos en los brazos de la silla de la joven, quien contuvo la respiración al ver la ira retratada en los ojos azules—. ¡No me vas a despreciar, y yo también tengo mis razones!

Capítulo 6

Las palabras de Anton se repetían en la mente de Sarah. "¡No me vas a despreciar, y yo también tengo mis razones!" Hablaba en serio; podía verlo en la firmeza de su expresión y una ola de impotencia la ahogó.

—Oh, por favor, Anton, ojalá no…

—Terminaremos esta discusión otra ocasión —la cortó con dureza, y se enderezó para tomar las raquetas y las pelotas que dejó en una silla—. ¿Empezamos? —preguntó, mientras seleccionaba una raqueta y la ponía en manos de Sarah.

Esta suspiró y asintió.

—Pues, sí.

Palpó él mango de la raqueta al entrar en la cancha, y se percató de que nunca pudo usarla un hombre. Pertenecía a una mujer. ¿La habría olvidado después de unas apasionadas semanas en la cabaña con Anton? No era asunto suyo, pero no podía evitar la curiosidad.

—¿Estás lista? —gritó Anton impaciente, luego de haberse ejercitado en la cancha para habituarse a su textura.

—Sí, estoy lista —replicó; olvidó sus pensamientos y temores para concentrarse en el juego.

Anton escogió el primer servicio; jugó con suavidad para probar la fuerza de Sarah, mas después del primer juego no le mostró compasión. Si bien sus poderosos servicios y enérgicos golpes hubieran acabado con un jugador inferior, Sarah se enfrentó a ellos con toda la agilidad y experiencia que pudo. Igualó la fuerza de Anton con tiros astutos y ventajosos, y después de una hora de juego arduo, dejaron la cancha con igual número de puntos a favor.

Sarah no se había ejercitado tanto en años. Se sentía tonificada, viva otra vez, cuando se derrumbaron en sus sillas y rieron uno del otro con esa camaradería que existió entre ellos antes del fracaso emocional de la noche anterior. Esa identificación sólo la experimentaba con Anton, y constituía un sentimiento placentero. Eso era compartir, pensó, pero no profundizó en el asunto.

Jugar tenis por una hora los dejó sudorosos, y pareció como si los hubiera sorprendido una tormenta; se enjugaban el cuello y el rostro, cuando una camarera nativa colocó en la mesa una jarra con

jugo helado de frutas y dos vasos. Aceptó la generosa propina de Anton y desapareció.

—Lo ordené antes, mientras te esperaba —explicó Anton.

—Bien pensado.

Se quedaron callados mientras bebían, mas Sarah recordaba la advertencia de él. No se imaginó que fuera fácil despreciarlo, pero tampoco pensó que resultara tan difícil.

—Juegas mejor de lo que me hiciste creer —señaló Anton con una chispa de reproche y Sarah, sumida en sus pensamientos, tardó un rato en saber de qué hablaba.

—El tenis era mi deporte favorito en la escuela —explicó, abanicándose con la toalla—. Teníamos una cancha en casa, en Ciudad del Cabo, y mi padre a menudo invitaba a sus amigos a jugar, pero sinceramente yo no he practicado mucho estos últimos seis años —lo miró y se dio cuenta de que le había gastado una broma—. Tú sí juegas muy bien y no me lo dijiste.

—Jugaba tenis y cricket y participé en atletismo en la escuela, pero empecé a jugar squash en la universidad y ese es el deporte que más me gusta.

Sara vació su vaso y paseó la mirada por el cuerpo musculoso.

—¿Es así como te mantienes en esa soberbia condición física?

Deseó no haber preguntado. Parecía algo personal, casi íntimo, sintió cómo se sonrojaba por la vergüenza, cuando Anton le sonrió con picardía como si adivinara su incomodidad.

—No siempre tengo tiempo para jugar squash, pero poseo un gimnasio bien equipado en casa y ahí trabajo para deshacerme de la tensión que acompaña a mi trabajo; el resto de mis horas libres las dedico a mi jardín.

Sarah abrió los ojos, sorprendida.

—¿Te gusta la jardinería?

—Creo que es un pasatiempo relajante.

—Sorprendente —se burló de él.

—¿Qué tiene de sorprendente?

Aunque la tensión entre ellos había desaparecido, la causa no se borraba. Prefirieron ignorarla mientras jugaban, mas ahora Sarah volvía a sentirla.

—Bueno, nunca te imaginé como a un hombre que le guste arreglar un jardín, eso es todo —respondió sin convicción.

—Las apariencias engañan —se burló Anton—. ¿Qué haces tú en tu tiempo libre?

Sarah se puso rígida. No tenía por qué resentir esa pregunta, mas no podía evitarlo.

—No puedo darme el lujo de dedicarme a un pasatiempo —contestó con sinceridad.

—Mucho trabajo y nada de diversión —Anton se enderezó y movió la cabeza—. Sarah, ¿qué has estado haciendo contigo misma?

—Trabajo duro y disfruto cada momento —se defendió.

—Acepto que trabajas duro, pero en el proceso te has enterrado en vida sin darte la oportunidad de vivir.

—¡No seas absurdo! —protestó después de un silencio molesto—. ¡Tengo una vida plena e interesante, y si mi profesión ha absorbido mi vida personal es porque considero mi trabajo estimulante y satisfactorio!

—Usas a Courtney como una armadura y por alguna extraña razón te has trazado un exhaustivo itinerario que te ha forzado a canalizar toda tu energía en el trabajo estos últimos seis años. ¿Por qué, Sarah?

"¡Para protegerme de hombres como tú que quieren exponerme a una existencia dolorosa!", deseó gritarle, pero se controló y dijo con frialdad:

—Creí que eras médico, no psicólogo.

—La base de la psicología es el sentido común, y el mío me indica que debe existir un motivo por el que rechazas una relación física y emocional normal con un hombre —evadió el comentario sarcástico de Sarah con una tranquilidad irritante—. Dudo que tu padre tenga algo que ver y me niego a creer que estés guardando luto a un marido al que no amaste. No, debe existir algo más, ¡y voy a indagar hasta saber qué es!

—¡Sugiero que no te entrometas! —su ira era sólo una forma de ocultar el miedo que la atenazaba.

—No me vengas con esa evasiva, Sarah —repuso Anton con ironía—. Estoy dispuesto a apostar que bajo ese témpano hay una mujer apasionada que desea salir, y voy a arreglármelas para encontrarla.

Una sensación sofocante oprimió el pecho femenino.

—No sabes lo que dices.

—Oh, sí, lo sé —sonrió como si el prospecto de probarle su equivocación lo complaciera, y el pulso de Sarah se aceleró.

Anton lo notó y su sonrisa se amplió.

—Ve a ponerte un traje de baño y lo que necesites —ordenó en tanto se levantaba para recoger las cosas—. Nos refrescaremos en el mar y después podrás bañarte y cambiarte en mi cabaña.

Sarah negó con la cabeza.

—No, no creo que deba…

No pudo continuar, pues él la tomó del brazo y tiró de ella con fuerza.

—¿Tengo que escoltarte a tu habitación y asegurarme de que hagas lo que digo? —inquirió con voz suave; su rostro estaba tan cerca que ella podía ver la barba crecida en la fuerte mandíbula—. ¿Eh, Sarah?

—¡No! —movió la cabeza y se frotó el brazo cuando la liberó. Tendría un moretón al otro día, pensó mientras lo miraba acusadora —. ¡Eres un fanfarrón!

—Lo sé —sonrió y le dio un leve empellón—. Te esperaré en la entrada, y apresúrate.

A Sarah le alegró alejarse de él por unos minutos y casi corrió al entrar al hotel y subir por la escalera. Cerró la puerta de su cuarto y deseó poder quedarse ahí, pero tenía el horrible presentimiento de que una puerta no evitaría que Anton irrumpiera si ella no bajaba.

Buscó el traje de baño de una pieza, pero no lo encontró. Después se acordó. Uno de los tirantes se rompió la última vez que lo usó y la camarera se lo había llevado esa mañana para que lo arreglaran.

"¡Oh, Dios, ayúdame! ¡No puedo usar ese bikini, no hoy!", pensó desesperada mientras se comunicaba a la lavandería. Como su traje de baño estaría listo más tarde, colgó el teléfono con un suspiro de resignación y sacó su bikini de una cómoda.

Diez minutos más tarde salió de su habitación con un bolso en la mano y la toalla sobre el hombro. Cambió sus tenis por unas sandalias y fue el sonido de éstas en el suelo lo que hizo que Anton se volviera a mirarla con picardía mientras ella bajaba por la escalera.

—¿Por qué tardaste tanto? —inquirió, y Sarah tuvo que suprimir

una risita nerviosa.

—Deberías aprender a ser más paciente.

—La paciencia nunca fue una de mis virtudes —dijo ceñudo y la liberó del bolso—. Vamos —añadió en tanto la tomaba con firmeza de la mano como si temiera que cambiara de opinión y regresara a todo correr al hotel.

La marea había subido y las olas bañaban las rocas, llenando la piscina natural. Anton dejó caer sus pertenencias en la arena caliente y se quitó los tenis y la playera. Ahora su bronceado era más notorio y Sarah posó la mirada en el cuerpo musculoso; mientras él aflojaba el cinturón de sus pantaloncillos y descorría la cremallera, Sarah contuvo la respiración por un segundo. Las manos le temblaban al desabotonar su propia blusa y casi deja escapar un suspiro de alivio al ver que él usaba algo bajo el pantaloncillo.

Su breve traje de baño negro acentuaba la simetría de su cuerpo, y una debilidad extraña asaltó las piernas de Sarah. Estaba acostumbrada a ver cuerpos masculinos en varios estados de desnudez, pero nunca vio antes uno tan magnífico como el de Anton, quien se oprimió el pecho cuando ella se quitó la blusa y liberó su hermoso cabello.

Anton mostró cierta expresión pensativa mientras observaba a Sarah quitarse las sandalias y el pantaloncillo.

Ella se sentía desnuda con ese breve bikini y bajo la mirada que recorría su cuerpo con extrema libertad. No obstante, si Anton podía mirar, ella también. Bajó la vista al poderoso pecho cubierto con un vello oscuro que adelgazaba en el ombligo.

—Tienes un cuerpo hermoso, Sarah.

Su voz fue baja, ronca y sensual, y la joven contuvo la respiración al sentir que sus pezones se endurecían bajo la delgada tela del bikini. Por muchos años consideró a su cuerpo incapaz de responder físicamente a un hombre sin que en realidad la tocara; era un delicioso impacto el descubrir su error. La sonrisa sensual de Anton la hizo enrojecer de vergüenza, pues se dio cuenta de que él notaba su excitación.

—¡A ver quién llega primero al agua! —lo retó, tomándolo por sorpresa y corriendo por la arena hacia el mar.

—¡Eres una tramposa! —gritó Anton y la alcanzó en el momento en que se adentraba entre las olas; se sumergieron juntos en el agua

poco profunda.

Nadaron hacia una plataforma de madera colocada en el centro de la piscina natural; las poderosas brazadas de Anton la dejaron atrás y Sarah lo proclamó vencedor cuando él subió a la plataforma.

—Si no hubieras tomado ventaja, te habría dejado ganar —la reprendió en tanto limpiaba sus ojos del agua.

—No, no lo hubieras hecho —lo contradijo y rió—. Eres un ganador por naturaleza.

—Tal vez deberías recordar eso —le advirtió, dando un significado del todo diferente a esta conversación casual.

—Ignoraré ese comentario —dijo, decidida a disfrutar de la frescura del agua aun cuando la perturbaba saber que Anton la observaba mientras ella flotaba boca arriba en el agua.

Sarah pensó que parecía un niño con el cabello pegado a la cabeza, pero nada infantil había en la expresión de su rostro cuando se lanzó al agua y avanzó hacia ella.

—No me gusta que me ignoren —anunció con un brillo malicioso en los ojos, y resultó tan viril, agresivo y peligroso en ese momento, que Sarah se aterrorizó.

Fue absurdo lo que hizo, pero en ese momento sólo quería alejarse de Anton lo más pronto posible. Caminó tambaleante hacia la playa, mas el agua le impidió ir rápido y él se abalanzó sobre ella, sumergiéndola.

—¡Aléjate de mí! —gritó cuando emergió.

—Estaría loco si te permitiera ignorarme —lo escuchó reírse y todavía echaba atrás los mechones de su cabello cuando él la sujetó por la cintura.

Sarah levantó las manos por instinto para apartarlo, pero se aferró a sus hombros apenas el agua la hizo tambalearse, y sus gritos de protesta se apagaron cuando la atrajo hacia sí.

Su cuerpo se amoldaba al de Anton, lo que hacía imposible el que ignorara su virilidad. Con Nigel, cualquier instinto femenino se hubiera congelado en ese punto, pero con Anton era algo diferente. Un calorcillo debilitante fluyó en su ser, alejando la tensión de sus músculos, y Anton exhaló al percibir la respuesta urgente de ella.

—Dios mío, Sarah, necesito esto —gruñó; le acarició la nuca, y Sarah supo en ese instante que ella también lo necesitaba.

Saboreó la sal en sus labios y lo rodeó por el cuello; sus senos

quedaron prensados en el pecho masculino, pero el dolor no parecía importar, pues él la besaba con una pasión desbordante. Le besó los párpados, la punta de la nariz, las mejillas y el cuello, mas siempre regresaba a los labios, como si en ellos encontrara alivio a su sed.

El rumor del mar saturaba los oídos de Sarah. ¿O era su propia sangre? No lo sabía, sólo era consciente de la marea tormentosa de sus emociones. Esto era nuevo, excitante, y la colmaba de una curiosidad abrasadora. Si Anton podía despertar su cuerpo hasta ese grado, sin duda era porque ella era capaz de más.

"Dios mío, ¿en qué estoy pensando? ¿Qué estoy haciendo?".

—¡No! —jadeó y luchó por liberarse cuando sintió la barba de Anton contra la suave Riel de su cuello. Colocó las palmas en el pecho amplio y trató de apartarlo, pero su boca sensual trazaba otra devastadora línea en su barbilla, buscaba sus labios adormecidos por los apasionados besos—. ¡Ya basta! —rogó con voz ronca—. ¡Por favor, Anton, ya basta!

Al aflojar él su abrazo por un instante, le dio la oportunidad que necesitaba, y lo apartó con una inesperada fuerza que lo hizo caer en el agua. Si las circunstancias hubieran sido otras, Sarah se habría reído de la expresión de asombro en el rostro de él, mas en ese momento lo único que importaba era alejarse.

—¡Sarah! —aunque hubo un tono autoritario en su voz, ella no hizo caso y se abrió paso hacia la playa—. ¡Maldita sea, Sarah! —le gritó—. ¡Eres la mujer más exasperante que conozco!

Se secó tan rápido como pudo y ya se ponía el pantalón cuando Anton salió del agua y corrió por la playa hacia ella. Estaba enojado, podía notarlo, mas Sarah tenía controladas sus emociones y sacudía con tranquilidad la arena de su blusa en el momento en que él se acercó por detrás.

—¡Sarah! —la hizo volverse, sujetándola con fuerza por los hombros—. ¡No estoy seguro de saber lo que sucede entre nosotros, pero no lo considero un juego!

—Yo tampoco —dijo con seriedad y lo vio parpadear como si le hubiera propinado una bofetada.

—¡Bueno, al menos en eso estamos de acuerdo!

La liberó de modo brusco y se volvió para ponerse el pantalón. Sarah contempló la espalda fuerte y las gotas brillantes en la piel bronceada, al tiempo en que se ponía la blusa y la abotonaba.

"¡Oh, si tan sólo la vida fuera menos complicada!", pensó cuando recogían sus pertenencias en silencio y caminaban por la playa rumbo a la cabaña. "¡Si tuviera el valor de explorar el límite de las sensaciones que Anton despierta en mí! ¡Si me atreviera!"

"¡No le sirves de nada a un hombre!"

Sarah tembló al recordar las palabras que Nigel le lanzó poco después que dejó el hospital. Durante casi ocho años llevó esa acusación como una cruz; creía en ella, pero ahora no estaba segura. No se mostró fría ni indiferente a los labios de Anton, mas la cautela le impidió confiar en esas emociones.

El interior fresco de la cabaña de Anton constituyó un alivio temporal al calor y humedad de fuera; sin embargo, Sarah no pudo disfrutar del aire acondicionado de las habitaciones cuando Anton la urgió a que subiera.

—Usa este baño —dijo cortante, sin mirarla, y se detuvo para abrir una de las puertas—. Yo usaré el baño de la habitación principal.

Sarah trató de pensar en alguna palabra que rompiera la tensión entre ellos, pero él se alejó. Con el corazón oprimido; entró en el baño con azulejos blancos y azules.

Se bañó con rapidez, limpió su cabello de la arena, y tras envolverlo en una toalla, se puso la falda de algodón y la blusa que llevó consigo. Se frotó el cabello con vigor, secándolo lo mejor que pudo antes de cepillarlo; el único maquillaje que usó fue un poco de polvo facial, delineador de cejas y un toque de lápiz labial del tono coral que la favorecía.

Por fortuna, Sarah poseía una piel tan saludable y tersa que no necesitaba maquillaje para acentuar los pómulos pronunciados, los enormes ojos y la boca sensual; sin embargo, ella no pensaba en su apariencia cuando se encontraba frente al espejo; pensaba en Anton y reconocía que él tenía razón para haberse enojado. Su conducta caprichosa en los últimos dos días podía confundir y molestar a cualquiera. ¿Cómo explicar su proceder a Anton, si ni siquiera lo podía hacer consigo misma?

Su vida había sido ordenada durante esos seis años. ¿Por qué tenía que llegar Anton y volverla de cabeza? Suspiró exasperada, recogió sus cosas y se aseguró de que el baño estuviera ordenado, antes de bajar.

Oyó a alguien en la cocina, y acababa de colocar su bolso en la alfombra cuando Anton entró en el vestíbulo, vestido con pantalón azul y una camisa abierta casi hasta la cintura.

Posó la mirada en las manos trémulas de ella, pero su expresión resultó inescrutable al señalar con una inclinación de cabeza la bandeja que llevaba.

—Preparé café.

—Gracias —respondió Sarah, tratando de aparentar tranquilidad, a pesar del cosquilleo registrado en su estómago.

Anton deslizó una audiocinta en la grabadora portátil colocada sobre una mesita de pino. La encendió y bebieron el café bajo la suave melodía del concierto de violín que llenaba el aire.

Sarah se concentró en la música y trató de relajarse, pero la tensión emocional entre ellos parecía a punto de estallar.

—Qué descortesía de mi parte —Anton rompió el silencio—. ¿Te gusta la música clásica?

—Mozart es uno de mis favoritos —confesó Sarah y él se sorprendió—. Tengo una buena colección de discos clásicos en mi apartamento.

La mirada de Anton denotó burla al inclinarse él para dejar su taza en la bandeja.

—¿Están llenos de polvo en los estantes, o en realidad los escuchas?

Tres semanas antes, Sarah hubiera perdido el control con este sarcasmo deliberado, mas ahora prefirió ignorarlo.

—A menudo me llevo el trabajo a casa y trabajar con música disminuye la tensión de lo que hago, aunque en estos días no he podido sentarme a escucharlos.

—Mi gusto por la música es variado y con los años he reunido una interesante colección de discos y cintas —Anton se veía relajado; estaba casi tendido en su silla, con las manos entrelazadas sobre el pecho, si bien Sarah sabía que cada músculo de ese magnífico cuerpo estaba listo para actuar—. Tal vez un día quieras cenar conmigo en mi casa de Bryonston. Me encantaría presentarte algunos compositores más modernos.

—Tal vez —señaló, sin querer comprometerse—. Me alegra haber seguido tu consejo, tanto médico como personal. Necesitaba alejarme de Courtney, ver todo desde otra perspectiva, y casi me

avergüenza admitir que, después de cuatro semanas en Rosslee, Johannesburgo parece estar lejos.

—Así es como debe ser; te envidio porque tienes todavía una semana más y yo sólo cinco días —sonrió resignado—. ¿Me extrañarás cuando me vaya?

—En absoluto —respondió con sorna, pero sintió un inmenso vacío—. Por lo menos tendré tiempo de terminar de leer la novela de misterio que empecé hace más de dos semanas.

—No alimentas mi vanidad, Sarah —rió y ella encogió los hombros con sencillez.

—Siento que mi sinceridad te desilusione.

—Aprecio la honestidad, especialmente en una mujer —admitió él, mas Sarah sintió como si hubiera caído en una trampa.

¿Dónde terminaba la broma y empezaba la seriedad? Si bien no estaba segura de poder definir el momento exacto, sí sabía algo. Era hora de irse.

—Quédate a cenar conmigo esta noche —la invitó de repente, como si le hubiera adivinado el pensamiento, pero ella negó con la cabeza y terminó su café.

—Pronto oscurecerá y debo regresar al hotel —dijo, y colocó la taza en la bandeja.

—Preparo una excelente ensalada, tú lo sabes, y hay suficiente carne para hacer *braai*. ¿Te estoy tentando? —preguntó al verla titubear.

—El *braai* siempre es tentador —admitió de mala gana.

—¿Eso significa que te quedas?

Los ojos azules se entrecerraron, y Sarah, que conocía bien a Anton, reconoció el engaño. Bajo esa mirada ensoñadora, sus ojos no perdían detalle de la inquietud de ella, la cual se reflejaba en sus manos temblorosas.

¿Debía irse o quedarse? Él le obsequió una sonrisa tan cálida y cautivadora que la derritió, y su resolución se debilitó.

—Me quedaré —no sabía sí reír o enojarse con él cuando vio la mirada de triunfo en su guapo rostro—. ¿Siempre eres tan persuasivo? —inquirió.

—Sólo cuando deseo mucho algo, y te deseo, Sarah —declaró con sinceridad, con lo cual sacudió los cimientos de Sarah, y ésta confirmó que era un hombre peligroso.

"¡Quédate tranquila!", se advirtió; clavó las uñas en la silla en un intento por calmarse. "¡Está tratando de provocarte, así que, por Dios, tranquilízate!"

—No puedes tenerme, Anton —"no me desearías si supieras", pudo haber añadido.

—Te tendré, Sarah, pero sólo cuando tú estés lista —confesó y ella sintió pánico.

—Nunca estaré lista —insistió, pero ya no pareció convencida y el brillo de burla en los ojos de Anton le indicó que tampoco él le creía—. Terminemos esta discusión —añadió con suavidad, y se preguntó si sería demasiado tarde para cambiar de opinión en cuanto a quedarse a cenar.

—No te vayas —dijo él como si sintiera su cambio de humor, e indicándole que siguiera sentada, se paró y abrió las puertas de cristal.

El concierto para violín de Mozart había terminado hacía tiempo, y Sarah se dio cuenta de ello hasta que su mirada siguió a Anton hasta el patio, donde el sol profundizaba las sombras bajo las buganvillas color escarlata. Sarah observó a Anton encender el fuego, y de pronto comprendió. La leña estaba apilada, preparada desde antes que ella llegara a la cabaña, como si él hubiera estado seguro de que se quedaría; sintió una profunda indignación.

Anton era un astuto canalla, un maestro en obtener lo que quería; Sarah se levantó con brusquedad. Él no dejó nada al azar, todo lo planeó y supo bien cómo manejarla.

—Dudo que hayas tenido esto preparado para ti solo, así que debiste estar muy seguro de que yo aceptaría —le reprochó apenas él regresó al vestíbulo.

—No estaba seguro, pero sí esperanzado —confesó con una sonrisa que aceleró el pulso de Sarán—. ¿Quieres ayudarme con la ensalada?

La joven apretó la boca, enojada, y se inclinó a recoger la bandeja. Tenía ganas de lanzársela a él, pero desechó esa idea con un suspiro de resignación.

—Claro —aceptó de pronto y lo siguió a la cocina.

Capítulo 7

Anton había decantado una botella de Cabernet Sauvignon, lo que resultó otra molesta indicación de que estuvo seguro de poder persuadir a Sarah. No obstante, el exquisito vino ayudó a aliviar la tensión mientras preparaban la ensalada y condimentaban la carne.

Como el sol ya se estaba poniendo, bañaba de color rosado el cielo. Anton corrió las cortinas de la cocina y encendió la luz. Se sirvió otra copa de vino y, apoyado de forma casual contra el mostrador, cruzó sus fuertes piernas. Bebió su vino y observó en silencio a Sarah mientras ésta daba el toque final a la ensalada; Sarah sintió que estudiaba cada uno de sus movimientos.

"¿En qué estará pensando él?"

—Siempre proyectas una imagen de elegancia a los medios de comunicación, y me preguntó qué diría la gente si viera a esta Sarah Courtney doméstica con un delantal atado a la cintura —comentó Anton como si le hubiera leído el pensamiento.

—Me haces sentir como un ser de otro mundo, no como un ser humano —trató de reír de su comentario.

—Hay un toque definitivo de irrealidad en ti, mas eres muy humana, Sarah, y estas dos últimas semanas en Rosslee me han hecho darme cuenta de que bajo ese exterior frío y distante, puedes ser cálida. En este instante te encuentro muy sensual.

Su voz se profundizó tanto que la hizo sonrojarse, y casi lo odió por afectarla de esa manera.

—Si no tienes cuidado, podría pensar que les pones un delantal a las mujeres que invitas a tu cabaña sólo para poder decirles que se les ve sensual —lo acusó sin volverse y en seguida lamentó su comentario impertinente.

—¿Qué te hace pensar que traje a una mujer aquí antes? —exigió saber Anton.

—Fue la raqueta —explicó—. La empuñadura es demasiado pequeña para un hombre.

Daba la espalda a Anton y contuvo el aliento mientras picaba el perejil y lo espolvoreaba en la ensalada.

—Sí, estás en lo correcto —confirmó con tranquilidad después de unos segundos, y Sarah expulsó el aire de sus pulmones—.

Compré esa raqueta para una mujer a quien pedí me acompañara a Rosslee. Entonces pensaba sentar cabeza, pero dos semanas con ella aquí, en la cabaña fueron suficientes para que me diera cuenta de que cometería un grave error si le pedía que se casara conmigo —se quedó callado por un minuto y después preguntó—: ¿Crees que estoy siendo demasiado precavido y que desperdicio los mejores años de mi vida?

Sarah trató de considerar el punto objetivamente, mas de alguna forma sus sentimientos se mezclaban con su raciocinio.

—Eso depende de lo que quieras en la vida.

—Supongo que tratas de decirme que, si no apresuro mi búsqueda de la mujer ideal, seré demasiado viejo para disfrutar de mis hijos.

¿Fue eso lo que ella implicó?, se preguntó distraída. Sí, suponía que sí, pero sólo Dios sabía por qué tocó un tema que para ella era una herida en carne viva.

—Exacto —respondió con un nudo en la garganta, y rogó que Anton no viera el temblor en sus manos cuando las lavó y secó con una toalla de papel, antes de soltarse el delantal—. ¿Debo pensar que deseas hijos? —preguntó al quedarse callado él.

—Mucho. Todo el mundo los desea, ¿no?

Aunque Sarah había esperado eso, no estaba preparada para el dolor que convulsionó sus entrañas. Cerró los ojos por un momento, en su deseo de que el dolor desapareciera pero no fue así, y a pesar de ello se controló; apretó su copa vacía y se volvió hacia Anton.

—Creo que tomaré más vino.

—¿Dije algo malo? —preguntó; notó su palidez mientras servía la bebida.

—No —sus pestañas cubrían el dolor retratado en sus ojos, cuando se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo largo en un intento por tranquilizarse—. ¿No crees que es hora de poner la carne en el fuego? —cambió el tema. Se pasó los dedos por el cabello largo, ahora seco.

—Tienes razón —respondió, no sin antes mirar brevemente su reloj y tomar el recipiente que contenía los filetes y los *boerewors*.

Sarah no salió con él al patio. Se quedó en la cocina para buscar los cubiertos y limpiar los platos que iban a usar; aunque esa labor podía esperar, necesitaba estar sola.

¿Por qué le dolió tanto que Anton confirmara que deseaba hijos? Era natural que anhelara una familia cuando encontrara a la mujer adecuada. Entonces, ¿por qué la lastimó oírselo decir?

La respuesta brotó en su mente con una fuerza tal que la hizo apoyarse en el mostrador. Sarah deseaba ser su mujer, tener sus hijos, lo que…

"¡Oh, Dios!, ¿por qué? ¿No he sufrido ya bastante? ¿Por qué me haces sentir otra vez… desear?".

Se aferró al mostrador con fuerza. Se culpaba. Se había metido en eso con los ojos bien abiertos, crédula, cierta de que tenía la situación bajo control y por desgracia se había equivocado.

¡Oh, qué tonta fue al no reconocer el hecho de que Anton de Ville poseía el poder de hacerla que le importara esto como nunca antes! Sintió la atracción desde el principio y aun cuando sospechó que podía ser fatal, se dejó llevar por la curiosidad en vez del sentido común.

Sarah sabía ocultar sus sentimientos, tenía mucha experiencia en ese campo, y estaba bajo control cuando se unió a Anton en el patio bien iluminado, donde el tentador aroma de la carne se mezclaba con la dulce fragancia de las flores nocturnas.

La luna impresionante en el cielo, añadía un brillo especial a las espumosas olas que golpeaban en la playa, donde las plantas silvestres se alzaban como palmeras en una isla tropical. El aire, tibio y embriagador hacía la noche perfecta para los enamorados, y Sarah supo que sólo sería el momento de la retirada. Aquí debía terminar todo, por el bien de ella y el de Anton.

No podía pasar por alto la preparación de los filetes y los aderezos, y no los disfrutó porque su mente y su corazón libraban una batalla. Sabía lo que tenía que hacer, mas su traicionero, corazón no estaba de acuerdo.

—Has estado muy callada —señaló Anton después de que lavaron los platos y limpiaron la cocina.

—Tú tampoco has hablado mucho —replicó en tanto limpiaba el fregadero con innecesario vigor.

—He estado pensando —explicó él.

—Yo también.

—¿No será que pensamos en lo mismo?

—Lo dudo.

Se volvió a él, lista para decir la última palabra e irse; en medio de su agitación olvidó que la cocina era muy estrecha y las palabras murieron en su garganta cuando chocó con el cuerpo duro de Anton.

Este la sujetó por la cintura y Sarah colocó las manos en su pecho, donde pudo sentir los latidos de su corazón a través de la delgada tela de su camisa; el discurso bien planeado desapareció de su mente cuando vio su propio deseo reflejado en la expresión de él.

Esto no era lo que había planeado, pensó violentada, y deseó apartarla, pero él ya había bajado las manos a sus caderas y la atraía a su cuerpo excitado.

—Anton… por favor… —rogó con voz ronca; separó las manos del pecho masculino y volvió a ponerlas después, como si no pudiera vivir alejada del calor de ese cuerpo. Entonces se preguntó si pronunció un ruego por que la soltara o por que continuara.

—No tienes nada que temer, mi querida Sarah, no voy a lastimarte.

"¡Oh si tan sólo supieras, Anton!", deseaba decir, mas sus brazos ya lo rodeaban por el cuello, y la boca cálida y sensual de Anton apresaba la suya. Rendida, Sarah mantuvo los labios separados. Esto era lo que quería, lo que necesitaba, y nada más importaba excepto este dulce y urgente fuego encendido en su interior.

Las manos de Anton recorrieron su cuerpo, la acariciaron y la sometieron a una necesidad apremiante que la hizo gemir contra su boca cuando encontró las cimas endurecidas de sus senos.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Sarah momentos después, cuando él la levantó en sus brazos y la sacó de la cocina.

—Estaremos más cómodos en la sala.

La joven lo miró alarmada.

—Anton, yo…

—Tranquila, mi amor, estás a salvo conmigo —la interrumpió con voz ronca.

—Pero yo…

La calló con un beso y Sarah sintió los músculos de la espalda tensarse cuando la depositó con gentileza en el largo y amplio sillón, y se recostó junto a ella.

"Estás a salvo conmigo", había dicho él. ¿A salvo? Las palabras hicieron eco en su mente. Deseaba sentirse segura y amada, pero no

podía expresarlo porque no tenía nada que dar a cambio. Las manos de Anton la tranquilizaron, como si él sintiera su rechazo, y su boca cálida trazó una línea de fuego desde los labios hasta el cuello, antes de volverse a posar en los labios con una urgencia apasionada que la hizo olvidar su esfuerzo por pensar con claridad. Lo deseaba, deseaba las caricias de fuego y sólo eso importaba.

Los dedos masculinos se movieron con firmeza al desabotonarle la blusa y el broche de su sostén. Anton separó su boca de la de Sarah cuando se movió un poco para liberarla de la prenda, dejando expuestos sus senos blancos, de punta rosada y piel tersa, que el sol no había tocado; Sarah dejó escapar un violento suspiro cuando él los tomó entre sus manos.

Anton colocó su cuerpo sobre ella; la sujetó en el sillón en tanto inclinaba la cabeza hacia su seno izquierdo; la provocación erótica de sus labios endureció su pezón por el deseo. La ola de placer que ahogó a Sarah, hizo que arqueara su cuerpo; con las manos guió la cabeza de él hacia su otro seno.

Su excitación llegó a la cima cuando sintió bajo su falda una mano que se deslizó desde su suave muslo hasta su vientre plano, y deseó tanto a Anton en ese momento que resultó una agonía.

—¡Que el cielo me ayude, Sarah, te deseo! —gimió él contra su cuello y, con osadía, deslizó los dedos bajo las bragas; fue el sonido de esa voz gutural, ronca por el deseo, lo que dolorosamente la volvió a la realidad.

—¡Oh, Dios, no! ¡No! —gritó con voz aguda por el miedo mientras apartaba con violencia los hombros que un momento antes acarició—. ¡Suéltame! —rogó, aterrorizada y al borde de las lágrimas—. ¡Por favor! ¡Por Dios, Anton, suéltame!

Él la soltó de inmediato; con la respiración entrecortada y una expresión de asombro e incredulidad, bajó los pies a la alfombra y se sentó. Un gemido se escapó de los labios de Sarah al buscar en el sofá el punto más alejado posible de Anton. Sus manos temblaban cuando se abrochó el sostén y la blusa.

Anton la observó en silencio, se percató de su palidez a la luz de la lámpara, y su boca se apretó con algo parecido a la ira al notar el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¿Sarah? —se levantó y estiró los brazos hacia ella—. Por Dios, no llores, mi amor.

—¡No me toques! —retrocedió, contenía las lágrimas en tanto se alejaba de él con el corazón todavía acelerado.

—¿Te asusté? —preguntó Anton con suavidad sin intentar acercarse a ella.

—No —bajó la cabeza, desviando la mirada y su cabello dorado cayó como una cortina que cubrió su expresión de angustia.

—Creí que me deseabas tanto como yo a ti, y si no te espanté, entonces debí hacer algo que hizo que me rechazaras de inmediato —razonó con una calma que ella envidiaba—. Dime dónde fallé, Sarah, mi amor.

"¡Yo soy la que fallé, no tú!", deseó gritar Sarah. "¡Y no soy tu amor, pero, oh, Dios, cómo desearía serlo!".

Recuperó su equilibrio con dificultad y, ya controlada, aunque pálida, por fin levantó la mirada.

—¡No quiero hablar de eso! —gritó sin necesidad.

—¡Está bien, no hablaremos! —espetó Anton con la primera seña de ira real, y Sarah se volvió para que él no pudiera ver sus lágrimas otra vez.

—Lo lamento, yo… será mejor que me vaya —murmuró de mala gana y tomó su bolsa y se alejó, pero Anton llegó a la puerta antes que ella.

—Te llevaré al hotel —dijo, y Sarah asintió sin mirarlo; caminaron en silencio por el sendero iluminado por la luna.

Aunque Sarah se había arrepentido de muchas cosas en su vida, nada la hizo nunca sentirse tan miserable. No debió dejar que su relación con Anton llegara tan lejos. Era un error que iba a pagar muy caro.

—Sarah… —Anton tocó su brazo para detenerla cuando llegaron al hotel, y ella se volvió a él con cautela—. Sé que llevamos poco de conocernos y que para ti es difícil, mas quiero que sepas que puedes confiar en mí.

Habló de tal modo que la conmovió, y si antes dudó, ahora estaba convencida. Lo amaba, aunque también era lo bastante sensata para reconocer que su amor por él podía llevarla a su propia destrucción.

—Confío en ti, Anton, pero hay ciertas cosas…

Su voz se apagó, y ella desvió la mirada, en un esfuerzo por controlarse.

—Ha existido bastante dolor en mi pasado, quiero evitar más a toda costa, y me temo que nos vamos a lastimar el uno al otro.

—A veces hay que correr el riesgo.

—No en este caso —repuso y su corazón se encogió al ver que él apretaba los labios—. Creo que sería mejor que no nos volviéramos a ver.

—¡Debería decir "vete al diablo" y desaparecer, pero no puedo, Sarah! ¡Ojalá supiera por qué! —exclamó de cierto modo salvaje que la hizo retroceder antes de girar y apresurarse a entrar.

Recogió su llave en la recepción y cuando se volvió, Anton ya no estaba ahí. Debía sentirse aliviada, y no fue así. Sintió el cuerpo pesado y fue toda una odisea subir por la escalera a su habitación.

Sarah no vio ni supo nada de Anton durante los dos días siguientes. Mantenerse alejados era lo más sensato; eso fue lo que ella dijo, mas nada podía borrar el dolor.

En la tarde del tercer día, cuando iba en camino al salón para tomar el té, la recepcionista la llamó y le entregó un sobre con su nombre escrito con la letra clara de Anton. El corazón de Sarah dio un vuelco; estaba demasiado perturbada para tomar el té, así que prefirió salir del edificio.

Soplaba una fuerte brisa que le agitaba la pañoleta atada a su cabello y mecía su falda de flores, pero Sarah apenas se percató de ello; vagó hacia la piscina desierta, donde abrió el sobre con manos temblorosas. Contenía sólo una hoja de papel, la cual tenía escritas las palabras: "Te amo, Sarah".

El mensaje era breve y conciso, y venía de un hombre que en pocas semanas la llegó a conocer más que ella misma. Aunque pudo considerar esa nota hipócrita y despreciable, esas tres palabras golpearon su cerebro, tanto, que la hicieron tambalearse física y emocionalmente.

Debía sentirse halagada de que Anton la amara, y en cambio, su pesar se intensificó; se arrastró a la silla más cercana y desplomó su cuerpo débil en ella. Entonces hizo algo que no había hecho en mucho tiempo. Rompió a llorar.

Así fue como la encontró Rose Poole: agazapada en la silla, sollozando a lágrima viva. Sarah notó que Rose acercaba una silla y

se sentaba, pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera controlarse lo suficiente para enjugarse las lágrimas y limpiar los ojos y la nariz con un pañuelo de seda que Rose le pasó con gesto comprensivo.

—Te has enamorado de Anton, ¿verdad? —Rose resumió la situación con su usual exactitud, y Sarah, fatigada, no acertó a negar nada.

—Sí.

Miró el agua cristalina que chocaba contra las orillas de la piscina; en un esfuerzo por salir de ese estado deplorable, secó la humedad de sus párpados hinchados.

—¿Y Anton? —preguntó Rose abruptamente.

—Él dice que siente lo mismo por mí… al menos eso escribió en esta nota —Sarah metió la hoja en el sobre y lo deslizó en el bolsillo de su falda; después añadió con una sonrisa lánguida—: Eso es lo que dice este papel.

Rose levantó la vista y sonrió.

—Cuando un hombre pone lo que siente por escrito, por lo general va en serio —comentó Rose con gravedad.

—Eso me temo —suspiró Sarah y alzó una mano temblorosa para apartar el cabello de su frente.

—Cuando un hombre dice que te ama, no necesariamente significa que quiera casarse contigo —replicó Rose—. Tú y Anton son iguales; parece que los dos están decididos a pasar sus vidas sin las obligaciones que requiere el matrimonio, así que no veo por qué su declaración deba aterrorizarte.

Sarah negó con la cabeza y contuvo las lágrimas que volvían a agolparse en sus ojos.

—Anton se casará algún día cuando encuentre a la mujer correcta; me lo dijo él mismo.

—Como tú; también te casarás algún día cuando encuentres al hombre adecuado —declaró Rose con firmeza—. ¿Doy por hecho que no te consideras, en absoluto, la mujer correcta para Anton de Ville?

Sarah sintió un nudo en la garganta y negó con la cabeza.

—Sé que no soy la mujer adecuada para él, y no podría casarme aunque me lo pidiera.

—¿Por esa oscura sombra en tu pasado?

Rose volvió a abrirle la herida, y Sarah se amedrentó por el dolor que Rose provocó sin querer.

—Sí —dijo por fin, y encontró algo de alivio al hacer esa confesión—. Nunca podría casarme con Anton… ni con cualquier otro hombre, por algo que me ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Te violaron? —preguntó Rose con calma, llegando a la conclusión más obvia.

—¡No! —los ojos de Sarah se oscurecieron por el dolor de los recuerdos y miró a Rose—. ¡No fue nada así!

—Bueno, si el matrimonio es inaceptable y si hacer el amor con un hombre no es ningún obstáculo, entonces, ¿por qué no tienes una aventura con Anton?

—¡Rose!

—Eres una mujer con más inteligencia de la normal, Sarah, así que no te espantes —replicó la señora con un dejo de burla—. Sucede todo el tiempo y lo sabes.

—Sí, lo sé, pero…

—Lo deseas, ¿no? —la interrumpió con una brusquedad que hubiera derrumbado a la persona de criterio más amplio.

—Yo… sí, yo… —balbuceó Sarah, sonrojada.

—Si lo deseas, Sarah, ve y toma lo que él te ofrece.

Sarah se reclinó con debilidad en la silla.

—¿Y después qué?

—Deja que el destino se encargue —la evadió Rose con un ademán de impaciencia, y Sarah no pudo estar de acuerdo.

—¿Qué alegría puedes encontrar en comprometerte física y emocionalmente con un hombre cuando sabes que la relación no puede durar y que a la larga te va a doler?

—Todas las despedidas son dolorosas, mi querida Sarah, pero al menos atesorarás bellos recuerdos.

—¡Oh, Rose! —suspiró Sarah con una sonrisa triste—. Haces que todo parezca simple, y las dos sabemos que no es así.

—La vida nunca es sencilla, querida —le aseguró Rose con seriedad—. A veces nos vemos forzados a tomar lo que podemos para seguir con vida.

Sarah guardó silencio, meditabunda, y miró a la frágil mujer de cabello blanco recogido en un moño perfecto. Rose Poole hablaba por experiencia; había una expresión de felicidad y dolor en esos

ojos oscuros, y la joven tuvo que admitir que existía cierta lógica en los consejos de Rose, aunque sus principios eran demasiado rígidos para aceptar.

—Voy a dar una caminata —anunció minutos después y se puso de pie.

—No vayas muy lejos —advirtió Rose, mirando el cielo—. El cielo está cargado de nubes negras y esperamos una tormenta más tarde.

Sarah tenía la intención de seguir la advertencia de Rose cuando siguió uno de los senderos de la costa, pero demasiado metida en sus agitados pensamientos, se alejó más de lo que planeaba. El viento había alcanzado una velocidad sorprendente cuando se sentó en un montículo de hierba para leer otra vez la anota de Anton: "Te amo, Sarah".

El viento sacudió el papel, casi se lo arrebató de las manos; lágrimas de desolación se agolparon en sus ojos y resbalaron por sus mejillas al doblar el papel y ponerlo a salvo en su bolsillo.

—¡Oh, Anton! —musitó con un gemido ahogado que el viento se llevó; ella dobló las piernas y hundió la cabeza entre las rodillas—. ¡Anton! ¡Anton!

Demasiado ocupada con su desgracia, Sarah no vio el primer relámpago que iluminó el cielo, ni oyó el rugido de un trueno que estremeció la tierra. Fue el impacto de las gotas arrastradas por el viento lo que la hizo volver a la realidad. Se puso de pie de un salto y se reprendió por no haber dado más importancia al clima. Momentos después se vio atrapada en el centro de un diluvio que la empapó en segundos.

Miró alrededor con desesperación. No había lugar alguno donde pudiera resguardarse y de pronto todo se puso tan oscuro que supo que sería casi imposible ver el sendero de regreso al hotel; aun así, era lo único que podía hacer: intentar volver.

Quince minutos después empezó a temer que había caminado en la dirección equivocada, y luego, cuando un rayo rasgó el cielo, vislumbró el montón de rocas altas y filosas donde el sendero se dividía en dos. Uno llegaba al hotel y el otro, a las cabañas.

La lluvia la golpeaba sin piedad; estaba tan congelada que los dientes le castañeteaban, y no podía moverse. Literal y figuradamente, había alcanzado la encrucijada donde los dos

senderos se unían y que en ese momento parecían dos ríos en miniatura.

El agua corría sobre sus pies, le arruinaba las costosas sandalias, pero Sarah seguía agazapada en las rocas como si de pronto se hubiera convertido en una parte de esa naturaleza petrificada.

Seguía recordando con todo detalle lo que la astuta Rose le dijo. Sarah trató de cerrar su mente, mas las palabras de Rose la ahogaban con la persistencia de un dolor de muelas.

"Si lo deseas, ve y toma lo que él te ofrece… a veces nos vemos forzados a tomar lo que podemos para seguir con vida".

—¡Dios, ayúdame! ¡Por favor, ayúdame! —oró Sarah; cerró los ojos a la lluvia que golpeaba su cuerpo y rostro cuando se sintió arrastrada en una ola urgente de anhelos—. Lo deseo y no sé qué hacer. ¡Dios, por favor!

Trató de cerrar su mente a todo, pero persistían unas palabras. "¡Nos vemos forzados!…".

Rose lo había dicho: "A veces nos vemos forzados a tomar lo que podemos para seguir con vida", y así se sentía Sarah en ese momento. Empezó a caminar, cegada por las lágrimas que se mezclaban con la lluvia en su rostro, y siguió caminando hasta que vio las luces de la cabaña de Anton, entre los árboles sacudidos por el viento. No quería ir ahí, y también sabía que tenía que hacerlo.

Minutos después estaba parada bajo el resguardo del balcón, en la entrada de la cabaña. La ropa se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, y el agua escurría de éste cuando la puerta se abrió en respuesta a su llamado. Anton la miró por un momento como si fuera un fantasma; luego un gruñido de ira escapó de sus labios, la arrastró al interior y cerró la puerta.

—¿Estás tratando de suicidarte con este clima del demonio? —preguntó severo, lanzó una mirada clínica a su cuerpo mojado y tembloroso, y los dientes de Sarah castañeteaban tanto que ella casi no pudo responder.

—Yo… salí a… caminar y…

—¡Después! —la interrumpió con dureza, la tomó en sus brazos como si no pesara nada y la llevó al piso superior—. ¡Después me lo explicas!

Capítulo 8

La tina estaba llena casi hasta el borde y Sarah no tuvo noción del tiempo mientras permaneció sumergida en el agua caliente; podía escuchar la terrible tormenta en tanto el frío desaparecía de su cuerpo.

Estaba paralizada cuando Anton la llevó en brazos a su baño. Como no pudo desvestirse, él se vio forzado a hacerlo. Sin embargo, Sarah estaba tan aturdida que sólo pudo agradecérselo.

Sólo ahora que empezaba a recuperarse, sintió vergüenza al recordar cómo la había despojado de la ropa empapada hasta que quedó desnuda ante él; Anton se apresuró a abandonar el baño, y sólo se detuvo para decirle que podía usar la bata blanca que pendía de la puerta, antes de salir con su ropa húmeda para ponerla en la secadora.

Sarah se secó con rapidez cuando por fin salió de la tina. Su piel estaba caliente cuando tomó la bata corta de Anton; deslizó los brazos en las mangas y tuvo que contener la risa al ver su imagen en el espejo. La prenda le llegaba hasta los tobillos y las mangas, hasta las muñecas.

Anudó con fuerza el cinturón, convencida de que presentaba un aspecto desaliñado, pero la bata era abrigadora y sólo eso importaba, decidió al quitarse la toallita que había enredado en su cabeza. Aunque su cabello se había secado bastante, lo frotó con energía y lo cepilló.

Sarah se paró de golpe cuando entró en la habitación bien iluminada y vio a Anton colocando algo en la mesa circular, contigua a las cortinas rojas que daban al balcón.

Él se enderezó y se volvió; su mirada clínica la recorrió desde el cabello húmedo y desordenado hasta los pies desnudos. Sarah lo estudió con la misma intensidad y, si esperaba verlo diferente, se desilusionó. No había en su expresión algo que le diera algún indicio de sus sentimientos, y ella se preguntó si no se había imaginado las palabras de esa nota que él le envió.

Anton todavía usaba los zapatos de lona y el pantalón gris, pero se había cambiado la camisa blanca que ella le empapó por una azul; no se había molestado en abotonarla, por lo que su pecho

quedaba al descubierto. Aturdida por su toque de agresividad, por esa aura de masculinidad, Sarah desvió la mirada de la sombra oscura de vello, y fijó su atención en la mesa puesta para dos.

—Es guisado al curry y arroz —explicó él, siguiendo su mirada—. La señora que hace la limpieza lo preparó esta mañana y lo dejó en el horno, pero como siempre, es demasiado para mí.

—No tengo hambre —la idea de comer no la atraía.

—Ven —dijo él con brusquedad, y le acercó una silla—. Siéntate aquí y no discutas —añadió severo.

Lo último que Sarah deseaba era discutir. Se sentía cómoda y relajada a pesar del nerviosismo que la expectación le provocaba; era consciente de que Anton observaba con intensidad sus movimientos cuando pasó junto a la enorme cama.

Anton le acomodó la silla y sirvió la comida antes de sentarse frente a ella. La mesa era pequeña; si se movían un poco sus rodillas podían tocarse y las manos de Sarah temblaron cuando tomó los cubiertos. No tenía apetito, pero al dar el primer bocado, descubrió que estaba hambrienta y se alegró de que Anton hubiera insistido.

La tormenta cesó mientras comían y sólo se escuchaba uno que otro trueno aun con la fuerza suficiente para hacer que la casa temblara.

—¿Te sientes mejor? —preguntó más tarde con una leve sonrisa que alejaba la severidad de su expresión.

—Mucho mejor, gracias —limpió su boca con la servilleta y se reclinó en la silla con un suspiro de satisfacción—. Puedes darle mis cumplidos a tu cocinera; el guisado estuvo excelente.

—Quédate donde estás —ordenó, en tanto recogía los platos en la bandeja—. Traeré café.

Cuando se quedó sola, Sarah se levantó y vagó por la habitación; el equipaje de piel, listo para la partida de Anton, no pasó inadvertido. Su angustia e inquietud aumentaron y se pasó los dedos por el cabello, frente al espejo del tocador, pero fue la cama lo que llamó su atención.

Anton había hecho el amor en esa cama con otra mujer. Sarah no tenía derecho a estar celosa, pero lo estaba. Pasó una mano temblorosa por sus ojos, se alejó y descorrió la cortina.

No tenía derecho a estar celosa de las mujeres anteriores a ella, razonó mientras miraba la oscuridad de la noche iluminado con un

rayo ocasional. Después de todo, Anton no era el primer hombre en su vida. Existió Nigel. Nigel, quien la sometió a sus devastadoras acusaciones cuando el accidente la dejó emocionalmente fría y físicamente vacía.

Apretó los puños hasta que sintió las uñas clavarse en su piel. No quería pensar en Nigel, mucho menos esta noche. Las próximas horas todavía constituían un misterio para ella y, sin importar lo que sucediera, deseaba que pertenecieran sólo a Anton y a ella; a nadie más se le permitiría entremeterse, ni siquiera en pensamiento.

Sarah soltó la cortina cuando Anton entró en la habitación unos minutos después; la envolvió una extraña tranquilidad en tanto lo observaba colocar las dos tazas en la mesa.

—Rose llamó cuando te estabas bañando —informó Anton al tiempo que reducía la iluminación a las dos lámparas laterales.

—¡Pobre Rose! —Sarah dejó escapar un suspiro de culpabilidad cuando volvió a sentarse—. Me imagino que debió estar muy preocupada.

—Bastante. Le conté que habías llegado a mi puerta empapada pero ilesa.

Reinó un profundo silencio mientras bebían el café. Los dos sabían que debían explicarse, mas se mostraban reacios a dar el primer paso. Sarah buscó algo que decir, algo que redujera la tensión, pero su mente estaba en blanco y fue Anton quien abordó el tema que ocupaba sus cerebros.

—¿Te molestaría explicarme qué hacías bajo esa tormenta? —inquirió con algo de dureza.

—Recibí tu nota esta tarde —se dio cuenta de que llegaba al meollo del asunto con esa declaración; ahora era demasiado tarde para retractarse y su corazón se oprimió al ver la sonrisa cínica de Anton.

—¿El contenido de mi nota te pareció tan desagradable que saliste a vagar bajo una de las peores tormentas que hemos tenido en años? —preguntó otra vez, con voz aún más severa, y Sarah no pudo controlar el temblor de su mano cuando bajó la taza.

—No fue eso —lo corrigió, y aferró las manos en su regazo—. Yo… sabía que se acercaba una tormenta, Rose me lo advirtió, pero tenía mucho en que pensar y… temo que no me di cuenta hasta que era demasiado tarde —tartamudeaba como cuando era joven, y se

odió por ello; nerviosa, se levantó de la mesa y cruzó los brazos sobre su pecho en un gesto de autoprotección—. No era mi intención venir aquí, Anton —añadió decidida a decir la verdad, aun cuando no se atrevió a mirarlo—. No quería venir aquí, pero al final… tenía que hacerlo.

—¿Por qué? —Anton se había colocado detrás de ella de manera tan silenciosa que no lo escuchó; la tomó con suavidad por los hombros y la hizo volverse—. ¿Por qué tenías que venir?

—Estoy tan cansada de huir de mis sentimientos, y… —hizo un ademán de impotencia con las manos, sobrecogida por su cercanía y el anhelo que ya no podía ocultar—. ¿Qué es lo que en verdad deseas de mí, Anton? —preguntó con un dejo de incertidumbre en su voz ronca; en ese momento, la expresión de Anton se suavizó como por arte de magia.

—Quiero amarte, Sarah —contestó con ternura; sus ojos reflejaban un profundo sentimiento cuando deslizó las manos por su espalda y la atrajo hacia sí; Sarah se derritió en esa pared de músculos y virilidad.

—Yo también quiero eso —confesó, trémula; sus ojos estaban nublados por la emoción y sus manos encontraron descanso en ese pecho donde podía sentir el rítmico latido del corazón masculino.

—No sólo quiero amarte, Sarah, sino que deseo que sea perfecto para los dos, pero si tú…

—Yo estaré bien —lo interrumpió de prisa, y cubrió su boca con un dedo—. Lo sé… lo siento.

Esa era la verdad, pensaba momentos después cuando Anton rozaba sus párpados con la boca, antes de trazar un camino de perturbadores besos sobre sus labios ansiosos. La invadió un vibrante calorcillo y un deseo que ninguna lógica podía mitigar. Lo que a la fría luz del día, podía considerarse erróneo, en ese momento parecía correcto. Deseaba a Anton, como nunca deseó a otro hombre, y eso era lo único que importaba.

Sarah metió las manos entre la camisa de él, se deleitó con la piel cálida y áspera del musculoso pecho, y Anton contuvo el aliento cuando ella le rozó con los dedos las endurecidas tetillas.

El despertar del médico fue súbito y fuerte, y se apretó a ella; Sarah se estremeció de emoción al descubrir que tenía el poder de incitarlo.

—Despacio, Sarah —su ronca advertencia la hizo detener las manos—. Te deseo tanto que podría poseerte ahora, y entonces no sería perfecto para ti, así que no te apresures, mi amor.

Sarah se sintió como una novata y pronto descubrió lo mucho que lo era cuando Anton procedió a iniciarla en el verdadero arte de hacer el amor. De inmediato presintió que este no iba a ser un acto egoísta, sino un encuentro muy diferente cuyo objetivo era la mutua satisfacción. Con esto en mente, estaba dispuesta a seguir a Anton.

Sus manos exploraron el cuerpo femenino, encendieron fuego al familiarizarse con las curvas ocultas bajo la bata; sin embargo, fueron sus besos eróticos los que lograron despertar los sentidos de Sarah en un deleite casi febril. Ella arqueó su cuerpo contra el duro y musculoso de él y deslizó las manos por su espalda para aferrarse a sus hombros cuando Anton levantó el largo cabello de su rostro para exponer el terso cuello a la exploración de su boca.

Estremecimientos de placer envolvieron a Sarah cuando aquellos labios se pasearon por su piel y se posaron en áreas sensibles que ella no conocía; se perdió en una ola de sensaciones exquisitas en el momento en que Anton la besó con una pasión que borró todo, excepto el deseo de estar más cerca de él.

Una protesta sofocada escapó de sus labios cuando Anton se separó de ella, pero sus ojos la hipnotizaron mientras él se quitaba la camisa y la lanzaba lejos. Se despojó de los zapatos de lona y se llevó las manos al cinturón; sus dedos se posaron en la hebilla de plata, ahí se paralizaron y Sarah supo lo que él esperaba. Deseaba una señal de que estaba dispuesta a continuar. Ella sabía que, después de todo, no había retroceso, ni lamentaciones.

Sarah levantó las manos al cinturón de la bata y tiró de él; Anton exhaló con fuerza como si hubiera contenido la respiración mientras aguardaba.

Se desvistieron en silencio; Anton se despojó del resto de sus prendas, mientras que Sarah dejaba caer la bata con un movimiento lento y seductor. El médico dejó escapar un suspiro apenas quedaron desnudos bajo el fresco aire nocturno. Un músculo de su fuerte mandíbula se contrajo y había deseo puro en sus ojos mientras se familiarizaba con el cuerpo de ella.

—¡Dios mío, Sarah, eres hermosa! —gimió; la recorrió con la

mirada, y ella sintió que la piel se le erizaba como si de verdad la estuviera acariciando.

Él también era hermoso, pensó en tanto permitía que su vista vagara sin prisa por su magnífico cuerpo. De su pecho amplio y musculoso pasó al vientre plano, y notó una línea blanca en sus caderas estrechas, donde el traje de baño evitó que el sol tocara su piel.

Anton tomó a Sarah de la mano y la condujo a la cama. La levantó en vilo y la depositó con gentileza sobre ésta. Se colocó sobre la joven, con las palmas presionadas contra el colchón, a cada lado del cuerpo femenino, el cual se tensó bajo aquel peso. Anton la miró a los ojos por un momento como para asegurarse de que estaba dispuesta; después se recostó a su lado, entrelazó sus piernas a las de ella y la atrajo, antes de apresar su boca en un beso apasionado.

La sensación de aquella piel cálida contra la suya encendió a Sarah y las delicadas caricias de esas manos despertaron miles de sensaciones. Pletórica de placer, su esbelta figura se arqueó por propia voluntad, y Anton separó su boca para hundir el rostro entre sus senos.

Sarah se puso rígida, se mordió el labio inferior para suprimir una protesta, pues viejos temores regresaron con una fuerza tal que le robó las emociones despertadas en ella; Anton no era un amante insensible y percibió su rechazo.

—Relájate, Sarah, no voy a lastimarte —murmuró, frotando sus senos con la barbilla—. Confía en mí, mi amor.

Con los cálidos labios le acarició un seno, gentilmente, y el miedo y la tensión se evaporaron, abriendo paso a una renovada ola de placer. Sarah se estremeció cuando Anton deslizó la boca hacia su otro seno para repetir la excitante caricia.

Anton era un amante paciente. Tenía su propio deseo bajo control mientras sus manos la serenaban y preparaban el camino para más caricias eróticas, hasta que pareció que cada nervio y fibra del cuerpo femenino revivía.

A la larga le fue imposible a Sarah pensar con coherencia; se sintió reducida a una dimensión de sensaciones estremecedoras bajo la exploración sensual de la boca que delineaba cada centímetro de su cuerpo.

Cada roce de esos labios contra su piel sensible la elevaba a un nuevo estado de excitación, y se vio atrapada en un frenesí de increíble deseo cuando las caricias corrieron a lo largo de su vibrante muslo en busca de la parte más vital de su femineidad.

La conmoción, mezclada con vergüenza, resultó fugaz. La exploración íntima de Anton era un salvaje deleite que llevó a Sarah a la cima del deseo, donde pareció quedar suspendida, ahí, sobre ese desconocido puente al placer, hasta que enloqueció por el anhelo de ser poseída. Las caderas femeninas se movieron con voluntad propia, realizando movimientos primitivos para transmitir su necesidad. Sarah creyó enloquecer de deseo cuando Anton se acomodó entre sus muslos y las respiraciones de ambos se entremezclaron.

—Acaríciame ahora, Sarah —jadeó él con impaciencia—. Acaríciame ahora.

Sus ojos ya no eran azules, sino puntos negros de deseo cuando se apoyó en un codo para colocar la mano de Sarah contra su duro pecho. Ella pudo sentir los latidos desenfrenados de su corazón, antes que él le guiara la mano por su cuerpo, hasta el vientre.

—¡Oh, Sarah… Sarah! —gruñó, sometiéndola a un apasionado escrutinio cuando ella alcanzó el punto supremo de su virilidad—. Siento como si hubiera esperado este momento toda la vida —añadió con voz enronquecida por la emoción.

Sarah deseaba decir: "Yo también lo he esperado. ¡Oh, cómo lo he esperado!", pero las palabras murieron en su garganta, pues él la levantó por las caderas para lograr la primitiva unión. Sarah lo abrazó para sentirlo más cerca, y un suspiro escapó de sus labios cuando él consiguió su delicioso cometido.

Lo amaba tanto y de manera tan intensa que quiso llorar cuando hundió el rostro en su hombro y probó su salada piel. Estaba impaciente por él; todo su interior clamaba por algo que todavía no conocía, pero Anton esperó como si deseara saborear el momento. Después, con un lento y rítmico movimiento empezó a crear sensaciones que le llenaron las venas de un fuego abrasador.

El placer de Sarah se elevaba a cada instante hasta que la dulce sensación se posesionó de su mente dictando sus acciones y la hizo levantar las caderas una y otra vez, con ese antiguo ritmo del amor, hasta que ella sólo fue consciente del excitante aroma de Anton, del

sabor de su piel.

Jadeante; Sarah clavó los dedos en los hombros masculinos y se entregó al salvaje frenesí de excitación hasta que se sintió arrastrada al pináculo del placer.

Se había convertido en prisionera voluntaria de ese abrasador deseo pasional; cada fibra de su ser clamaba ser liberada cuando esa deliciosa tensión alcanzó el punto límite, y sollozaba por el alcance de sus emociones en el momento en que sus cuerpos agitados llegaron juntos a un vibrante clímax.

Una ráfaga de las más exquisitas sensaciones surgió en ella, y empezó a apagarse lentamente, estremeciéndola. Las palabras "¡Te amo!" estuvieron a punto de escapar de sus labios y las contuvo con un sollozo ahogado sólo para escuchar a Anton murmurar su nombre una y otra vez como si fuera una bendición.

Anton terminó con sus miedos. Hizo que su creencia de que era sexualmente fría se redujera a un mito, y sabía que le estaría eternamente agradecida por ello.

Su felicidad era intensa. Se sentía como una mujer completa en brazos de su amante, por primera vez en su vida; sin embargo, la realidad tenía una terrible forma de entrometerse. Sarah había tomado algo que nunca le pertenecería. Se entregó, en el proceso también cedió su corazón, y nunca lo recuperaría. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y Anton escogió ese momento para separarse de ella.

—¿Por qué lloras? —preguntó con dulzura; el sudor brillaba en su cuerpo a la tenue luz cuando él se inclinó para atrapar las lágrimas con los labios, antes de llevarlos a sus mejillas y a su boca.

—Nunca creí… que pudiera… ser así —susurró Sarah entre los besos de Anton, escondiendo su secreto mientras acariciaba los hombros en los que, presa de la pasión, enterró las uñas.

—¿Fue tan perfecto para ti como lo fue para mí, mi amor? —inquirió; levantó la mirada y estudió a la joven.

—¡Oh, Anton… Anton! —alabó su nombre y sus ojos brillaron por las lágrimas cuando levantó la mano para acariciarle el cabello —. ¡Sobrepasó lo que esperaba!

—Me alegro —sonrió, tomando su mano entre las suyas y la besó, antes de cubrirlos a los dos con las mantas.

Sarah se acurrucó en los brazos de Anton cuando apagaron las

luces. Las palabras no eran necesarias en ese momento y deseaba saborear cada segundo de esa noche porque sabía que sería la última.

Anton también permanecía callado. Algo lo preocupaba, ella lo percibió en la caricia de sus manos sobre su cuerpo, y presentía de qué se trataba, pero no deseaba ahondar en ello.

"Deja que el destino se encargue", había dicho Rose y en ese momento Sarah estuvo de acuerdo con su sabia amiga. Este era el presente, mañana sería otro día.

—No vas a regresar al hotel esta noche —Anton interrumpió sus pensamientos con una urgencia poco usual en su voz profunda—. Te quedarás conmigo.

—¿Qué pensarán los empleados del hotel cuando vean mi cama intacta? —lo provocó, trazando una línea de besos apasionados en su hombro y cuello.

—¡Al diablo con lo que piensen! —gruñó, se volvió hacia ella y la besó con pasión—. Tú perteneces a este lugar —añadió con rudeza—. Y aquí te vas a quedar.

Sí, se quedaría. Esa noche. El otro día era el futuro, y entonces su sueño se esfumaría.

Anton la estrujó, besándola de modo salvaje y exigente. Era como si pudiera leerle los pensamientos, y Sarah se olvidó de todo excepto del momento.

Un beso llevó a otro en la oscura intimidad de la habitación; sus manos se tocaron y acariciaron hasta que un nuevo deseo surgió en ellos. Uno más salvaje y fuerte, como un incendio incontrolable, y esta vez hicieron el amor con una urgencia pasional que los dejó exhaustos.

Anton se quedó dormido casi de inmediato mientras Sarah luchaba contra la somnolencia. No quería dormir, pero al final lo hizo.

Estaba soñando. Era joven otra vez, marcada física y emocionalmente, y corría por las dunas hacia donde Anton la esperaba, mas la arena suelta retardaba su avance. Él tenía los brazos extendidos, invitándola a unirse a él, y después aparecía Nigel. Nigel se erigía como una impenetrable barrera entre Anton y ella, y su risa burlona y horrible la privaba de su juventud y sus sueños: " ¡No vales nada… nada!", la acusaba Nigel y su voz hacía

eco en las dunas. "¡Ningún hombre te desearía… te desearía!".

Sarah despertó sobresaltada, su corazón latía con fuerza y su cuerpo estaba húmedo. Por un momento esperó calmarse al saber que era sólo un sueño… un sueño que se convirtió en una pesadilla cuando encaró la realidad.

Se deslizó fuera de la cama, cuidando de no despertar a Anton; buscó la bata y se la puso. Aunque no hacía frío, ella temblaba; apretó bien el cinturón y se dirigió a las puertas de cristal, donde apartó la cortina.

El cielo se había aclarado, excepto por una amenazante nube que cruzaba a la luna como una sombra. ¡Una sombra! ¡Existieron muchas sombras! Si bien la mayoría de ellas habían desaparecido, una, la dolorosa verdad, cubría su vida.

En el pasado, siempre que pensaba en Nigel, la invadía un sentimiento de impotencia, y ahora lo veía con algo de comprensión y desprecio. Una leve alegría fue todo lo que experimentó con Nigel, y después del accidente, su insensibilidad la privó hasta de eso. Podía entender su frustración al ver que ella no respondía, pero nunca le perdonaría esas acusaciones humillantes que casi la desquiciaron por el resto de sus días.

Cómo deseaba que hubiera sido Anton en vez de Nigel, pero lo fútil de ese deseo hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Sarah sofocó un sollozo y se apoyó en el marco de la puerta, presionando su frente contra el cristal frío, en tanto luchaba por controlarse.

—¿Sarah? —la voz de Anton la sobresaltó y giró sin pensarlo, justo cuando él encendía la luz.

—Lo siento —balbuceó, parpadeando para acostumbrarse a la luz—. No fue mi intención despertarte.

Anton se sentó en la cama; entrecerró los ojos y aunque Sarah desvió la mirada, él ya había visto el brillo de sus lágrimas.

—Has estado llorando —la acusó.

—Ves demasiado —replicó, intentando reír, mas la risa pareció un sollozo y Anton maldijo en voz baja.

—Ven aquí —ordenó con suavidad, pero de modo autoritario y Sarah obedeció. Él tomó su rostro entre las manos cuando ella se sentó el borde de la cama, y con ternura enjugó las lágrimas de sus mejillas—. ¿Soy yo la causa de tu llanto?

—No —lo besó—. Recordaba mi pasado —explicó con voz ronca

—. Deseaba haber sabido lo que ahora sé.

Con expresión inescrutable, Anton se separó de ella y se reclinó en la cabecera de la cama, luego de colocar una almohada a su espalda.

—¿Quieres contármelo? —preguntó con la luz detrás de su cabeza y su rostro ligeramente iluminado.

Sarah se estremeció como si alguien hubiera vertido agua helada en su espalda. Sintió como si Anton no sólo se hubiera separado de ella físicamente sino también emocionalmente, y su dolor fue como una daga en su corazón.

Capítulo 9

La noche estaba tan silenciosa que Sarah se preguntó si Anton podría escuchar los latidos de su corazón. Lo miró en busca de una señal que la reconfortara, pero fue en vano. Tenía la apariencia de un extraño, no la del hombre que le había hecho el amor sólo unas horas antes, y no sabía cómo interpretar su cambio de humor.

—Estabas pensando en tu esposo, ¿verdad? —empezó a interrogarla cuando se quedó callada, y a Sarah ya no la impactó esa facilidad con la que le adivinaba los pensamientos y las emociones.

—Sí, así es —se sintió culpable, pero sostuvo su mirada, consciente de que no podía ocultarle la verdad.

—Cuéntamelo.

Esta vez no era una petición, sino una orden; Sarah movió la cabeza y desvió la mirada.

—Este no parece el momento adecuado para hurgar en el pasado y en el recuerdo de un hombre que murió hace seis años.

—Ya has empezado, Sarah —señaló con calma—. Si hay algo en tu pasado que está fijo en tu mente como un montón de hojas sucias, me gustaría ayudarte a deshacerte de ellas y cuanto más pronto, mejor para los dos.

Su descripción era exacta. Su pasado estaba fijo en su mente como un montón de hojas sucias, y tal vez era hora de liberarse de todo. Por lo menos, Anton merecía una explicación.

—¿Puedo abrir las puertas? —preguntó con inquietud, levantándose y caminando a las puertas de cristal.

—Adelante —concedió él y Sarah deslizó una puerta.

Las estrellas brillaban; la brisa fluyó en la habitación, trayendo consigo el sonido del mar y el aroma de las flores. Sarah inhaló su fragancia, mientras su mente ideaba con desesperación cómo empezar. Aunque Anton dijo que deseaba ayudarla, esto era algo que tenía que hacer sola.

—No sé bien por dónde comenzar —confesó, dándole la espalda; respiró hondo y de alguna forma encontró el valor para decir—: Nigel Kemp se parecía mucho a mi padre, y creo que eso fue lo que me atrajo a él. Yo era muy inmadura y vulnerable a los diecinueve

años, y me derritieron sus halagos, pero apenas nos casamos, descubrí que no le importaba. Me usó para asegurar su posición como sucesor de mi padre, y siempre me lo gritaba cuando yo no lo complacía.

Sarah hundió las manos en los bolsillos de la bata y apretó los puños con tanta fuerza que se enterró las uñas. La ira y la amargura de esta vez iban dirigidas contra ella. Siempre culpó a los demás por lo que pasó, y no obstante, ella lo fue en igual medida. Si no hubiera sido tan obsesiva para ganarse el cariño y la aprobación de su padre, se habría percatado de lo que sucedía a su alrededor.

—Nuestro matrimonio fue un absoluto desastre desde el principio —continuó desolada—. Nigel era un amante insensible. Tal vez si nos hubiéramos amado, las cosas habrían sido diferentes, mas en esas circunstancias, yo… yo nunca pude… responder más allá de cierto límite. Eso no contuvo a Nigel de satisfacer sus propias necesidades y yo di por sentado que eso… eso era hacer el amor —su voz se apagó hasta ser un susurro al contar por primera vez esos detalles íntimos y dolorosos; sin embargo, se aclaró la garganta y se forzó a continuar—: tres meses después sufrí un accidente; un auto me atropello y… ocurrido eso, yo… yo me congelé emocionalmente. Una noche en la que Nigel me… me hizo el amor y yo no pude… no le respondí, me acusó de no valer nada como mujer y de ser inútil para los hombres.

El silencio que siguió fue largo y tenso antes de que Anton preguntara:

—¿Le contaste todo eso a tu padre?

—Le dije que Nigel se había casado conmigo sólo por asegurar su carrera, pero mi padre no me creyó —Sarah se volvió con el rostro pálido y una sonrisa de cinismo en su boca—. Me acusó de ser hipersensible como la mayoría de las recién casadas y de que exageraba como todas las mujeres. Dijo que no tenía intención de mezclarse en nuestros pleitos maritales, y casi me acusó de atentar contra la buena relación tanto personal como laboral entre él y Nigel.

—¿Por qué no te divorciaste de Nigel?

—El divorcio hubiera significado una humillación pública para mí y, créeme, Nigel se habría encargado de ello. Además… —sus ojos brillaron bajo la tenue luz cuando trató de ver la reacción de él

—, nuestro matrimonio sólo duró cinco meses, pues se desintegró cuando Nigel dejó nuestra habitación, y empezó a vivir como soltero.

La expresión inescrutable de Anton desapareció para abrir paso a la ira.

—¿Tu padre no pidió a Nigel una explicación por su conducta?

—Lo hizo —Sarah sonrió con sarcasmo—. Pero, como siempre, Nigel ya tenía una buena respuesta preparada.

"Le estoy dando a Sarah tiempo para que acepte física y emocionalmente el hecho de que perdió a nuestro hijo y de que no podrá tener más". Eso fue lo que Nigel le dijo a su padre y éste le creyó. Nunca se volvió a mencionar el tema, pero Sarah se percataba de las miradas burlonas que le lanzaba su padre.

"Me avergüenzo de ti", le había dicho poco antes que los dos murieran. "Si tu esposo busca consuelo en brazos de otras mujeres, es por tu culpa".

Sarah sabía de las aventura de Nigel. Aunque era muy discreto para no molestar a Edmond Courtney, él mismo enteró a Sarah de que veía a otras mujeres. Al principio, se sintió humillada y lastimada, pero después simplemente lo tomaba como algo sucio.

Anton se sentó en la cama; llamó su atención y la forzó a regresar al presente. Él esperaba como sí presintiera que todavía había más, y así era.

—Todos estos años creí que… que era frígida —sus ojos se llenaron de lágrimas al divulgar esa información, mas no separó la vista de Anton cuando fue a sentarse en la orilla de la cama. Lo miró y levantó las manos en un gesto casi de imploración—. Durante estas semanas tú me hiciste darme cuenta de que no soy fría como creí, pero una parte de mí temía y hasta lo creía cuando llegué aquí en medio de la tormenta, y de pronto… ya no parece importar.

—¡Así que de eso tenías miedo la otra noche! —su expresión se suavizó—. No confiabas en el alcance de tus propios sentimientos.

—Así es —balbuceó—. Tenía miedo de creer en las sensaciones que despertabas en mí, y temía que no duraran.

Anton se acercó a ella y la abrazó con fuerza contra su pecho. La sostuvo ahí sin hablar, acariciándole el cabello y besando sus lágrimas con una ternura que hizo que el corazón de ella se

oprimiera de amor.

—Ojalá no te fueras mañana —murmuró ella con renovada seguridad, y lo abrazó al tiempo que levantaba la cabeza para besarle el cuello.

—Desearía poder llevarte conmigo —gimió él, liberó el cinturón de la bata para tener acceso a su cuerpo.

—Podría cancelar mi vuelo y regresar contigo a Johannesburgo mañana —sugirió ella, estremecida ante la sensual caricia que viajó de su cuello hasta su suave hombro, antes de posarse en sus senos.

—Es una gran atención, pero como tu médico te lo prohíbo —la desilusionó. Deslizó el pulgar una y otra vez por su pezón endurecido—. Tengo bien presente que te prescribí seis semanas lejos de Courtney, y debo insistir en que no alteres tus planes.

—Si regreso contigo, no significará que vuelva a la oficina —replicó y le besó el cuello y acarició el pecho como respuesta.

—¿Podrías estar en Johannesburgo una semana sin que te presentes en Courtney?

—No —admitió de mala gana; lo miró con dulzura y acercó el rostro al de él—. Te voy a extrañar.

—¿De veras? —preguntó con voz ronca, mientras su mano se deslizaba posesivamente por su vientre plano.

—¡Sí! Oh, sí, Anton. Yo… —él deslizó la mano entre los muslos de ella, con lo cual interrumpió sus palabras, y ella se aferró a él con una nueva urgencia—. Hazme el amor —rogó sensual, invitándolo a que la besara—. Por favor, hazme el amor, Anton.

—Eso intento hacer —le aseguró de prisa; apresó su boca, exigiendo una respuesta que Sarah no dudó en dar.

Pasó mucho tiempo antes que se calmaran, y aun entonces parecía que no podían estar separados. Durmieron abrazados, con las piernas entrelazadas, y esta vez Sarah durmió profundamente.

El sol se filtraba en la habitación cuando la joven se estiró de manera perezosa bajo las mantas. Desconcertada al recordar en dónde estaba, se sentó en la cama y su corazón dio un vuelco cuando miró a su alrededor. La ropa que había usado el día anterior estaba sobre una silla, pero no había señal de Anton.

Sarah ya lo extrañaba. Echaba de menos el calor de su cuerpo, la fuerza de los brazos que la reconfortaron toda la noche; si esto era una probada de lo que le deparaba el destino, entonces ya se sentía

aterrorizada. Sin embargo, desechó esos pensamientos y se dirigió al baño.

Veinte minutos después estaba bañada y vestida; sus sandalias arruinadas le molestaron un poco cuando bajó por la escalera. No se maquilló, pero la blusa y la falda se le veían bien y al menos su cabello estaba cepillado.

Anton se encontraba en la cocina, vestido con ropa blanca, con el pelo todavía húmedo y el rostro bien afeitado. Preparaba el desayuno cuando Sarah se le unió.

—Justo a tiempo para el desayuno —le sonrió y la abrazó por la cintura. El fresco aroma de su loción invadió sus sentidos cuando se inclinó para besarla, pero Sarah no podía dejar de pensar en que él se iría.

—Debiste despertarme —lo regañó cuando el beso terminó—. Me siento culpable cuando duermo mucho.

—Dormías como bebé, y te vi tan hermosa que no tuve corazón para hacerlo —la soltó para servir los huevos revueltos—. Me muero de hambre, vamos a comer.

Desayunaron en el patio, donde el sol se filtraba entre los árboles. El mar se agitaba con la tranquilidad posterior a la tormenta, y Sarah podía ver las olas bañar la playa.

—¿Te vas después del desayuno? —preguntó mientras tomaban el café.

—Debo irme dentro de la próxima hora si quiero llegar a Johannesburgo antes del anochecer —la expresión de Anton era sería cuando la miró—. Te dejaré en el hotel.

—No es necesario —bajó la vista para esconder las lágrimas y sorbió su café—. Preferiría despedirme aquí y regresar caminando al hotel.

—¿Te arrepientes de lo de anoche?

—¡No! —levantó la mirada, sorprendida y angustiada de que él hiciera esa pregunta—. ¿Y tú?

—En absoluto —le sonrió, con un extraño brillo en sus ojos azules—. Cásate conmigo, Sarah.

El impacto la hizo palidecer, y dejó caer la taza de café.

—¡No! —gritó, mientras se secaba la mano.

—¿No? —repitió él con una mueca, y de pronto el aire se llenó de tensión—. ¿Así nada más? ¿No?

Sarah lo contempló; tenía miedo y su mente era un caos. ¡Se suponía que esto no iba a suceder! ¡Supuso que él no le propondría matrimonio!

—El matrimonio es un asunto muy serio, Anton —lo evadió, tratando con desesperación de recuperar el control.

—Deberías saber, Sarah, que no te pediría que te casaras conmigo si no estuviera seguro de que funcionará.

—Pero hace sólo tres semanas que nos conocemos —protestó con debilidad.

—Siento como si te conociera de toda la vida, Sarah —tomó su mano con fuerza—. Lo deseo con todo mi corazón —agregó con voz tensa por la emoción—. Tal vez este no sea el lugar ni el momento adecuado, pero… cásate conmigo, mi amor.

Sarah sentía un nudo en la garganta. "¡Díselo ahora!", gritó su corazón. "¡Si te ama, no le importará que no puedas tener hijos!" Lo consideró, mas el miedo de un rechazo la contuvo.

—¡No puedo! —gritó angustiada, retiró la mano y se alejó de él lo más que pudo—. Tengo responsabilidades y obligaciones en Courtney, las cuales no dejan tiempo para el matrimonio.

—Yo también tengo responsabilidades y obligaciones con mis pacientes, que también me quitan el tiempo, pero eso no significa que no podamos llevar una vida juntos.

—Anton, por favor, yo… no funcionaría.

—¡Podemos hacer que funcione, Sarah! ¡Sé que podemos!

Anton se sentía lastimado al igual que Sarah. Una proposición de matrimonio de él no debía considerarse a la ligera; era un honor ser la elegida, pero Sarah no tenía más opción.

—Anoche fue algo muy especial, para los dos, y habrá otras noches, así que dejémoslo así —sugirió con una calma que estaba lejos de sentir.

—¡Maldita sea, Sarah! —explotó, atravesándola con la mirada—. ¡No quiero una aventura contigo, deseo casarme!

Ella negó con la cabeza, inflexible.

—No soy la mujer correcta para ti.

—¿Por qué dices eso? —exigió, con las facciones tensas por la furia.

—Sólo sé que no soy la esposa adecuada para ti. Por favor… —levantó una mano cuando él quiso interrumpirla—. Por favor, te lo

ruego, dejemos esta conversación. ¡Ahora no!

Anton se pasó los dedos por el pelo y unos rizos cayeron sobre su amplia frente. Oh, Dios, lo amaba tanto que el dolor era como una espada que atravesaba su alma, y su angustia aumentaba al saber que lo hería.

—Acepto dejar el tema con una condición —la miró con intensidad—. Prométeme que lo pensarás en esta próxima semana.

—Lo prometo —acordó, a sabiendas de que no podría pensar en nada más, que la respuesta sería la misma.

La tensión desapareció de las facciones de Anton, mas la atmósfera siguió pesada mientras terminaban su café. Trataron de entablar conversación, pero fallaron y cayeron en un horrible silencio cuando llevaron sus tazas a la cocina.

—Lavaré las tazas mientras tú arreglas tu equipaje —sugirió Sarah y se sintió aliviada cuando Anton dejó la cocina sin objetar.

Lo oyó vagar por la cabaña en tanto ella lavaba la vajilla, la secaba y acomodaba. Escuchó el portaequipaje y las puertas del Jaguar abrirse y cerrarse mientras limpiaba los estantes y la estufa, y después la silueta alta y fuerte de Anton ocupó el marco de la cocina.

Sus miradas se encontraron; era hora de que él partiera y ella lo siguió afuera en silencio; esperó a que cerrara la cabaña antes de acompañarlo a donde estaba estacionado el Jaguar azul oscuro.

Aunque el sol brillaba a toda su intensidad, a Sarah la invadía un frío terrible; Anton abrió la puerta del auto y se volvió a ella. Paseó la mirada por el rostro pálido de Sarah, quien sentía un nudo en la garganta.

—Sarah… —había un dejo de incertidumbre en su voz cuando posó las manos en los hombros femeninos y las deslizó hasta tomar sus manos—. Lo pensarás, ¿verdad?

Sarah contuvo la respiración y asintió.

—Te lo prometí —le recordó.

Él la tomó en sus brazos, estrechó su esbelto cuerpo y su boca apresó la de ella con urgencia. Sarah se aferró a él con violencia, deseando poder abrazarlo por siempre y no dejarlo ir, pero había vivido mucho tiempo con la cruel realidad, para ahora darse el lujo de soñar.

Anton la liberó poco después con un gruñido y se subió al coche.

—Te veré en una semana —informó y luego se alejó por el sendero estrecho.

Con lágrimas en los ojos, Sarah lo observó irse y de pronto todo pareció sombrío y desolado sin la presencia de Anton. El Jaguar desapareció tras unos árboles y ella vaciló afuera de la cabaña, sintiéndose fría y vacía.

Metió las manos en los bolsillos de su falda y sus dedos se encontraron con un papel; lo sacó. ¡La nota de Anton! El sobre estaba borroso y Sarah sacó la hoja de papel con dedos temblorosos.

"Te amo, Sarah". Aunque la tinta se había desvanecido un poco, las palabras todavía se encontraban ahí, acosándola con un impacto mayor al del día anterior.

Las palabras "Te amo" poseían un compromiso en sí y Anton no las hubiera pronunciado a la ligera. Ella debería saberlo; él a menudo le habló de encontrar a la mujer adecuada para casarse, pero el día anterior, su mente era un torbellino y no reconoció el alcance de aquel texto.

¿Qué hubiera hecho de haberlo sabido? ¿Habría ido a él o se habría alejado? Sarah no podía decidirlo. Lo único que sabía con certeza era que si se pudiera regresar el tiempo, las doce horas pasadas las volvería a compartir con Anton.

Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando caminaba de regreso al hotel y, sin importar lo mucho que tratara, no podía controlarlas.

Todavía sollozaba cuando el edificio apareció ante sus ojos y fue la horrible idea de que pudieran verla lo que la hizo titubear y tomar la entrada lateral por la que también podía llegar a su habitación.

Sarah no salió de su dormitorio hasta que llegó la hora de la cena. Tal vez su maquillaje ocultaba los estragos del llanto, pero sentía el corazón oprimido y el cuerpo pesado.

¿Seguiría amándola Anton si se lo dijera? ¿Podía arriesgarse a decirle la verdad? Sarah se había hecho esas preguntas una y otra vez. Su corazón decía que sí, pero su mente se fijaba en una decisión. ¡Todo había terminado y Sarah tenía que olvidarlo!

Rose trató de incitarla a conversar durante la cena, mas Sarah apenas fue consciente de su presencia y de lo que le decía.

—Si no tienes ganas de hablar, quizá prefieras jugar ajedrez —

sugirió comprensiva cuando dejaron el comedor y fueron al salón con su café.

Aunque no se sentía de humor para jugar, Sarah aceptó. Trató de enfocar su mente sólo en el juego, pero, a medida que el juego progresaba, se le dificultó cada vez más controlar sus pensamientos.

—No te estás concentrando, Sarah —la acusó Rose—. ¡Acabas de dejar libre el paso a mi alfil, que va directo a tu reina!

Sarah se reclinó en la silla y cerró los ojos por un momento a punto de llorar; después sonrió a la mujer que la observaba con intensidad.

—Lo siento, Rose.

—Has llegado a una decisión respecto a tu relación con Anton, ¿verdad? —Rose resumió el problema con una exactitud que no era de extrañarse—. Pasaste la anoche con él y presiento que fue gloriosa, pero no vas a volver a verlo.

Sarah se sonrojó y después se puso tan blanca como la blusa de seda que usaba con una falda roja. La brusquedad de Rose selló su decisión con una frialdad que no merecía y, con el corazón destrozado, contuvo el aliento.

—Me va a doler, Rose —dijo—. Me va a doler, pero me dolerá más si sigo viéndolo.

Rose se reclinó y entrelazó las manos en su regazo; su expresión denotó la sabiduría de quien ya ha recorrido ese camino.

—¿Cómo crees que Anton se sentirá al respecto? —preguntó.

—Se recuperará.

—¿Estás segura?

—No, no lo estoy —Sarah desvió la mirada; sus ojos reflejaban el dolor—. Ruego con todo mi corazón que lo haga —dijo y hablaba en serio. Ya no quería lastimar más a Anton.

—¡Jaque mate! —anunció Rose después de un silencio, atrayendo la atención de Sarah al tablero, al tiempo que se eliminaba a la reina y daba jaque mate al rey—. El juego terminó, Sarah, pero todavía hay una batalla por librarse, y espero que salgas avante.

Sarah no intentó comprender lo que Rose dijo. Recogió las piezas, dobló el tablero y se levantó.

—Buenas noches, Rose.

¿Cuáles habían sido sus expectativas?, se preguntó cuando yacía

en la cama, y no obtuvo respuesta.

"¡No quiero tener una aventura contigo, deseo casarme!", había dicho Anton. Sarah hundió el rostro en la almohada y se soltó a llorar.

No fue a Anton con el propósito de tener una aventura, mas tampoco la idea de matrimonio cruzó su mente. Su lado cínico se inclinaba a sugerir que debió haber estado desquiciada para hacer algo tan opuesto a sus rígidos principios, pero era más que eso. ¡Mucho, mucho más!

Su amor por Anton era tan profundo que la cegó a todo, excepto a la necesidad urgente de tomar lo que él le ofrecía. Podía considerarse algo egoísta e insensible, pero no era así. La proposición de Anton la volvió a la realidad y, amándolo como lo amaba, no podía ser feliz a expensas de él.

Sarah sabía que ese sacrificio le dejaría otra herida, pero debía hacerlo y sobreviviría al trauma como lo había hecho toda su vida.

Capítulo 10

Sarah vio cómo se alejaba de tierra firme tras el despegue del Boing en el Aeropuerto Louis Botha; se reclinó en su asiento y suspiró con alivio. Los últimos días en Rosslee fueron una pesadilla sin Anton. Sintió su presencia en todas partes, atormentándola con recuerdos, y ahora volvía a casa.

"Te mantendrás en contacto, ¿verdad?", Sarah recordó la ansiosa pregunta de Rose cuando caminaron hacia el taxi que la iba a llevar al aeropuerto.

"Te escribiré", prometió Sarah e intentaba cumplir. Rose Poole era alguien a quien nunca olvidaría.

El vuelo de Durban a Johannesburgo duró menos de una hora, y Sarah llegó a su apartamento poco después de las dos de la tarde de ese domingo.

Dejó su equipaje en el pasillo y vagó por su casa, familiarizándose con las habitaciones elegantes y los objetos exclusivos. En el tocador de su dormitorio se hallaba un gato siamés de fina porcelana, y ojos azules. ¡Los ojos de Anton! Sarah contuvo la respiración y retrocedió como si el felino le fuera a clavar las garras.

—¡Maldición! —la palabra estalló en sus labios, mientras se despojaba de sus zapatillas—. ¡Tengo que olvidar! —se exigió en tanto se ponía ropa más cómoda—. ¡Debo olvidar!

Se mantuvo ocupada. Deshizo el equipaje y guardó todas las cosas. El sombrero de paja la hizo sonreír, pero su sonrisa desapareció pronto. Ese sombrero le traía recuerdos de los últimos días con Anton en Rosslee, y lo arrojó al último rincón del armario.

Cuando se sentó en un sillón de la sala, esa noche, y bebió café en un esfuerzo por relajarse, supo que su vida no volvería a ser igual. Había amueblado ese lugar con cuidado para convertirlo en un escondite acogedor, y en ese momento parecía reflejar su propio vacío y desolación.

El sonido del timbre de la puerta la hizo saltar y se sintió nerviosa mientras se dirigía a aquélla. ¿Anton? ¡No! Por fortuna nunca le dio su dirección, y nadie en Courtney daría esa información sin su consentimiento, ¿o sí?

Sarah miró por la mirilla de la puerta y sonrió aliviada cuando reconoció a su padrino. Quitó la cadena de seguridad, abrió y se lanzó a los brazos de Ivor con una efusividad no mostrada en años.

—¡Oh, me alegro de verte después de todas esas semanas! —exclamó, abrazándolo.

—Te ves bronceada, descansada y deslumbrante, querida —comentó Ivor y la tomó de las manos apenas ella se separó; la sometió a su inspección—. Esas vacaciones obraron maravillas en ti.

—Estoy lista para regresar al trabajo —aseguró al cerrar la puerta—. Acabo de hacer café. ¿Quieres?

—Claro que sí, gracias —Ivor entró en la sala y se sentó en un cómodo sillón mientras Sarah fue a la cocina—. Vi a Anton en el club la otra noche —informó y encendió un puro cuando Sarah regresó con el café—. Creo que sus vacaciones coincidieron con las tuyas en Rosslee.

El rostro de Sarah se convirtió en una máscara rígida e impenetrable.

—Así es —asintió, sentándose con gracia en un sillón.

—No me dijo mucho, pero adivino que pasaron bastante tiempo juntos.

—Sí —respondió lacónica y sorbió el café.

—Anton había planeado ir a recogerte al aeropuerto esta tarde pero me llamó ayer para decirme que su madre estaba enferma y que iba a tomar el avión de la noche a Ciudad del Cabo —la ceniza se había acumulado en el puro de Ivor y éste buscó el cenicero de mármol—. Le di tu número de teléfono y lo más probable es que te llame en cuanto llegue —confesó, incomodándose.

—No debiste hacer eso —lo regañó Sarah, enojada; defendía la intimidad de su guarida.

—Lo sé —repuso Ivor—, pero me pareció que no tenía nada de malo.

Sarah alejó su enojo con un suspiro de resignación. No podía culparlo por dar esa información; ella hubiera hecho lo mismo, y no merecía la pena molestarse por algo que no tenía remedio.

—¿Qué te pasa, Sarah? —había inquietud en Ivor y una chispa de ira en esos ojos que la habían estado observando con intensidad en los últimos segundos—. Te encuentras con Anton mientras estás de vacaciones, pasas casi cada día con él, y después, cuando llegas a

casa, estás lista a cortar todo lazo que los una. Si quieres que resguarde tu intimidad, Sarah, será mejor que me digas qué sucedió entre ustedes en Rosslee.

El rostro de Sarah reflejó por un momento la angustia.

—Me enamoré de él, eso es lo que pasó.

—Bueno, y, ¿qué tiene de malo?

—Me pidió que me casara con él.

El rostro de Ivor se iluminó con una sonrisa.

—¡Eso es maravilloso, Sarah!

—¡No, no lo es!

Se levantó con brusquedad y se mordió su labio tembloroso cuando caminó a la ventana y vio la ciudad.

Ivor no necesitaba una explicación; él sabía la causa de su pena más honda.

—No se lo has dicho, ¿verdad?

—No, y no planeo hacerlo.

—Oh, cariño, deberías.

—¿Por qué? —Sarah se volvió, tenía la garganta cerrada y luchaba por controlar ese profundo dolor que parecía desgarrar su ser—. ¿Por qué debería decírselo? —repitió con voz demasiado áspera para ser suya—. ¿Para que pueda verlo fingir que no le importa cuando yo sé que sí?

—Un hombre no le pide a una mujer que se case con él sólo con el propósito de tener hijos —Ivor trató de hacerla entrar en razón, pero Sarah no lo entendería.

—Resulta que Anton desea sobremanera tener hijos y yo no intentó poner a prueba su amor por mí; no lo someteré a un matrimonio en el que no podrá haberlos.

—Mi niña —Ivor movió la cabeza—, creo que estás cometiendo un grave error, pero es tu decisión, no mía.

—No se lo dirás, ¿verdead? —demandó. Sostuvo la mirada de su padrino, mientras regresaba a donde él estaba y se sentaba en la silla—. ¿Esto queda entre nosotros dos?

—Mis labios están sellados, lo sabes.

—Gracias —suspiró y de forma deliberada cambió el tema—. ¿Qué ha pasado durante mi ausencia?

Ivor la puso al corriente de todo lo que sucedió en Courtney, y Sarah lo bombardeó de preguntas; grabó todo en su mente,

integrada de nuevo a su papel de ejecutiva como si seis semanas de descanso en Rosslee no hubieran interrumpido su itinerario de trabajo.

Se sentía optimista cuando Ivor se retiró, ya entrada la noche, pero una oleada de desesperación la inundó cuando se quedó sola en su habitación con el ruido del tránsito por única compañía. El trabajo podría volver a llenar su vida, mas siempre existiría una parte de ella que se sentiría vacía y desolada sin Anton.

Aunque Ivor le había sugerido que tomara con calma las cosas, cuando regresó al trabajo, el lunes por la mañana, Sarah no tenía intención alguna de holgazanear y al final del día ya estaba trabajando a la vertiginosa velocidad de siempre, sin darse tiempo para pensar en los problemas que la agobiaban.

Había convocado una reunión para el miércoles por la mañana, y estaba a punto de salir de su oficina, en el momento en que su intercomunicador sonó; presionó el botón para contestar con algo de enojo.

—¿Sí? —espetó.

—Sé que va camino a la reunión, señorita Courtney —se disculpó Lois Beecham—, pero tengo a un tal doctor de Ville en la línea, y dice que necesita hablar urgentemente con usted.

El corazón de Sarah dio un vuelco, pero su voz no pudo oírse más tranquila.

—Pásamelo, Lois.

Luego de un suave zumbido, Lois pasó la llamada y, al instante, la familiar, profunda y sensual voz de Anton envió una pequeña corriente de placer en Sarah.

—Creo que te hablé en un momento inoportuno.

—No importa —su mano tembló cuando tomó la pluma de oro y empezó a jugar con ella—. ¿Cómo está tu madre?

—Se dio un ligero golpe, pero se recuperará, y si baja su tren de vida podría vivir hasta los cien años —reinó un breve y tenso silencio antes que preguntara—: ¿Cuándo voy a verte, Sarah?

—No estoy segura —mintió—. Tengo un itinerario saturado.

—¿Eso incluye las noches?

—Hay varios eventos a los que debo asistir —esa no era una mentira. Había un desfile de modas y una exhibición fotográfica a las que se había comprometido a ir, además de una cena de

negocios.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos mañana? —insistió Anton sin dejarse vencer.

Sarah buscó una excusa, y después cambió de parecer. Tenía que verlo una vez más. Le había prometido considerar su proposición y le debía una respuesta.

—¿A qué hora y en dónde? —preguntó con brusquedad; su expresión reflejaba tensión cuando ella colgó, momentos después.

Entró en el salón de conferencias tres minutos después de lo convenido y se vio sometida a la mirada llena de curiosidad de su brillante asistente, Steve de Vos, y a las de otros siete miembros del personal. Llegar tarde a las reuniones era algo que rara vez perdonaba a otros, y no sabía si sentirse molesta o avergonzada por la sonrisa de comprensión que recibió como respuesta a su disculpa.

—Creo que todos concordamos en que es bueno saber que es un ser humano como los demás —señaló Steve de Vos con una sonrisa maliciosa y el sentido del humor de Sarah salió al rescate.

—Si es un regaño, entonces lo acepto de buena gana —rió y percibió que todos la aprobaban cuando se sentó a la cabecera de la larga mesa de ébano—. Ahora empecemos.

Esa noche, sola en casa, Sarah se dio cuenta de que si bien el trabajo había sido un buen antídoto para casi todo, no era lo bastante eficaz para sacar a Anton de su mente. Él estaba presente en todo lo que decía y hacía, dictando cada pensamiento y acción con su cinismo, su ira y su amor, hasta que el deseo por tenerlo se convirtió en una necesidad física que la acompañaría toda su vida.

Se sentía aterrorizada de ver a Anton cuando dejó la oficina, al día siguiente, para asistir a la cita con él. ¿Sería convincente o él sabría que estaba actuando y que todo era mentira?

El restaurante estaba repleto, pero Sarah vio a Anton en el mismo instante en que entró. Sus ojos azules la atraían como un imán y todo se sumió en la oscuridad cuando ella se abría paso entre las mesas hacia el hombre de traje gris que se puso de pie cuando ella se acercó. Sus ojos reflejaron la admiración que le tenía cuando la estudió en su elegante traje sastre que la hacía ver como la exitosa mujer de negocios que era.

Anton le sonreía cuando se sentaron a la pequeña mesa circular, y Sarah le correspondió, aunque sus facciones estaban tensas y su

cuerpo rígido por el esfuerzo de no estirarse y tocarlo.

—Me tomé la libertad de ordenar —explicó Anton cuando el camarero apareció como surgido de la nada con la comida—. No tenemos mucho tiempo, así que sugiero que comamos primero y hablemos después.

Sarah miró el salmón ahumado y la ensalada fresca, y sintió un nudo en la garganta, deseaba llorar. Una vez le mencionó a Anton que ella prefería almorzar salmón y ensalada, y él lo recordaba.

Existían tantos detalles que también ella recordaba de él… como si se hubiera convertido en una extensión de sí misma… y lo alejaría de su vida para siempre.

Más tarde no podría recordar si comió o no el almuerzo, pero el aromático café le sentaba bien.

—Te dejé en Rosslee con algo en que pensar —Anton fue directo al asunto—. ¿Lo hiciste?

—Sí —respondió sin mirarlo.

—¿Y?

Sarah sintió como si se desgarrara por dentro, mas de alguna forma logró aparentar indiferencia y calma cuando levantó la vista para encontrarse con esos ojos penetrantes que la contemplaban.

—Mi respuesta sigue siendo la misma.

Él apretó los labios.

—Creo que deberías saber que intento hacer hasta lo imposible por que cambies de opinión.

—Estarías perdiendo el tiempo.

—Tal vez —asintió—, pero no me rindo fácilmente.

—Creo que no merece la pena perseguir algo que a nada conducirá —se forzó a hablar aunque tenía la garganta cerrada—. Lo que pasó entre nosotros pertenece al pasado y sólo complicaremos nuestras vidas si persistimos en vernos, Anton.

El médico se estiró y la tomó de la mano con tanta fuerza que Sarah casi gritó cuando él la hizo ponerse de pie y la llevó a la salida.

—Lo que sucedió entre nosotros fue algo demasiado hermoso y duradero para que alguno de los dos lo destruya —la corrigió con dureza mientras permanecían afuera del restaurante—. Te veré otra vez, Sarah, puedes contar con ello.

Giró sobre sus tacones y se alejó, dejándola angustiada cuando

lo vio desaparecer entre la ruidosa multitud. Lo que él dijo era verdad, pero Sarah no tenía más opción. Tenía que destruir todo, por el bien de él más que por el suyo propio.

* * *

Sarah voló a Ciudad del Cabo en compañía de Ivor, al final de la siguiente semana, para inspeccionar el pedido retrasado de seda que había llegado a la fábrica, y se quedaron a pasar la Navidad en la cabaña de su padrino en la Bahía de Gordon.

Esos pocos días lejos de Johannesburgo constituyeron un breve respiro de la presión emocional a la que se enfrentó desde su encuentro con Anton. Como precaución había subido el volumen de la contestadora telefónica de su apartamento. Aceptaba las llamadas sólo cuando estaba segura de que no se trataba de Anton, pero eso no impidió a éste llamar y dejar mensajes en los que le pedía que se pusiera en contacto con él. En la oficina, Lois Beecham tenía órdenes de no comunicarlo, pero sí de que tomara el mensaje. Sarah nunca respondió a ninguno de esos mensajes, si bien cada vez que los ignoraba sufría un trauma emocional. Se sentía razonablemente segura en la oficina y sabía que podría tratar con Anton si se llegaban a encontrar en público, pero por las noches, cuando conducía su auto de regreso a casa, vigilaba por el espejo retrovisor, temerosa de que la siguieran. En cada ocasión se le desgarraba el alma, y oraba por que Anton se diera por vencido, de una vez por todas.

"No me rindo fácilmente".

Sarah se vio obligada a recordar la advertencia de Anton a mediados de enero. Steve de Vos había estado encerrado en la oficina de ella desde el almuerzo, ese viernes, informándole de sus visitas a las diferentes tiendas Courtney del país, al tiempo que daba sugerencias para el nuevo año.

—Quiero que la línea de invierno se encuentre en cada tienda antes del fin de marzo de este año —comenzó a instruir—, y quiero que se haga la publicidad con mucho tiempo de anticipación.

Steve asintió.

—Ya lo había pensado; nos vamos a reunir con gente de la

agencia de publicidad el martes. No veo razón alguna por la que no podamos…

La puerta de la oficina de Sarah se abrió de par en par, interrumpiendo con brusquedad la respuesta de Steve; Sarah levantó la mirada, molesta por esa indeseable intromisión, y vio a Anton entrar con decisión, y a una Lois Beecham furiosa e indignada detrás de él.

El rostro de Anton era una máscara de ira controlada, y el corazón de Sarah dio un vuelco cuando él se detuvo justo frente a ella y la miró con fijeza.

—Quiero hablar contigo —su mirada hiriente la dejó un momento, para posarse en Lois Beecham y Steve de Vos, quien se levantaba ya con cuidado—. ¡A solas! —añadió Anton, y algo advirtió a Sarah que no sería sensato ignorar su orden.

—Está bien, Lois, puedes irte —Sarah despidió a su secretaria con una tranquilidad que estaba lejos de sentir y volvió su atención a Steve, que observaba el incidente con abierta curiosidad—. Continuaremos esta discusión el lunes por la mañana, Steve.

—Claro —murmuró Steve; recogió sus papeles, nervioso, y rodeó la figura imponente de Anton para salir detrás de Lois Beecham.

Las emociones de Sarah eran un torbellino cuando la puerta se cerró, pero en su exterior parecía tranquila. Se levantó de su sillón y rodeó el escritorio para enfrentarse a Anton. Prefería morir a revelarle el efecto perturbador que provocaba su presencia en aquel sitio.

—Asumo que debes tener una razón válida para irrumpir así en mi oficina —observó con severidad, y deslizó la mirada sobre el elegante traje formal que Anton usaba, antes de encontrarse con la mirada intensa de él.

—¡No finjas, Sarah! —respondió, cortante—. Tus subordinados podrán mostrarse impresionados por tu actitud de ejecutiva, pero resulta que yo soy el hombre con el que dormiste e hiciste el amor seis semanas atrás, y sé que eres una mujer de carne y hueso, con fuego en las venas.

—Por Dios, baja la voz —siseó con urgencia, pálida en un instante y ruborizada al siguiente.

—¿Por qué? —exigió con un dejo de salvajismo en su sonrisa cínica—. ¿Te avergüenzas del hecho de que dormimos juntos?

Sarah lo miró con tristeza.

—Por favor, detente Anton. Deja de lastimarte y de lastimarme.

Sus palabras lo callaron por un momento, pero lo que siguió no fue lo que ella deseaba. Su expresión gélida se desintegró y sus ojos reflejaron el mismo dolor y miseria de Sarah.

—Te advertí que no me rendía con facilidad, pero Dios sabe que he estado a punto de hacerlo en estas semanas Como no respondes mis llamadas, y tu dirección es un secreto insondable, lo único que podía hacer era irrumpir aquí —su voz era suave y vibrante, con una mezcla de dolor, frustración e ira—. ¿Por qué, Sarah? ¿Por qué me haces esto?

Ella bajó la mirada al escrutinio de esos ojos.

—Te dije que sería mejor para los dos si no nos volvíamos a ver.

—Debes tener una razón para decir eso y me gustaría saberla —se acercó, amenazándola con su cercanía perturbadora—. Será mejor que me lo digas, Sarah, porque no me voy a ir hasta que lo hagas.

Sarah se vio atrapada en una encrucijada: el deseo de huir y el deseo de buscar consuelo en sus brazos, pero no sucumbió a ninguno.

—¡No podemos hablar aquí! —protestó y miró a su alrededor desesperada—. ¡Ahora no!

Anton hizo un ademán de furia.

—Si no podemos hablar aquí, ¿dónde diablos podemos hacerlo?

Observó en silencio el cabello oscuro con vetas grises en las sienes, los penetrantes ojos azules y la mandíbula cuadrada. Deseaba poder alejar la ira de su ceño fruncido y la impaciencia de su boca sensual apretada, mas no se atrevía a darse ese privilegio.

"Todavía hay una batalla por librar y espero que salgas avante". Las palabras de Rose cruzaron de pronto su mente y su significado fue claro. Esta era la última batalla y el reconocerlo la aturdió.

Se volvió, levantó el auricular y presionó un botón.

—Por favor, cancela mis citas de la tarde, Lois —se volvió a Anton y, sellando su destino, agregó—: Iremos a mi apartamento.

Anton la seguía tan de cerca, que Sarah temió que se estrellara contra su coche cuando se vio obligada a frenar bruscamente en el

momento en que otro vehículo se le atravesó. Era como si él sospechara que ella deseaba evitar esa confrontación y tratara de perderse entre el tránsito; no obstante, Sarah ya había entrado en un camino sin retorno. Tenía que llegar hasta el amargo final, a pesar de saber el dolor y el sufrimiento que la esperaban.

Trababa un combate devastador en su interior cuando salieron del ascensor del lujoso edificio. Anton era el único hombre, además de su padrino, que había sido invitado a cruzar el umbral de su santuario. Sarah sabía que el recuerdo de su presencia ahí siempre la acosaría, pero apartó este pensamiento al abrir la puerta.

Anton la cerró y miró con interés a su alrededor, en tanto se despojaba de la chaqueta y se aflojaba el cuello y la corbata. Sarah lo observó, recordando la textura de su piel en sus manos, mas su mente regresó a las cosas que debían decirse.

—¿Quieres algo de tomar? —ofreció, ausente; colocó su portafolio en la alfombra, junto al teléfono, y se enderezó para ver a Anton.

—Sugiero que primero hablemos —entrecerró los ojos y estudió su rostro pálido, sus facciones tensas; después, dejó escapar un gemido y cerró el breve espacio que los separaba—. Tal vez la conversación también pueda esperar, ¿no crees?

Se movió con tanta rapidez que tomó a Sarah desprevenida, y ésta supo que sería inútil tratar de liberarse de esos brazos de hierro que la atraían. Anton se adueñó de su boca antes que ella pudiera decir algo y, a pesar de su reticencia, respondió al hambriento y urgente beso.

La sangre se le agolpaba en las venas; empezó a temblar y a aferrare con debilidad a los amplios hombros de Anton. Éste dejó su boca y le buscó el cuello. Sarah quiso evitar esto; sabía que todo sería más difícil para ella, pero… oh, Dios… ¡cómo lo había necesitado!

La boca cálida y sensual de Anton sobre su cuello resultó un delicioso tormento, y cada nervio y fibra de su cuerpo parecía estremecerse con placentera anticipación, cuando él deslizó las manos bajo su chaqueta para acariciar la piel suave de su cintura.

—Cásate conmigo, Sarah —murmuró a su oído, y esas palabras fueron como un baño de agua fría que la regresó a la realidad.

—¡No puedo! —gritó angustiada en tanto lo apartaba y ponía la

mayor distancia posible entre ellos; apoyada contra la chimenea, se aferró a la repisa—. ¡No puedo casarme contigo!

—¿Por qué no? —demandó con una dureza que la puso más nerviosa aún—. Maldita sea, Sarah, ¿por qué no confías en mí?

—¡Sí confío en ti! Confío en ti con todo mi corazón, pero… ¡oh, Dios! —su voz se apagó y ella tembló por el esfuerzo de controlarse, en tanto que sus ojos eran abismos oscuros de dolor y volvía su pálido rostro hacia él—. Hay algo que debo decirte.

—Sarah… —con expresión grave caminó hacia ella, pero se detuvo de golpe, pues la joven levantó las manos en señal de defensa.

—Por favor, déjame terminar antes que el valor me abandone —rogó de prisa, bajó las manos y las apretó con fuerza hasta que le causaron dolor—. Tenía tres meses de embarazo cuando sufrí el accidente que te conté —empezó, poniéndose rígida—. Las lesiones que recibí fueron tan severas que perdí al bebé así como la capacidad de tener otro. De modo que ya ves —añadió con debilidad—, no puedo casarme contigo. No puedo darte los hijos que tanto deseas, y la razón por la que no te dije esto antes fue porque yo… yo no podía soportar tu rechazo, pero ahora —dejó caer los hombros, exhausta, e hizo un ademán de desesperación con las manos—. Ahora sólo quiero acabar de una vez con todo.

Sarah sintió que había desnudado su alma y, durante el pesado silencio que siguió, no tuvo forma de adivinar qué escondía la inescrutable expresión del hombre que ya caminaba hacia ella. Sarah se sentía como algo carente de valor, y sólo podía esperar a que Anton se lo dijera.

—Sé que no puedes tener hijos —apuntó él con voz suave y ronca, y sus ojos reflejaron el dolor de ella, como si fuera suyo, cuando la guió al sillón y la sentó a su lado—. Lo he sabido desde el principio —agregó con ternura.

Desconcertada, Sarah lo miró por varios segundos hasta que sus palabras penetraron la barrera mental que erigió para resguardarse del posible desprecio de él. La habitación pareció girar en torno suyo cuando comprendió lo que implicaba la declaración de Anton. El corazón comenzó a latirle con fuerza y se alegró de estar sentada, pues sintió una tremenda debilidad en las extremidades.

—¿Lo sabes? —preguntó, con las pupilas dilatadas—. Pero,

¿cómo?… ¿quién te lo dijo?

Las facciones de Anton se suavizaron en una sonrisa.

—Obviamente no te acuerdas, pero tú me diste el número y dirección de tu médico en Ciudad del Cabo y él me pasó tu historial médico cuando se lo pedí.

—No sabía eso.

—No mucha gente lo sabe, mas es un procedimiento entre colegas cuando necesitan hacer un diagnóstico completo.

Sarah miró esas manos fuertes que sostenían las suyas y movió la cabeza en un abierto intento por aclarar su mente, antes de mirar a Anton a los ojos.

—¿Por qué no me dijiste que lo sabías?

—Al principio sólo constituía un hecho médico que no se relacionaba con tu estado; lo consideré insignificante aun cuando supe que me estaba enamorando de ti; me di cuenta de que hacías una tormenta en un vaso de agua y te negabas a casarte conmigo —apretó las manos femeninas como si quisiera alejar su propia angustia—. Sin embargo, yo quería que me amaras y confiaras en mí lo suficiente para que me lo dijeras por propia voluntad.

Sarah no dudaba de él, podía ver la sinceridad en sus ojos, pero todavía estaba confundida y perturbada.

—¿Todo este tiempo has sabido que no puedo tener hijos y aún así deseas casarte conmigo? —preguntó, incrédula.

—¿Por qué se te hace tan difícil de aceptar?

—¡Pero tú quieres hijos! ¡Me lo dijiste' —gritó; liberó sus manos desesperada, llena de frustración.

—Ya lo sé —de pronto rió, atrapó sus manos y las llevó hasta su pecho—. Te provocaba con la esperanza de que me lo confesaras.

—¿Me estás pidiendo que crea que no quieres hijos propios? —exigió; sus ojos reflejaban incredulidad, y él, serio, negó con la cabeza.

—No insultaría tu inteligencia pidiéndote que creas una mentira. Lo que sí quiero que creas es que eres la mujer con quien quiero compartir el resto de mi vida. Puedo vivir sin tener un hijo, pero no puedo soportar la existencia sin ti. Te amo, Sarah.

No había falsedad en Anton, sólo una tranquila sinceridad que la conmovió profundamente, alejando todos sus miedos.

—Yo también te amo —susurró con los ojos llenos de lágrimas,

pero aliviada y feliz—. Por eso creí que no deberíamos volver a vernos.

—Te llevo en la sangre, mi amor —su voz vibró, cargada de una emoción que Sarah nunca había escuchado, y ésta colocó las palmas en su corazón para sentir sus firmes latidos—. Eres el motivo de mi existencia, y nunca existirá nadie más.

—¡Oh, Anton! ¡Mi amor, te amo tanto!

Le sonrió a través de las lágrimas; incapaz de creer posible tanta felicidad, poco después ya se encontraba Sarah en sus brazos, ya se aferraba a él y respondía con pasión a sus besos.

—Merezco ser compensado por la agonía que me causaste estas últimas seis semanas —gruñó Anton cuando la pasión afloró en ellos.

—A mí también me hace falta una buena recompensa —replicó Sarah con una sonrisa provocativa, con fuego en los ojos, cuando tiró de él y lo condujo a su habitación.

Por fin era libre. Había librado la última batalla y la había ganado.

Unos días más tarde, Rose Poole recibió una larga carta de Sarah, junto con una invitación a su boda con Anton.

—Jaque mate —murmuró la mujer con regocijo cuando entró en el vestíbulo del hotel para reservar un vuelo a Johannesburgo.

Fin